

P. KROPOTKINE

Palabras de 861
un rebelde



VALENCIA

F. Sempere—EDITOR

PINTOR SOROLLA, 30 y 32

LA SITUACIÓN

Decididamente marchamos á pasos de gigante hacia la revolución, hacia una conmoción que, iniciándose en un país, se propague, como en 1848, á todos los países vecinos; agitando la sociedad actual hasta sus entrañas, renovando y fortaleciendo las fuentes de la vida.

Para confirmar nuestra creencia, ni siquiera tenemos necesidad de invocar el testimonio de un célebre historiador alemán (1) ó de un filósofo italiano muy conocido (2) que, uno y otro, después de haber estudiado detenidamente la historia moderna, predicen una gran revolución para últimos de siglo (3). Nos basta con observar el cuadro que hemos tenido ocasión de presenciar durante los últimos veinte años y juzgar por lo que actualmente nos rodea. Dos hechos predominantes se desprenden del fondo oscuro de la tela: el despertar de los pueblos, la bancarrota moral, intelectual y económica de las clases di-

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

(1) Gervinus, *Introducción á la historia del siglo XIX.*

(2) Ferrari, *La razón del Estado.*

(3) Este trabajo fue escrito y publicado en el periódico *Et Beelde*, de Ginebra, en 1879. (N. del T.)

rectoras; y el esfuerzo impotente de estas mismas clases para impedir el despertar.

.

Si, el despertar de los pueblos

En la fábrica infecta, como en el sombrío y sucio bodegón, en el campo como en las tristes galerías de la mina, se elabora y fomenta actualmente un nuevo mundo. En las sombrías multitudes que la burguesía desprecia tanto como teme, de cuyo seno ha salido siempre el hálito que inspira á los grandes reformadores los más arduos problemas de economía social y organización política, toman cuerpo uno tras de otro y se discuten y solucionan con arreglo á los novísimos dictados del sentimiento y la justicia. Se corta por lo sano en las plagas de la actual sociedad y á las nuevas aspiraciones se unen concepciones elevadas.

Las opiniones infinitas se cruzan y se rozan entre sí; pero las dos primeras ideas surgen claras y precisas del sordo zumbido de las voces que discuten: abolición de la propiedad individual; supresión del Estado; comunismo; autonomía de los municipios; unión internacional de los pueblos que trabajan. Son dos vías distintas que convergen hacia un mismo punto: la igualdad. No la hipócrita forma de igualdad, inscrita por la burguesía en sus banderas y establecimientos públicos, que sólo sirve para mejor esclavizar á los que trabajan, sino la igualdad real: la tierra, el capital y el trabajo para todos los hombres.

Pueden las clases reinantes combatir estas aspiraciones; reducir á prisión los hombres que las sustentan; impedir la circulación de sus escritos. La idea penetra en todos los cerebros, domina todos los corazones como en otro tiempo los dominó el sueño de la tierra rica y libro

de Oriente, para cuya defensa corrían á afiliarse en las cruzadas. Podrán al parecer contener los rápidos progresos de la idea, pero si impiden su desarrollo en la superficie minará el suelo, para reaparecer luego más vigorosa que antes. Fijáos, sino, en los progresos del socialismo en Francia, dos veces resucitado en el corto espacio de quince años. La ola, dominada en su primer empuje, se levanta inmediatamente más imponente y avasalladora, y en cuanto la primera tentativa de poner en práctica la idea se haya hecho con relativo éxito, surgirá esta con toda su sencillez y atractivos, para ponerse ante los ojos de todo el mundo. Si la primera tentativa no fracasa los obreros, adquiriendo conciencia de su propia fuerza, darán á los pueblos un impulso heroico.

Este momento no está ya lejano. Todo lo aproxima: la miseria, que obliga á los desgraciados á reflexionar, y la huelga forzosa que arranca á los hombres del estrecho recinto del taller para lanzarlos á la calle, en donde aprender á conocer los vicios, el fausto y la impotencia de las clases directoras.

.

¿Y qué hacen mientras tanto las castas privilegiadas?

Mientras las ciencias naturales adquieren una amplitud que nos recuerdan el siglo pasado al aproximarse la gran revolución; mientras enérgicos y audaces inventores abren cada día nuevos horizontes á la lucha del hombre contra las fuerzas hostiles de la naturaleza, la ciencia social de la burguesía permanece muda, ó se entretiene remachando los clavos de la vieja teoría.

Pero ¿progresan acaso en la vida práctica las clases acomodadas? Lejos de esto, se aferran obstinadamente en agitar los restos de su bandera, difundiendo el individualismo.

lismo egoísta, la competencia entre los hombres y las naciones, la omnipotencia del Estado centralizador. Pasan del proteccionismo al libre cambio y de éste al proteccionismo, de la reacción al liberalismo y de aquí á la reacción; del ateísmo á la momería y de la momería al abismo; pero siempre con miedo, con los ojos vueltos hacia el pasado, incapaces de realizar nada que sea durable.

Todo lo que han hecho ha sido desmentir lo que habían prometido

Nos prometieron desde la oposición la libertad del trabajo, y nos han hecho esclavos del taller, del capatiz y del amo. Se encargaron de organizar la industria y garantizar nuestro bienestar, y nos han dado las crisis interminables y la miseria; nos prometieron la instrucción, y nos han reducido á la imposibilidad de instruirnos; nos dijeron que la libertad política sería un hecho bajo su reinado y nos han arrastrado de reacción en reacción; nos prometieron la paz y nos han llevado á guerrear sin fin.

Han faltado á cuanto nos prometieron.

..

¶ Pero el pueblo, harto ya de engaños, se pregunta el por qué de su situación, luego de haberse dejado gobernar durante tanto tiempo por la burguesía, y halla la constatación en la situación económica actual de Europa.

La crisis, en otro tiempo calamidad pasajera, se ha convertido en crónica.

El número de obreros sin trabajo actualmente en toda Europa se eleva á varios millones, y á muchas decenas de mil el número de los que ruedan de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo implorando la caridad pública, ó amotinándose con actitud amenazadora pidiendo pan ó trabajo.

Lo mismo que los campesinos de 1787 rotaban á millares por los caminos, sin hallar en el rico suelo de Francia, acaparado por la aristocracia, ni una pequeña parcela de terreno para cultivarlo, ni un viejo azadón para remover la tierra, lo mismo hoy, los obreros sin trabajo, sin hallar materias primeras ni instrumentos necesarios para producir, acaparados por una porción de holgazanes, se ven obligados á pasearse con los brazos cruzados.

Grandes industrias que mueren, populosas ciudades como Sheffield, que quedan desiertas. Miseria en Inglaterra, sobre todo en Inglaterra, por ser el país donde los economistas han aplicado mejor sus principios; miseria en Alsacia; hambre en España y en Italia; carencia de trabajo en todas partes y con ella la miseria más espantosa; los niños lívidos, las mujeres envejecidas; las enfermedades segando vidas obreras á grandes golpes, he ahí á donde hemos llegado con el actual régimen.

¡Y aún nos hablan de sobra de productos!

Es verdad; pero es más cierto que el minero arrancando montes de hulla no tiene ni un pequeño pedazo para calentarse en lo más rudo del invierno; que el tejedor que teje kilómetros de tela, no puede comprar una camisa á sus niños desnudos; que el albañil que construye suntuosos palacios no tiene ni una misera choza para albergarse y que las obreras que visten con seda las muñecas para juguetes, no pueden ponerse un pobre refajo de algodón.

¿Es á esto á lo que llaman organización de la industria? Obrarian con más propiedad si dijeran que es una alianza para dominar por el hambre á los trabajadores.

..

El capital, ese producto del trabajo de la especie hu-

mana, acumulado por unos cuantos potentados, desaparece, nos dicen, con la agricultura y la industria por falta de seguridad y protección.

¿Dónde va, pues á refugiarse cuando sale de las cajas de caudales? Hay para él colocaciones más ventajosas. Irá á alimentar los harenes del Sultán, á sostener las guerras de unas naciones contra otras. O bien servirá para fundar una sociedad de accionistas, no para producir nada útil, sino simplemente para hacer á los dos ó tres años una quiebra escandalosa, que permita á sus fundadores *retirarse* llevándose consigo los millones que representan «el beneficio de la idea». O tal vez ese capital se emplee en construir ferrocarriles inútiles al Gothard, al Japón ó al Sahara, si es preciso, para que los Rostchild, fundadores, ingenieros jefes y contratistas ganen todos los millones que quieran.

Pero á donde más se dirigirá el capital será al agiotaje, al juego de la alta Bolsa. El capitalista especula sobre la alza ficticia en el precio del trigo ó el algodón, sobre la política, husmeando el alza que se producirá á continuación de una cuestión, de una reforma, de una nota diplomática; siendo con frecuencia agentes mismo del gobierno los que promueven las cuestiones para lanzarse á estas especulaciones.

Y á este agiotaje que mata la industria llaman ellos «gerencia inteligente de los negocios.»

..

En resumen; el caos económico ha llegado al colmo. Este caos no puede durar mucho tiempo.

El pueblo no puede sufrir más crisis provocadas por la rapacidad de las clases reinantes; quiere vivir trabajando y no pasar años y más años de miseria con acompañamiento de caridad humillante.

El obrero se apercibe de la incapacidad de las clases gobernantes: incapacidad de comprender las aspiraciones; incapacidad para reorganizar la industria, é incapacidad de reorganizar equitativamente la producción y el cambio.

El pueblo pronunciará pronto su fallo inapelable sobre la bancarrota de la burguesía y se encargará él mismo de la gerencia de sus negocios, al primer momento oportuno que se presente.

Este momento no puede tardar á causa mismo de los males que roen la industria, y su llegada será acelerada por la descomposición de los Estados

La descomposición de los Estados

La situación económica de Europa se resume en dos palabras: caos industrial y comercial y quiebra de la producción capitalista. La situación política se caracteriza por lo siguiente: descomposición galopante y próxima bancarrota de los Estados.

Recorredlos todos, desde la autocrática Rusia hasta la oligarquía burguesa de Suiza, y no hallaréis ni uno siquiera que no vaya á pasos de gigante hacia su descomposición y por consecuencia á la revolución. Viejos impotentes, sin fuerza en su base para sostenerse, roídos por enfermedades constitucionales, incapaces de asimilarse la multitud de ideas nuevas, derrochan las escasas fuerzas que les restan, viven artificialmente y aceleran más su caída, arañándose como viejas gruñonas.



Una enfermedad incurable les amenaza á todos: la vejez senil, la decrepitud. El Estado, esta organización que deja en poder de unos cuantos los asuntos de todos, es

una forma de organización humana que la dado de sí cuanto tenfa, y por eso la humanidad intenta nuevas formas de agrupación.

Luego de haber llegado á su apogeo en el siglo diez y ocho, los viejos Estados de Europa han entrado ya en la fase del descenso. Los pueblos, sobre todo los de raza latina, aspiran á la destrucción de ese poder que no sirvo más que para cohibir su libre desenvolvimiento. Quieren la autonomía de las provincias, de los municipios, la asociación entre sí de los grupos obreros, supresión de poderes que impongan, establecimiento de lazos de apoyo mutuo y libre acuerdo. Tal es la fase histórica en que entramos, y nada puede impedir su realización.

Si las clases directoras tuvieran el sentimiento de su conservación se darían prisa en ponerse al frente de estas aspiraciones; pero envejecidas con la tradición, sin otro culto que el de la bolsa, se oponen con todas sus fuerzas al progreso de las nuevas ideas, y ese procedimiento nos lleva fatalmente hacia una conmoción violenta. Las aspiraciones humanas se abrirán paso, aunque para ello la metralla y el incendio hayan de hacer funciones importantes en la lucha.

agosto 1896



Cuando después de la caída de las instituciones en la Edad Media, los Estados naciotes hacían su aparición en Europa, y se afirmaban y engrandecían por la conquista, por la astucia y el asesinato, sus funciones se reducían á un pequeño círculo de los negocios humanos.

Hoy el Estado ha llegado á inmiscuirse en todas las manifestaciones de nuestra vida; desde la cuna á la tumba nos tritura con su peso. Unas veces el Estado central,

otras el de la provincia, otras el municipio; un poder nos persigue á cada paso, nos aparecê al volver de cada esquina y nos vigila, nos impone, nos esclaviza. Legisla sobre todos nuestros actos, y amontona tal cúmulo de leyes que confunden al más listo de los abogados. Crea cada día nuevos engranajes que adapta zurdamente á la vieja guimbarde recompuesta, llegando á construir una máquina tan complicada, bastarda y obstructiva, que subleva á los mismos encargados de hacerla funcionar.

El Estado crea además un ejército de empleados, arañas con largas uñas que no conocen del universo más que lo visto á través de los sucios cristales de la oficina ó lo contenido en los textos absurdos que llenan el papelote de los archivos; multitud estúpida que no tiene otra religión que el dinero, ni más preocupación que la de pegarse á un partido cualquiera, negro, azul ó blanco, que le garantice un máximum de sueldo por un mínimum de trabajo.

Los resultados nos son por desgracia harto conocidos: ¿Hay una sola rama de la actividad del Estado que no indigne á quien tenga algo que ver con ella?

¿Hay un solo ramo en el que el Estado, luego de muchos siglos de existencia de reformas, no dé pruebas evidentes de completa incapacidad?



Las sumas inmensas que el Estado arranca á los pueblos, á pesar de ser mayores cada día, no son nunca suficientes. El Estado vive siempre á cargo de las futuras generaciones; se llena de deudas y marcha por todas lados á la ruina.

La deuda pública de los Estados de Europa alcanza

la suma fabulosa, increíble de más de *cien mil millones de millones de francos*. Si todos los ingresos de los Estados se destinaran íntegramente á cubrir esta deuda necesitarían para ello nada menos que veinte años. Pero lejos de disminuir, estas deudas aumentan de día en día. Por la fuerza natural de las cosas, las necesidades de los Estados son mayores que los medios de que disponen; es preciso que cubran sus atribuciones, y por eso cada partido que sube al poder viene obligado á crear nuevos empleos para sus efientes: esto es fatal.

Por consecuencia, el déficit y la deuda pública van cada día en aumento hasta en tiempo de paz. En tiempo de guerra la deuda aumenta de un modo increíble; y la cosa no tiene remedio; imposible salir del atolladero.

Los Estados marchan á toda máquina hacia la ruina, nacia la bancarrota. El día que los pueblos, hartos de pagar cuatro mil millones de intereses anuales á los banqueros, declaran en la quiebra de los Estados, está mucho más próximo de lo que parece.



Decir «Estado» es lo mismo que decir «guerra». El Estado procura ser fuerte, más fuerte que sus vecinos, si no se convierte en juguete de ellos. Procura, además, debilitar y empobrecer los otros Estados para imponerles su ley y su política, y para enriquecerse en detrimento de ellos. La lucha por la preponderancia, que es la base de la organización económica burguesa, es también base de la organización política. Por esto la guerra es hoy condición normal en Europa. Guerras pruso-dinamarquesa, pruso-austriaca, franco-prusiana; guerra de Oriente, guerra continua en Afghanistan. Nuevas guerras se preparan: Rusia, Inglaterra, Alemania, Francia, etc., están

próximas á lanzarse sus ejércitos. Actualmente hay motivos de guerras para treinta años.

La guerra es, pues, la perdición, la crisis, el aumento en los impuestos, el amontonamiento de deudas. Es más; cada guerra es un fracaso moral para los Estados. Luego de terminada la lucha, los pueblos se aperciben que el Estado da pruebas de incapacidad, hasta en sus principales atribuciones. No sabe organizar la defensa del territorio, y hasta victorioso fracasa. Fijémonos, si no, en la fermentación de ideas que nació de la guerra de 1871, lo mismo en Alemania que en Francia, ó en el descontento general en Rusia luego de la guerra de Oriente.

Las guerras y los ejércitos matan los Estados, aceleran su bancarrota moral y económica. Una ó dos grandes guerras más y darán el golpe de gracia á esas viejas máquinas.

.*

Al lado de la guerra exterior está la interior.

El Estado, aceptado por los pueblos con la condición de ser el defensor de los débiles contra los fuertes, se ha convertido hoy en fortaleza de los ricos contra los explotados, del propietario contra los proletarios.

¿Para qué sirve esta inmensa máquina que llamamos Estado? ¿Es para impedir la explotación del obrero por el capitalista, del campesino por el rentista? ¿Es para facilitar y asegurar el trabajo, para defendernos contra el usurero, para suministrarnos alimentos cuando la esposa amada no tiene más que agua para calmar el hambre del niño que llora agarrado á su exhausto seno? No, y mil veces no. El Estado protege la explotación, la especulación y la propiedad privada, producto del robo. El proletario que no tiene otra fortuna que sus brazos, no

puede esperar nada del Estado sino es una organización fundada para impedir su emancipación.

Todo para el propietario holgazán; todo contra el proletario trabajador; la instrucción burguesa que desde la más tierna edad corrompe la infancia, inculcándola prejuicios de esclavitud: la Iglesia que confunde el cerebro de la mujer; la ley que impide la difusión de ideas de solidaridad é igualdad; el dinero, que sirve á veces para corromper á los que se hacen apóstoles de la solidaridad de los trabajadores; la cárcel y la metralla á discreción para reducir á silencio á quien no se deja corromper. He ahí la misión del Estado.

.*

¿Durará mucho lo existente? ¿Puede prolongarse esta situación? No, por cierto. Una clase entera de la sociedad, la que todo lo produce, no puede continuar sosteniendo por más tiempo una organización establecida especialmente contra ella. Por todas partes, bajo la brutalidad autocrática como bajo la hipocresía *gambellista*, el pueblo descontento se subleva. La historia de nuestros días es la historia de los gobiernos privilegiados contra las aspiraciones igualitarias del pueblo. Esta lucha constituye la principal preocupación de los gobernantes, é inflúelos por ella dictan todos sus actos. Ya no es por principios, por consideraciones de bien público por lo que actualmente se fabrican leyes ú obran los gobiernos, sino para combatir al pueblo, para conservar privilegios.

Solo esta lucha sería suficiente para derribar la más fuerte organización política. Pero, cuando esta lucha se opera en los Estados que van arrastrados por la fatalidad histórica hacia la decadencia; cuando estos Estados corren vertiginosamente á la ruina, y más aún destruyendo

entre sí como se destruyen; cuando en fin el Estado todopoderoso se hace odiar hasta por aquellos á quien protege, cuando tantas causas concurren hacia un punto único, el resultado de la lucha no puede ponerse en duda. El pueblo que tiene la fuerza, derrotará á sus opresores; la caída de los Estados es ya cuestión de poco tiempo relativamente, y la más tranquila filosofía dibuja ya en el horizonte el incendio de una gran revolución que se anuncia.

Necesidad de la Revolución

Hay épocas en la vida de la humanidad, en que la necesidad de una formidable sacudida, de un cataclismo que remueva la sociedad hasta en sus entrañas, se impone sobre todos los puntos á la vez. En estas épocas, todos los hombres de corazón están descontentos del orden de cosas existente, dicen que es preciso el que grandes acontecimientos vengán á romper el hilo de la historia; arrojar á la humanidad de los caminos de corrupción y de rutina, y lanzarla por vías nuevas á lo desconocido, en busca del ideal.

Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga, no solo á derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos, por la astucia, la intriga y la mentira, sino también á agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estupor, rehacer las costumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas del momento el soplo vivificador de las nobles pasiones, de los grandes entusiasmos, de los generosos ideales.

En esas épocas, que la mediocridad ahoga toda inteligencia si no se prosterna ante los pontífices, que la moralidad mezquina del *justo medio* hace la ley, y la bajeza reina victoriosa; en estas épocas, repetimos, la revolución es una imperiosa necesidad. Los hombres honrados de toda la sociedad invocan la tempestad para que venga á purificar con su hálito de fuego la peste que todo lo invade, á limpiar el enmohecimiento que lo roe todo y arrastrar tras sí, en su furiosa marcha, los escombros del pasado, erigidos en obstáculo, privándonos de aire y luz, y para que de, en fin, al mundo entero alientos de vida, de juventud y honradez.

No es solo la cuestión del pan la que se pone en esas épocas, sino una cuestión de progreso, contra la inmovilidad; de desarrollo humano, contra el embrutecimiento; de vida contra la fétida estancación del pantano.

La historia nos conserva el recuerdo de una de esas épocas, la de la decadencia del imperio romano; la humanidad atraviesa hoy una muy parecida.



Como los romanos de la decadencia, nos hallamos nosotros frente á una transformación profunda, hecha ya en los espíritus, y que sólo necesita circunstancias favorables para traducirse á la realidad. Si la revolución se impone en el terreno económico, si es una imperiosa necesidad en el terreno político, se impone más aún en el terreno moral.

Sin lazos morales, sin ciertas obligaciones, que cada miembro de la sociedad se crea con relación á los demás miembros, que pasan luego al estado de costumbres, no hay sociedad posible. Los lazos morales y los hábitos de sociabilidad los hallamos en todos los grupos humanos, y

muy desarrollados y rigurosamente puestos en práctica en las tribus primitivas, desechos vivos de lo que fué la humanidad entera en sus orígenes.

Pero la desigualdad de las condiciones, la explotación del hombre por el hombre, la dominación de las masas por unos cuantos, han venido á minar y destruir esos preciosos productos de la vida primitiva de las sociedades. La grande industria, basada en la explotación, el comercio fundado sobre el fraude; la dominación de los que se titulan «Gobierno» no puede coexistir con los principios morales, apoyados sobre la solidaridad para todos, que encontramos en medio de las tribus más distantes de nuestra vida moral civilizada. ¿Qué solidaridad puede existir, en efecto, entre el capitalista y el obrero que éste explota; ¿Entre el jefe del ejército y el soldado, el gobernante y el gobernado?

Así vemos que la moral primitiva basada sobre el sentimiento de identificación del individuo con todos sus semejantes, ha sido sustituida por la moral hipócrita de las religiones. Estas han procurado y procuran legitimar con sofismas la explotación y la esclavitud, y se limitan simplemente á hablar mal de los actos más brutales de otro estado. Su moral mata en el individuo las obligaciones para con sus semejantes y le impone la sumisión y el respeto á un Ser supremo, á una abstracción invisible, cuyo furor puede conjurarse comprando su benevolencia al precio que sus servidores indiquen.

Pero las relaciones cada día más frecuentes, establecen hoy entre los individuos, los grupos, las naciones y continentes, nuevas obligaciones morales para la humanidad; y á medida que las creencias religiosas se desvanecen, el hombre se apercibe de que para ser feliz debe imponerse deberes, no con un ser desconocido, sino con aquellos con quienes ha de estar en relaciones. Se va ya

comprendiendo por los cerebros libres que la felicidad del hombre aislado no es posible, porque sólo puede hallarla en la felicidad de todos, en la libertad de la especie humana. Los principios negativos de la moral religiosa «No robarás, no matarás, etc.», los sustituyen los principios positivos, infinitamente más amplios, y ensanchándose más cada día de la moral humana. A la defensa de un Dios que podemos violentar y apaciguar con ofrendas, ha sucedido el sentimiento de solidaridad con cada uno y todos á la vez que dice al hombre: «Si quieres ser feliz, haz á los demás lo que quisieres que te hicieren á tí mismo.» Y esta sola afirmación, inducción científica que no tiene nada que ver con las prescripciones religiosas, abre de golpe un horizonte inmenso de perfectibilidad y de mejora de nuestra especie.

La necesidad de rehacer nuestras relaciones sobre ese principio tan sencillo y sublime, se hace sentir más cada día; pero nada ó muy poco, al menos, puede hacerse por este camino, mientras que la explotación y la esclavitud, la hipocresía y el sofisma continuen siendo la base de nuestra organización social.



Mil ejemplos podríamos citar en apoyo de nuestra tesis, pero nos limitamos á uno solo, al más terrible, a de nuestros hijos. ¿Qué hacemos de ellos en la sociedad actual?

El respeto á la infancia es una de las mejores cualidades que se han desarrollado en la humanidad á medida que hacia su penosa marcha del estado salvaje á su actual estado. ¿Cuántas veces no hemos visto al hombre más depravado desarmado por la risa inocente de un niño? Pues bien; hasta este respeto desaparece de entre nos-

otros, y los niños son hoy carne de máquina en nuestra sociedad, si no son juguetes para satisfacer las más bestiales pasiones.



To^o podemos ver las largas y penosas jornadas que los niños hacen en fábricas, campos y talleres; así se les mata físicamente, pero aun esto es poco. La sociedad lleva su infamia hasta matarlos moralmente.

Reduciendo la enseñanza á un aprendizaje rutinario que no dá ninguna aplicación á las jóvenes y nobles pasiones y á la necesidad de ideales que la mayor parte de los niños sienten á cierta edad, la sociedad hace que toda naturaleza independiente, poética ó altiva, tome odio á la escuela, se encierre en sí misma y vaya, lejos de la verdad y el bien, á procurarse una satisfacción á sus pasiones. Unos buscan en la novela la poesía que les ha faltado en la vida y se atiborran de esa literatura inmunda, fabricada por la burguesía á quince ó veinte céntimos entrega, y á poca predisposición que tengan hacia el extravío, acaban como el joven Lemaitre, por abrir el vientre ó cortar el cuello á otros niños con el propósito *deliberado* de hacerse «asesino célebre.» Los otros se dan á una vida execrable, y sólo los niños del «justo medio», los que no tienen pasiones ni entusiasmos, ni sentimientos de independencia, llegan sin accidentes al fin apetecido. Estos dan á la sociedad su contingente de burgueses honrados con mezquina moralidad, que no roban, es cierto, el sombrero á los pasantes pero que saquean «con decencia» á sus clientes; que carecen de pasiones, pero hacen ocultamente visitas á sus amigas para desembarazarse de la grasa monótona que el buen puchero crea y, arrastrán-

dose con hipocresía por el cieno, invocan el santo nombre de la justicia cuando cualquiera intente tocar sus riquezas. Eso los niños. En cuanto á las niñas, la burguesía las corrompe desde la más tierna edad. Lecturas absurdas, muñecas coquetamente vestidas, costumbres y ejemplos edificantes de madres «honradas», nada le faltará á la niña para que en su día sepa venderse á quien más dé. Además, estas criaturas siembran la gangrena á su alrededor; las hijas del obrero ¿no miran con envidia á las elegantes burguesitas, voluptuosas y coquetonas á los doce años? Pero si la madre es «virtuosa» del modo que lo son las buenas burguesas, la educación será peor todavía. Si la niña es inteligente y apasionada apreciará muy pronto en su justo valor esta moral de doble fondo que se sintetiza con la frase siguiente: «Ama á tus semejantes, pero estáfalos cuanto te sea posible.»

«Sé virtuoso, pero hasta cierto punto»; y ahogada en esta atmósfera de baja moralidad, no hallando en la vida nada hermoso, sublime y atractivo que respire verdadera pasión, se arrojan con la cabeza gacha en los brazos del primero que salga, con tal de que le satisfaga sus apetitos de vanalidad y lujo.



Meditad estos hechos, reflexionad sobre las causas que los producen y deciduos si tenemos razón para afirmar que se necesita una revolución formidable para arrancar de nuestra sociedad el mal, hasta en sus más hondas raíces, porque mientras las causas de la gangrena existan nada podrá curarse.

Mientras tengamos un a casta de holgazanes que vivan de nuestro trabajo, so pretexto de que son necesarios para dirigirnos, estos holgazanes serán siempre un foco pesti-

lente para la moralidad pública. El hombre gandul y embrutecido, que se pasa la vida buscando nuevos placeres y en quietudo sentimiento de solidaridad para con los demás está muerto por los principios mismos de su existencia, y al contrario, los sentimientos del más asqueroso egoísmo se nutren con la práctica de su propia vida, ese hombre pecará siempre de la más grosera sensualidad, envileciendo cuanto toque. Con un saco de escudos y sus instintos de bruto, prostituirá niños, mujeres, arte, teatro, prensa; venderá su país y á quienes lo defiendan: cobarde para matar él mismo, asesinará lo mejor y más sano de su patria, por seres como él corrompidos, el día que vea en peligro su bolsa, único manantial de sus alegrías y felicidades.

Esto es fatal, y los escritos de los moralistas no lo evitarán. La peste está en nuestras entrañas; es preciso destruir la causa; si decidimos proceder por el hierro y por el fuego, no tenemos tiempo que perder. Nos lo exige la salud de la humanidad que se halla en inminente peligro.

La próxima revolución

En el precedente capítulo hemos llegado á la conclusión de que Europa rueda por un plano inclinado hacia una conmoción revolucionaria.

Estudiando el modo de la producción y el cambio, tal cual lo ha organizado la burguesía, nos hallamos con un estado de cosas atacado por irremediable gangrena; vemos la ausencia de toda base científica y humanitaria, la loca disipación del capital social, la ambición llevada hasta el desprecio de todas las leyes de sociabilidad, la perpetua guerra industrial, el caos; y muy pronto el grito de: ¡la burguesía ha fracasado! saldrá de todos los labios, con la rara unanimidad que en otro tiempo caracterizó la proclamación del fracaso de las dinastías.

Estudiando el desarrollo de los Estados y el papel histórico que han desempeñado en la descomposición que hoy les amenaza de muerte, nos convencemos de que ese modo de agrupación humana ha terminado su misión histórica, ha dado de sí cuanto podía, y está actualmente próximo á desaparecer bajo el peso de sus infinitas atribuciones, para ceder su puesto á nuevas organizaciones, basadas en

principios también nuevos y más en armonía, por consecuencia, con las modernas tendencias de la humanidad.

Los que observan con atención el movimiento de las ideas en el seno de la sociedad actual, están perfectamente capacitados del entusiasmo con que el pensamiento humano trabaja para llegar á la revisión completa de las apreciaciones que nos fueron legadas por los siglos pasados, y en la elaboración de nuevos sistemas científicos y filosóficos, llamados á ser la base de la sociedad futura. No es solamente el sombrío reformador que, extenuado por un trabajo superior á sus fuerzas y por una miseria mayor que su paciencia, critica las vergonzosas instituciones, cuyo peso soporta y sueña en un mundo mejor, sino también el sabio que, aunque educado en los antiguos errores y prejuicios, aprende, no obstante, á desembarazarse de ellos poco á poco, prestando atención á las nuevas ideas encarnadas en el espíritu popular, para hacerse un día el portaestandarte de ellas. «La piqueta de la crítica desmorona á grandes golpes toda la herencia de mentiras que nos habían legado como verdades indiscutibles; filosofía, ciencias naturales, moral, historia, arte, nada resistirá al espíritu demoledor», gritan alarmados los conservadores. Nada, en efecto; hasta las bases mismas de vuestras instituciones sociales, propiedad y poder, serán atacadas, lo mismo por el esclavo de la mina que por el obrero de la inteligencia; igual por el interesado en el cambio que por el que retrocedería asustado el día que viera tomar cuerpo estas ideas, saliendo de entre el polvo de las bibliotecas y encarnándose en el tumulto que acompaña á toda realización práctica.

general descontento; ardua elaboración de formas nuevas y deseo impaciente de cambio; hálito juvenil de la crítica en el terreno de la ciencia, la filosofía, la ética, y general fermentación de la opinión pública; indiferencia perezosa ó resistencia criminal de los detentadores del poder, en cuya fuerza confían, y además rabiosa oposición al desarrollo de las nuevas aspiraciones: tal ha sido siempre el estado de las sociedades el día anterior á las grandes revoluciones, y tal es hoy aún. Y esto no viene á afirmarlo la imaginación excitada de un grupo de exaltados; lo descubre la tranquila observación científica. Los mismos que para justificar su punible indiferencia se complacen con decir: «Tranquilicémonos, todavía no peligrá nuestra situación»; estos mismos afirman en secreto que la lucha se agrava y que el mundo marcha hacia la ruina. Sólo que después de haber revelado el secreto de sus temores, vuelven la espalda y continúan aferrados á la rutina y al vicio.

«¡Pero se ha anunciado tantas veces esta revelación!» exclama á nuestro lado el pesimista: «¡he creído en ella alguna vez, pero me he cansado después!» La tardanza es necesaria para que, madurando, sea su fruto más sabroso. «Por dos veces la revolución estuvo á punto de estallar en 1754 y en 1771», nos dice un historiador hablando del siglo diez y ocho (íbamos á escribir: en 1848 y el 1871). Pues bien, por no haber estallado entonces, fué más fecunda y poderosa á últimos de siglo



Dejemos dormir á los indiferentes y vacilar á los pesimistas: tenemos otras cosas que hacer y no debemos preocuparnos de ellos.

Pero ¿qué carácter será el de esta revolución que tan

tos hombres anuncian y proclaman y qué actitud debe ser la nuestra en presencia de esta eventualidad?

No haremos profecías históricas: ni el estado embrionario de la sociología, ni el estado actual de la historia, que según la expresión de Agustín Thierry «no hacen más que sofocar la verdad con fórmulas de convención», no nos autorizan para ello. Limitémonos, pues, á exponer algunas sencillas cuestiones.

¿Podemos admitir ni por un momento siquiera que todo este inmenso trabajo de revisión y reforma que se opera en todas las clases de la sociedad, pueda desaparecer por un simple cambio de gobierno? ¿O que el descontento económico, creciendo y extendiéndose más cada día, no intente manifestarse en la vida pública cuando la descomposición del poder le suministre circunstancias favorables?

Enunciar estas cuestiones no es resolverlas, naturalmente. Pero podemos creer que los campesinos irlandeses é ingleses, si entrevén la posibilidad de tomar posesión de la tierra que tantos años cultivan, y suprimir los señores que tan cordialmente detestan, ¿no aprovecharán la primera ocasión que tengan para realizar lo que es su más ardiente deseo?

¿Podemos creer que Francia, en un nuevo 48 europeo, se limitará á sustituir unos hombres por otros y no procurará hacer cuanto sea posible para mejorar la suerte de los trabajadores? ¿Que los campesinos franceses, viendo el poder central desorganizado, no intentarán ampararse de los fértiles prados de los vecinos conventos, así como igualmente de los campos fecundos del gran burgués que, habiendo venido unos y otros á establecerse á su lado no han cesado de redondear sus propiedades en detrimento de la suya propia? ¿Podemos dudar de que este mismo campesino no se pondrá del lado de los que le

ofrezcan su apoyo para realizar su ideal de trabajo y libertad?

¿Habrà quien dude de que el campesino italiano, español y eslavo, no hará lo mismo que el irlandés y el inglés? ¿Puede caver á nadie duda de que los mineros, hartos de miseria, de sufrimiento y de desgracias, no harán un esfuerzo para eliminar á los propietarios de la mina el día que se aperciban de que el ejército desorganizado deja de obedecer á sus jefes?

¿Y el artesano encastillado en la tenebrosa y húmeda pocilga donde habita ó trabaja, con las manos heladas y el estómago vacío, trabajando desde la mañana á la tarde para poder pagar al panadero y dar un pedazo de pan á sus pequeñuelos, tanto más queridos cuanto más enfermos? ¿Y el desgraciado que ha dormido bajo cualquier cubertizo de la plaza ó en el umbral de cualquier puerta, porque no ha podido pagarse el lujo de diez céntimos que necesita para dormir en un asilo? ¿Preguntadle si querría dormir en un palacio suntuoso, donde podría alojar á su mujer y sus hijos, bastante más honrados seguramente que el gran burgués que lo habita? ¿Si no le gustaría ver en el almacén común, en el depósito de la solidaridad, bastante pan para cuantos no han aprendido á ser holgazanes; suficiente ropa para abrigar á los enflaquecidos hijos del obrero tan bien como los del burgués?

¿Se cree acaso que los que visten harapos ignoran que en los almacenes de una gran población hay suficientes géneros para satisfacer las primeras necesidades de todos los habitantes, y que si los trabajadores se emplearan en la fabricación de objetos útiles en vez de ocuparse en la confección de objetos de lujo, no producirían bastante para todos?

En fin. ¿Puede admitirse que estas cosas dichas y repetidas no hayan producido un efecto en la conciencia

dopular, y que el pueblo no intente ponerlas en práctica el día mismo que se sienta con fuerza suficiente para ello?



El buen sentido de la humanidad ha contestado ya á estas cuestiones. He aquí la respuesta:

La próxima revolución tendrá un carácter de generalidad que le distinguirá de todas las precedentes. No será solo un país el que se lanzará á la lucha, sino todos los de Europa. Si en otro tiempo una revolución local era posible, en nuestros días, con los lazos de solidaridad que se han establecido en Europa y dado el equilibrio inestable de todos los Estados, una revolución local es imposible si dura algún tiempo. Lo mismo que en 1848 un movimiento iniciado en un país se extenderá necesariamente á todos los países, y el fuego revolucionario abresará á la Europa entera.

En 1848 las poblaciones sublevadas depositaron su confianza en un cambio de gobierno, en una reforma constitucional; hoy no estamos en ese caso. El obrero parisién no esperará nada de un nuevo gobierno, aunque fuera el de la *commune* libre: intentará arreglarse las cosas él mismo.

El pueblo ruso no necesitará que una constitución le declare dueño del suelo que cultiva; por escasas que sean las confianzas de triunfo procurará ampararse él mismo; hoy lo intenta ya: pruébalo los continuos motines en este sentido.

Lo mismo sucederá en Italia, en España; y si el obrero alemán se deja embaucar durante algún tiempo por gentes que lo esperan todo de un telegrama de Berlín, el ejemplo de sus vecinos y la incapacidad de sus jefes

no tardará en desengañarlos y hacerles entrar en la vía revolucionaria. El carácter distintivo de la próxima revolución será, pues, el siguiente: «Tentativa de revolución hecha por los pueblos, pero de revolución económica, y sin esperar que caiga de arriba, como maná llovido del cielo.»

Pero... estamos viendo la risa del pesimista que viene á ponernos alguna «objeción», «alguna observación solamente». Venga, pues; nosotros la escucharemos y la contestaremos.

Los derechos políticos

La prensa burguesa nos habla diariamente en todos los tonos del valor y la importancia de las libertades políticas, de los derechos del ciudadano: sufragio universal libertad de elección, libertad de la prensa, de reunión, etcétera.

— Puesto que tenéis tantas libertades, nos dice, ¿por qué apeláis á la rebeldía? ¿La libertad que poseéis no os asegura la posibilidad de todas las reformas necesarias, sin que tengáis necesidad de recurrir al fusil? Analicemos lo que valen esas famosas libertades políticas á nuestro punto de vista, al punto de vista de las clases desposeídas, que no gobiernan á nadie y que no tienen ningún derecho y sí muchísimos deberes.

No diremos nosotros, como se ha dicho alguna vez, que los derechos políticos no tienen ningún valor. Sabemos perfectamente que desde los tiempos de servidumbre, y hasta después del siglo pasado, ciertos progresos se han realizado: el hijo del pueblo no es ya un sér privado en absoluto de todo derecho como lo fué en otros tiempos.

El campesino francés no puede ser azotado en mitad de la calle como lo es el campesino ruso en nuestros días. En los establecimientos públicos, fuera del taller, el obrero, sobre todo el de las grandes ciudades, se considera el igual de no importa quién. El obrero, tanto en Francia como en cualquiera otra parte de la Europa meridional, ya no es el esclavo sin ningún derecho humano, tratado por la aristocracia como bestia de carga. Gracias á las revoluciones, á la sangre derramada por el pueblo, ha podido adquirir algún derecho personal, que nosotros nos complacemos en consignar.

Mas, como sabemos distinguir, hemos de establecer diferencias entre derechos y derechos. Hay derechos que tienen un valor real y hay otros, en cambio, que no lo tienen. Los que intentan confundirlos no hacen sino engañar al pueblo. Hay derechos, como por ejemplo, la igualdad del rústico aldeano con la del aristócrata, en sus relaciones privadas, que han adquirido carta de naturaleza, y son al pueblo tan caros que se sublevaría inmediatamente contra quien intentara violarlos; y hay otros, como el sufragio universal, la libertad de imprenta, etc., que no ha podido alcanzar el pueblo, y sabe perfectamente que la burguesía gubernamental se los ha reservado, casi por completo, para defender los derechos de las clases privilegiadas y mantener su poder sobre el pueblo. Estos derechos no son ni políticos siquiera, puesto que no alcanzan á la gran masa del pueblo; y se les llama así pomposamente porque nuestro lenguaje político es un *caló* incomprensible, elaborado por las clases gobernantes para su uso particular y en beneficio propio al mismo tiempo.

¿Para que sirve, en efecto, un derecho político si no

es instrumento que defienda la independencia, la dignidad y la libertad de los que no tienen fuerza suficiente para imponer el respeto de sus derechos? ¿Qué utilidad reporta un derecho á los esclavos si no sirve para emanciparles? Ni Gambetta, ni Bismarck, ni Gladstone, necesitaron nunca libertad de imprenta ó reunión, puesto que escribían cuanto querían, se reunían con quien les daba la gana y profesaban las ideas que más les satisfacían: eran libres, como lo son actualmente sus sucesores. Los que necesitan que se les garantice la libertad de hablar y escribir y la de agruparse, son precisamente los que no son bastante fuertes para imponer su voluntad. Y así han sido siempre, hasta en su origen, todos los derechos políticos.

¿A nuestro punto de vista los derechos políticos de que hablamos, deben ser solamente para los que carecen de ellos?

No, por cierto. El sufragio universal puede alguna vez, hasta cierto punto, proteger á la burguesía contra las imposiciones del poder central, sin que tenga necesidad de recurrir constantemente á la fuerza para defenderse. Puede servir también para establecer el equilibrio entre dos fuerzas que se disputen el poder, sin que los rivales tengan que recurrir á las armas, como se hacía en otro tiempo. En cambio no puede ayudar en nada si se trata de destruir el poder ó siquiera limitar su poderío, abolir su dominación. Es, en resumen, un excelente instrumento para solucionar pacíficamente las querellas entre gobernantes. ¿Pero qué utilidad tiene para los gobernados?

La historia misma del sufragio universal confirma con harta elocuencia nuestras razones. Mientras la burguesía creyó que el sufragio universal podía, en manos del pueblo, convertirse en arma contra los privilegiados, lo combatió furiosamente; pero el día que quedó probado,

en 1848, que el tal sufragio no tiene nada de temible, o no al contrario, que con él se conduce muy bien á las multitudes, la burguesía lo aceptó sin rodeos. Actualmente, la misma burguesía es quien mejor lo defiende, porque comprende que, no solo es arma para arreglar las diferencias entre los que ambicionan el poder, sino que también para asegurar su dominación.



La libertad de la prensa está en el mismo caso. ¿Qué argumento ha sido el más concluyente á los ojos de la burguesía para declarar la libertad de la prensa? Su impotencia.

Mr. Girardin ha hecho todo un libro sobre este tema: La impotencia de la prensa. «En otro tiempo, dice, se quemaba vivas á las hechiceras porque eran las gentes bastante bestias para creerlas todopoderosas; hoy se incurre en la misma barbaridad con respecto á la prensa porque se la cree también poderosa. Pero esto no es cierto, y su poderío es tan ficticio como el de las brujas de la Edad Media. Nada, pues, de persecuciones á la prensa.» He ahí lo que en otro tiempo decía Mr. Gerardin. Y cuando actualmente discuten entre sí los burgueses sobre la libertad de la prensa, ¿qué de argumentos no exponen en su favor? «Ved, dicen éstos, Inglaterra, Suiza, los Estados Unidos; la prensa es libre y no obstante la explotación capitalista está mejor establecida que en cualquier otro país; el imperio de la riqueza está más seguro que en toda otra parte.

Dejad que las ideas subversivas se manifiesten: ¿no tenemos á nuestra disposición cuantos medios necesitamos para ahogar la voz de sus periódicos sin recurrir á la vio-

lencia? Además, si en un momento de efervescencia la prensa revolucionaria llegara á constituir un peligro no nos faltarían pretextos para suprimirla de un solo golpe.»

Para la libertad de reunión el razonamiento es el mismo.

«Demos completa libertad de reunión, dice la burguesía libre que entiende bien la defensa de sus intereses: la libertad no puede perjudicarnos. Lo único que debemos temer son las sociedades secretas, y la libertad de reunión es el modo más eficaz para que desaparezcan. Si en un momento de excitación las reuniones públicas amenazarán nuestra tranquilidad, medios nos sobran para suprimirlas, puesto que la fuerza del gobierno está á nuestra disposición.»

«¿Y la inviolabilidad del domicilio? ¡Valiente cosa!» «Consignadla en nuestros códigos; pregonadla en alta voz», dicen los más listos gobernantes. «No queremos que la policía penetre en nuestro domicilio; pero instituiremos un gabinete negro para vigilar los suspectos; llenaremos el país de soplones, haremos una lista de los sospechosos. los seguiremos siempre de cerca, y cuando veamos que la cosa va mal, damos rienda suelta á nuestra brutalidad nos burlamos de la inviolabilidad, nos llevamos al calabozo desde sus propias camas á quien nos parezca, lo removemos todo sin respeto ninguno, y en paz.» «Cargamos duramente contra todo el mundo, y si alguien grita fuerte á la cárcel con él.» «Diremos que á la guerra respondemos con la guerra, y nos aplaudirán.»

«La correspondencia es también respetable. Consignemos igualmente en nuestro código su inviolabilidad. «Si el jefe de una cartería de pueblo abre por curiosidad una carta, le destituimos inmediatamente y lo publicamos en los periódicos.» «Qué monstruosidad, qué crimen.» Tened cuidado que los pequeños secretos que nos contamos entre

amigos no puedan ser divulgados. Pero si husmeamos que se trama algún complot contra nuestros privilegios, entonces no respetamos nada: abriremos todas las cartas, nombramos mil empleados para practicar la ilegalidad, y si alguien se atreve á protestar, contestamos francamente como lo hizo un ministro inglés en medio de estruendosos aplausos en toda la cámara: «Si, señores míos; con profundo disgusto y con el corazón oprimido nos hemos decidido á violar la correspondencia; pero es exclusivamente porque la patria (léase aristocracia y burguesía) está en peligro.»



He ahí á lo que se reducen las cacareadas libertades políticas.

La libertad de la prensa y de reunión no se respeta «más que cuando el pueblo no la esgrime contra las clases privilegiadas.»

Después de todo la cosa es bien natural. El hombre no goza de otros derechos que los que se ha conquistado en la lucha, ni puede tener más libertades que las que esté dispuesto á defender constantemente con las armas en la mano. Si no se azota ya á hombres y mujeres en medio de las calles de París, como se hace en Odessa, es porque el día que un gobierno lo intentara, el pueblo lincharía á los ejecutores.

Si los aristócratas no se abren paso á través de las multitudes en fiesta, á garrotazo limpio, por sus criados, es sencillamente porque si lo intentaran el pueblo daría buena cuenta de ellos; si existe cierta igualdad entre obrero y patrón, en la calle y los establecimientos públicos, es porque el obrero, gracias á las revoluciones pre-

cedentes, posee un sentimiento de dignidad personal que no le permite soportar la ofensa de su amo. Por esto, y no por los derechos inscritos en las leyes, disfruta el obrero actual alguna libertad.



Es evidente que en la sociedad actual, dividida en siervos y señores, la verdadera libertad no puede existir; y no existirá nunca mientras haya explotados y explotadores, gobernantes y gobernados. Sin embargo, no se sigue de aquí que hasta el día que la revolución anarquista lo haya barrido todo, deseemos nosotros ver la prensa amordazada como en Alemania, el derecho de reunión anulado como en Rusia, la inviolabilidad personal reducida á lo que es en Turquía. Siendo como somos esclavos del capital, queremos poder escribir y publicar lo que bien nos parezca, y deseamos podernos reunir y organizar como nos plazca, precisamente para sacudir el yugo del capital.

Pero es ya tiempo de que comprendamos que no es á las leyes constitucionales á quienes hemos de pedir derechos. No es una ley, en un pedazo de papel que puede romperse á la menor fantasía de un gobierno, en lo que debemos ver la salvaguardia de nuestros derechos naturales: Sólo haciéndonos bastante fuertes para imponer nuestra voluntad, conseguiremos que nuestros derechos sean respetados.

¿Queremos tener la libertad de hablar y escribir lo que sintamos; el derecho de reunirnos y organizarnos? Pues no debemos esperar que el permiso nos venga del Parlamento ó que una ley mendigada al Senado nos autorice.

Constituyamos una fuerza organizada, capaz de enseñar los dientes, como se dice vulgarmente, á cualquie-

ra que intente restringir el derecho de palabra y de reunión; seamos fuertes, y podremos estar seguros de que nadie nos discutirá el derecho de hablar, escribir y publicar lo que queramos. El día que, unidos los explotados, podamos salir en número de algunos miles á la calle, á tomar directamente la defensa de nuestros derechos, nadie intentará disputarnos los ya conquistados y reivindicaremos á nuestro favor otros muchos á los que tenemos derecho. Entonces, y solo entonces, habremos adquirido derechos que en vano pediríamos durante decenas de años á las Cortes y al Senado; además, la garantía de esos derechos será bastante más sólida que si estuviera escrita en papeles más ó menos limpios.

Las libertades no se dan, se toman.

Á LOS JÓVENES

I

A estos me dirijo; que los viejos—los viejos de corazón y de espíritu, entiéndase bien—no se molesten en leer lo que no ha de afectarles en nada.

Supongo que tenéis dieciocho ó veinte años, habéis terminado vuestro estudio ó aprendizaje y entráis en el gran mundo; supongo también que vuestra inteligencia se ha purgado de las imbecilidades con que han pretendido atrofiarla y oscurecerla vuestros maestros, y que hacéis oídos de mercader á los continuos sofismas de los partidarios del oscurantismo; en una palabra, que no sois de esos desdichados engendros de una sociedad decadente que sólo procuran por la buena forma de sus pantalones lucir su figura de monos sabios en los paseos, sin haber gustado en la vida más que la copa de la dicha, obtenida á cualquier precio... Todo al contrario de esto, os juzgo entendimiento recto, y sobre todo, dotados de gran corazón.

La primera duda que surge en vstra imaginación es

ésta: «¿Qué voy á ser?» Esta pregunta os la habéis hecho cuantas veces la razón os ha permitido discernir.

Verdaderamente que cuando se está en esa temprana edad en que todos son sueños de color rosa no se piensa en hacer mal alguno. Después de haberse estudiado una ciencia ó un arte—á expensas de la sociedad, nótese bien—nadie piensa en utilizar los conocimientos adquiridos como instrumento de explotación y en beneficio exclusivo, y muy depravado por el vicio debiera estar en verdad el que siquiera una vez no haya soñado en ayudar á los que gimen en la miseria del cuerpo y la miseria de la inteligencia. Habéis tenido uno de esos sueños, ¿no es verdad? Pues estudiemos el modo de convertirle en realidad.

No sé la posición social que ha precedido á vuestro nacimiento; quizá favorecido por la suerte habéis podido adquirir conocimientos científicos, y sois médico, abogado, literato, etc.: si es así, á vuestra vista ábrense vastísimos horizontes y se os ofrece un porvenir sonriente, quizá dichoso. O, por el contrario, maldito de la suerte, sois hijo de un pobre trabajador, y no habéis tenido otros conocimientos que la escuela del dolor, de las privaciones y sufrimientos...

Establezcamos el primer caso; habéis cursado medicina; sois, pues, un facultativo. Un día un hombre de mano callosa, cubierto con una blusa, viene á buscaros para que asistáis á una enferma, conduciéndoos á casa de la paciente por una interminable serie de callejuelas, cuyas casas trascienden á pobreza.

Llegáis, y os es forzoso casi encaramaros por una estrecha escalera, cuyo ambiente está cargado de hidrógeno, por las emanaciones que despiden la torcida de un farol cuyo aceite se ha agotado.

Después de salvar dos, cuatro ó treinta escalones, penetráis en la habitación de la pobre enferma. Como

vuestra alma está aún pura, el corazón os late con más violencia de la acostumbrada al contemplar aquella infeliz tirada sobre un mal jergón, y... aquellas cuatro ó cinco criaturas, lívidas, tiritando de frío, acurrucadas al lado de su pobre madre, á fin de recoger el calor de la fiebre, ya que allí huelga todo abrigo. Los infelices niños, á quienes la desgracia ha hecho suspicaces, os contemplan asustados y se arriman más y más á su madre, sin apartar sus grandes ojos espantados de vuestra persona.

El marido ha trabajado durante su vida doce y trece horas diarias, pero ahora está de más hace tres meses: esto no es raro, se repite periódicamente. Antes no se notaba tanto su falta de trabajo, pues cuando esto acontecía su mujer iba á lavar—¿quién sabe si habrá lavado lo vuestro!—para ganar una peseta al día. Pero ahora, postrada en el lecho del dolor hace dos meses, le es imposible, y la miseria más espantosa cierra sus negras alas en aquel hogar.

¿Qué dispondréis á aquella enferma, doctor? Desde luego habréis comprendido que allí reina la agonía general por falta de alimentación; ¿prescribiréis carne, aire puro, ejercicio en el campo, una alcoba seca y bien ventilada? ¡Esto sería irónico! Si hubiera podido la enferma proporcionarse todo esto, no hubiera esperado vuestro consejo.

Esto no es todo. Si vuestro exterior revela franqueza y bondad, os referirán historias tanto ó más tristes: la mujer de la otra habitación, cuya tos desgarró el corazón, es una planchadora; en el tramo de abajo todos los niños tienen fiebre; la lavandera que ocupa el piso alto no llegará á la próxima primavera: ¡ah! ¡y en la casa de al lado, en la otra, la situación es peor!...

¿Qué pensáis de todos estos enfermos? Seguramente les recomendaríais cambio de aire, un trabajo menos pro-

longado, una alimentación sana y nutritiva; pero no podéis, y abandonáis aquellas catacumbas del dolor con el corazón lacerado.

Al siguiente día, y cuando aún no habéis desechado la preocupación de la vispera, un compañero os dice que ha venido un lacayo en carruaje para que fueráis á visitar al propietario de una casa, donde habia enferma una señora extenuada á fuerza del insomnio, cuya vida está consagrada á visitas, afeites, bailes y disputar con su estúpido marido.

Vuestro compañero le ha prescrito hábitos más moderados, comida poco estimulante, paseos al aire libre, tranquilidad de espíritu y ejercicios gimnásticos en su alcoba. á fin de sustituir un trabajo útil: una muere porque ha carecido de alimento y descanso durante su vida, y la otra sufre porque nunca ha sabido lo que es trabajar.

Si sois uno de esos repugnantes seres que ante un espectáculo triste y repugnante se consuelan con dirigir una mirada de compasión y beberse una copa de cognac, os iréis acostumbrando gradualmente á esos contrastes y no pensaréis sino en elevaros á la altura de los satisfechos para evitar tener que rozaros en lo sucesivo con los desgraciados.

Pero si al contrario, sois *hombre*; si el sentimiento se traduce en voluntad y la parte animal no se ha superpuesto á la inteligente, volveréis á vuestra casa diciéndoos:—Esto es infame; esto no puede continuar así por más tiempo. Es menester evitar las enfermedades y no curarlas. ¡Abajo las drogas! Aire, buena alimentación y un trabajo más racional; por ahí debe comenzarse; de otro modo, la profesión de médico sólo es un engaño y una farsa.

En ese mismo instante comprenderéis el anarquismo y sentiréis estímulos por conocerlo todo; y si el altruismo

no es una palabra vacía de sentido, si aplicáis al estudio de la cuestión social las rígidas inducciones del filósofo naturalista, vendréis á nuestras filas y seréis un nuevo soldado de la Revolución social.

Quizá se os ocurra:—¡Al diablo las cuestiones prácticas! Como el filósofo, el astrónomo, consagrémonos á las especulaciones científicas. Esto seguramente puede producir un goce individual, una abstracción de la sociedad y sus males. Pero siendo así, yo pregunto: ¿en qué se diferencia el filósofo dedicado á pasar la vida todo lo agradablemente posible del borracho que sólo busca en la bebida la inmediata satisfacción de un placer? Indudablemente el filósofo ha tenido mejor acierto cuando á la elección del goce, que es más duradero que el del borracho; pero esta es la sola diferencia: uno y otra tienen la misma mira egoísta y personal.

Pero no deseáis hacer vida semejante, y sí, por el contrario, trabajar en bien de la Humanidad; entonces saltará en vuestro cerebro una formidable objeción, y por poco aficionado á la crítica que seáis, comprenderéis perfectamente que en esta sociedad la ciencia no es otra cosa que un apéndice de lujo que no sirve sino para hacer más agradable la vida de los menos, permaneciendo inaccesible á los más.

Ahora bien; hace más de un siglo que la ciencia ha establecido sobre bases sólidas, razonadas nociones cosmogónicas cuanto al origen del Universo. ¿Cuántos las conocéis? Algunos millares solamente desperdigados entre centenares de millares sumidos aún en supersticiones dignas de los salvajes, y por consiguiente dispuestos á servir de lastre á los impostores religiosos.

O bien lanzad una ojeada sobre lo que ha hecho la ciencia para elaborar las bases de la higiene física y moral: ella os dice cómo debemos vivir para conservar la

salud del cuerpo y mantener en buen estado las numerosas masas de nuestras poblaciones. Pero todo esto es letra muerta, porque la ciencia sólo existe para un puñado de privilegiados, y porque las desigualdades que dividen á la sociedad en dos clases—explotados y detentadores del capital—hacen que las enseñanzas racionales de la existencia sean la más amarga de las ironías para la inmensa mayoría.

Aún podría citar mas ejemplos, pero no lo juzgo imprescindible, puesto que la cuestión no es amontonar verdades y descubrimientos científicos, sino extender hasta lo infinito los ya adquiridos, hasta que hayan penetrado en la generalidad de los cerebros. Conviene ordenar de tal suerte las cosas, que la masa del género humano pueda comprenderlas y aplicarlas: que la ciencia deje de ser un lujo; todo al contrario, que sea la base de la vida de todos. Así lo exige la justicia.

De este modo no ocurriría, por ejemplo, lo que pasa hoy con la teoría del origen mecánico del calor, que enunciada el siglo pasado por Hir y Clausius, ha permanecido durante más de ochenta años enterrada en los anales académicos, hasta que la desenterraron los conocimientos de la física extendidos lo suficiente para formar una parte del público capaz de comprenderla; ha sido necesario tres generaciones para que las ideas de Erasmo y Darwin sobre la variabilidad de las especies fuesen acogidas y admitidas por los filósofos académicos, obligados por la opinión pública. El filósofo, así como el artista y el poeta, es siempre producto de la sociedad en que enseña y se mueve.

Si os persuadís de estas verdades comprenderéis que es de todo punto imprescindible cambiar radicalmente un tal estado de cosas que condena al filósofo á repetirse de conocimientos científicos y al resto del género humano

á permanecer en la misma ignorancia que hace diez siglos; esto es, en el estado de esclavitud y de máquina incapaz de asimilarse las verdades establecidas. Desde el momento que os hayáis persuadido de estas profundas verdades iréis poco á poco odiando la inclinación á la ciencia pura y trabajaréis por buscar el medio de efectuar esa transformación social; y si inauguráis vuestras investigaciones con la misma imparcialidad que os ha guiado en los estudios científicos, abrazaréis sin remedio la causa del socialismo.

Haréis, en una palabra, tabla rasa de todos los sofismas y engrosaréis nuestras filas, cansados de procurar placeres á esa monoría que de tantos disfruta, y pondréis todo vuestro valer al servicio de los oprimidos.

Estad seguro que entouces el sentimiento del deber cumplido y la perfecta relación entre vuestras ideas y acciones os demostrarán una existencia nueva que os es desconocida; y cuando el día, día que indudablemente se aproxima—con permiso de vuestros profesores—se haya realizado el fin que os proponíais, las nuevas fuerzas del trabajo científico colectivo, con la poderosa ayuda de ejércitos de trabajadores que vendrán á prestarle su concurso, harán que la ciencia dé un paso hacia adelante, comparado con el cual el lento progreso del presente parecerá simple juego de niños.

Entonces gozaréis de la ciencia, y este goce será para todos.

II

Abordemos otro punto. Supongamos habéis terminado vuestra carrera de Derecho, y por consiguiente, os halláis abocado á desempeñar un puesto en el foro, halagado por

las más bellas ilusiones respecto á vuestro porvenir—es hago la justicia de que comprendéis lo que altruismo significa.—Quizá entonces digáis: «¿Hay nada más noble que dedicar su vida á una lucha vigorosa contra toda injusticia, aplicar sus facultades al triunfo de la ley, que es la expresión de la justicia suprema?»

Perfectamente: como todavía no tenéis experiencia propia, os veis obligado á recurrir á las crónicas judiciales, donde encontraréis hechos que os ilustren.

Aquí tenemos, por ejemplo, un rico propietario que pide la expulsión de un colono que no ha podido pagar, efecto de cualquier circunstancia fortuita, la renta convenida. Desde el punto de vista legal, no hay escape; si el pobre labrador no paga, sea cualquiera la causa que lo imposibilite, debe ser expulsado de la finca: en este punto la ley es inexorable.

Si os conformáis con la exterioridad de los hechos pediréis la expulsión creyendo que así cumplís con vuestro deber; si, por el contrario, profundizáis en el asunto, encontraréis muchas veces que el propietario ha derrochado siempre su renta, en tanto que el colono ha trabajado cotidianamente; que el propietario no ha hecho nada para mejorar sus tierras, y sin embargo, el valor de éstas, merced á los esfuerzos de aquel colono á quien arrojan del suelo que ha regado con su sudor, ha triplicado en cincuenta años, contribuyendo también á ello el mayor precio adquirido por la construcción de un ferrocarril, ó una carretera, ó la desecación de una laguna, ó la roturación y cultivo de terrenos antes baldíos, obra todo no del propietario, sino de aquel miserable colono que se ha arruinado por haber tenido que tratar con los usureros, que le han sacrificado hasta lo último, agotando implacablemente todos sus recursos.

La ley, sin embargo, siempre á favor de la propiedad,

está concluyente: sea de ello lo que quiera, el derecho favorece al propietario y desconoce el del colono; pero si vuestro sentimiento de justicia natural no ha sido aún suplantado por las ficciones legales, ¿qué haréis? ¿Sostendréis que el colono debe ser arrojado á la calle, en consonancia á lo estatuido por la ley, ó sostendréis que lo justo es que el propietario pague al colono el total aumento del valor de sus tierras, puesto que es debido muy principalmente al trabajo y desvelos de éste? Esto no está escrito en ningún Código, pero es lo que la equidad demanda. ¿Qué partido tomaréis: el de la ley contra la justicia ó el de la justicia contra la ley?

Y cuando se hayan declarado en huelga los trabajadores sin prevenirlo con quince días de anticipación, ¿á qué fado os inclinaréis? En favor del patrón que, aprovechándose de una prolongada crisis, ha conseguido ganancias fabulosas, ó contra la ley y en defensa de los trabajadores que durante todo ese tiempo sólo han percibido un pequeño jornal y visto morir de hambre á sus mujeres ó hijos? ¿Defenderéis esa ficción que consiste en afirmar la libertad de las transacciones, ó mantendréis la equidad que estatuye que un contrato celebrado entre el que ha comido bien y el que no ha probado bocado, esto es, entre el fuerte y el débil, es un contrato leonino?

Pongamos otro ejemplo: un hombre que vagaba alrededor de una carnicería robó un pedazo de carne; la gente corrió tras él gritando: ¡al ladrón!; se le detuvo é interrogó, averiguándose que era un artesano sin trabajo, que hacía cuatro días no habían comido ni él ni su familia. Pidióse al carnicero que lo dejase en libertad; pero éste era partidario (para los demás) del cumplimiento de la justicia, y el hambriento fué sentenciado á seis meses de prisión. ¿No se sublevará la conciencia contra una ley y una sociedad que pronuncia todos los días semejantes infames juicios?

¿Pediréis la aplicación de la ley contra el hombre que, privado de educación y maltratado desde su infancia, sin haber oído nunca palabra de afecto y de cariño, termine su fatal carrera asesinando, azuzado por el hambre, á un vecino para robarle una peseta? ¿Pediréis su muerte, ó lo que es peor, que vaya veinte años á presidio cuando os consta que es más bien que criminal loco, y que su crimen es obra de la sociedad entera? ¿Pediréis que vayan á presidio esos infelices tejedores que en un momento de desesperación prendieron fuego á la fábrica donde han consumido su existencia y dejado su sudor, ó que fusilen al insurrecto que enarbó en la barricada la bandera del porvenir? No seguramente.

Si en vez de repetir lo que se os ha enseñado *razonáis*; si analizáis la ley y apartáis de ella esas nebulosas ficciones con que se le ha envuelto á fin de ocultar su verdadero origen, que es el derecho del más fuerte, y su fondo, que ha sido siempre la consagración de todas las tiranías que pesan sobre el género humano á través de su larga y sangrienta historia; cuando hayáis comprendido esto, sentiréis un profundo desprecio por la ley y sentiréis aversión sin tasa contra esa monstruosidad que os coloca diariamente en oposición con la conciencia.

Y como esa lucha no puede ser eterna, ó tendréis que subordinaros á ser un miserable, ó romperéis con la abominable tradición y vendréis á nuestro lado á trabajar por la completa destrucción de esta injusticia económica, social y política, y entonces seréis socialistas revolucionarios.

Y tú, joven ingeniero, que has soñado mejorar la suerte de los trabajadores aplicando la ciencia á la industria, ¡qué tristes desengaños te esperan! Has dedicado tu juvenil energía y entendimiento á la formación de un

proyecto de ferrocarril que bordeando montañas y salvando precipicios una dos pueblos separados por la naturaleza. Una vez comenzada la obra, veréis masas de obreros diezmados por las privaciones y las enfermedades y otros que vuelven á sus casas con algunas monedas y la semilla de la consunción; y cuando esta obra de progreso se haya terminado, lejos de servir para que los obreros puedan comunicar entre sí, los veréis excluidos de gozar y disfrutar de su trabajo, sirviendo en cambio para que la utilice la burguesía para dar paso á sus ejércitos.

Habéis dedicado la flor de vuestra juventud á perfeccionar un invento que facilite la producción, y, desoués de muchos ensayos y largas vigiliás, conseguís sacar á flote vuestro pensamiento, lo ponéis en práctica, y sus resultados sobrepujan vuestros cálculos. Las consecuencias primeras de vuestro adelanto las sufrirán los trabajadores. Diez, ciento, mil ó más serán despedidos de los talleres y reducidos á la miseria; mientras que dos ó tres burgueses, con la aplicación de la máquina ó máquinas de vuestra invención, se enriquecerán con vuestro invento y beberán á la salud del medio que les facilita una mayor ganancia á costa del incremento martirio del hambre de multitud de familias. No habíais previsto esto allá en vuestros insomnios, ¿verdad? ¿No hubierais creído nunca que lo que juzgábais adelanto, progreso, beneficio, se trocara, por leyes arbitrarias y despóticas de este infame desorden social, en llanto, desdicha y miseria de infinidad de seres? Pues esto es lo que, hoy por hoy, resulta: y sin embargo, nosotros, amantes del progreso, aunque sus víctimas propiciatorias, caemos bendiciéndole; ¡tanto amamos la ciencia!, y maldiciendo á sus detentadores.

Esto no es paradójico; estudiados los recientes adelantos industriales, resulta que la costurera, por ejemplo, no ha ganado nada con la invención de la máquina de

coser; que, á pesar de las perforadoras de diamante, el obrero muere de anquilostoma en los túneles; que los albañiles, los braceros todos carecen de trabajo no obstante los ascensores Giffard. Si discutís, pues, los problemas sociales con esa independencia de criterio que os ha guiado en los problemas técnicos, deduciréis necesariamente la conclusión de que, bajo el dominio de la propiedad privada y del abominable régimen del salario, todo invento, lejos de aumentar el bienestar del obrero, hace más pesada su cadena, más degradante el trabajo; disminuye el tiempo de ocupación, prolonga la crisis y sólo viene á añadir comodidades á la clase de los satisfechos.

Ahora bien: cuando os hayáis penetrado de esta gran verdad, ¿qué haréis? ¿Acallar con sofismas los gritos de vuestra conciencia y procurar adquirir de cualquier modo los goces y placeres que disfrutaban los explotadores, ú obedeceréis los impulsos del corazón que os dice: «No, no es esta la época de las invenciones; trabajemos primero por transformar el modo de ser de la producción, y cuando esto se haya efectuado, todo adelanto industrial será, no beneficioso á una clase, sino al género humano?»

No temáis por la ciencia; ésta, como la libertad, no puede perecer: y no perecerá seguramente en manos de los trabajadores: cuando esas masas hoy sumidas en la ignorancia despierten á la luz de la inteligencia, desarrollada por medio del estudio y del trabajo, la mecánica tomará vuelos desconocidos; llegará sin duda alguna á lo que, ni en hipótesis, puede hoy entreverse.

¿Y qué decir cuanto al maestro de escuela, ese pedagogo harapiento y muerto de hambre de nuestros días? No me refiero ciertamente al ser rutinario que toma su profesion como una pesada carga, sino al que, rodeado de un grupo de alegres niños se siente solicitado por la atmósfera infantil que le rodea y trata de inocular en aque-

llos cerebros apenas formados las ideas de humanidad que él mismo acarició cuando era joven. Sufriréis cuando el discípulo á quien por fuerza os empeñáis en que aprenda el latín no da pie con bola, no se asimila el idioma de Lacio: pero observad en cambio sus bellezas de corazón y cómo se entusiasma al recitar la historia de Guillermo Tell y con que pasión ha leído los versos de Schiller:

Jamás temble ante el hombre libre,
y sí al romper las cadenas del esclavo...

Procurad desarrollar aquellos gérmenes de libertad, aquel odio contra los tiranos, y esto contrabalanceará el perpetuo sermón doméstico que trata de anular tan bellas cualidades, supe ditándolas á ese necio respeto al cura, al rey, al juez, á todo el atrabiliario sistema inventado por el autoritarismo para refrenar los impulsos de la libertad, las sacudidas de la inteligencia hacia la investigación.

Nuestra misión es sembrar el bien, difundir la luz y, por medio de la instrucción, libre de todos los prejuicios de la rutina, crear corazones que odien la tiranía y desde la infancia maldigan á todos los verdugos y todos los explotadores. La enseñanza no es ese pesado repetir transmitido de una en otra generación, sin examen, sin variación, con la monotonía del péndulo: esa es la instrucción burguesa que, cual pesada mole, comienza á perturbar las facultades mentales del niño á fin de cercenar en su cerebro todas las nobles emulaciones por lo grande, lo humanitario, lo bello.

La burguesía ha desnaturalizado de tal suerte las fuentes primeras donde se desarrollan las facultades del ser, que ha logrado convertir lo que debía ser templo de la verdad — la escuela — en presidio, y al que debía ser primer magistrado — el maestro — en carcelero.

Hay que romper sin vacilaciones ese lecho de Proceso; hay que caminar adelante: ó con la burguesía, que os paga malamente vuestros servicios y os relega eternamente á intoxicar los cerebros infantiles con los venenos de la autoridad, la religión y la propiedad, ó al campo anarquista á trabajar con los revolucionarios para educar á la juventud en el verdadero camino de la emancipación del hombre, en las sanas doctrinas de la equidad, de la solidaridad y de la libertad.

Y, por último, vosotros, jóvenes artistas, escultores, pintores, poetas, músicos, ¿no veis que el sagrado fuego que inspiró á vuestros predecesores ha desaparecido hoy día, que el arte es vulgar, supeditado á los perversos gustos de una burguesía adocenada, y por tanto impera en absoluto la medianía? Y no puede ser de otro modo: la inspiración de descubrir un nuevo mundo y bañarse en las fuentes de la naturaleza que creó las obras maestras del Renacimiento se ha agotado en nuestros tiempos. El ideal revolucionario no le ha dado calor hasta ahora, y á falta de este ideal, el único racional y verdadero, las artes han supuesto un bastardeado realismo que consiste en fotografiar trabajosamente la gota de rocío en la hoja de la planta, imitar los músculos de la pata de un cornúpeto ó describir en prosa y verso el aire asfixiante del salón de una meretriz de alto rango.

Pero si esto es así, me preguntaréis—¿qué es lo que debem hacer?

La contestación es muy sencilla; si el fuego sacro que decís poseer es únicamente un fuego fatuo, entonces continuaréis como hasta aquí, y todo vuestro gusto artístico, vuestra inspiración degenerará rápidamente en decorar tiendas, proveer de libretos de operetas de tercera clase y hacer cuentos para las veladas de nochebuena: muchos vais descendiendo por esta pendiente con gran rapidez...

Pero si vuestro corazón late verdaderamente al unísono con el de la humanidad; si como verdadero poeta os ocupáis de las realidades de la vida, ¡ah! entonces, contemplando ese mar de tristezas, frente á frente de gentes que perecen de hambre; á la vista de esos cadáveres amontonados en las minas y esa aglomeración de cuerpos mutilados en las barricadas, viendo esas interminables cuerdas de deportados que van á enterrarse en las perpetuas nieves de la Siberia ó en los pantanos tropicales; ante esta desesperada lucha sostenida entre los gritos de dolor de los vencidos y las orgías de los vencedores, entre el egoísmo contra la cobardía y entre la noble resolución y la despreciable astucia, no podéis permanecer neutral y vendréis á colo caros al lado del oprimido, porque sabéis que lo hermoso, lo sublime, el espíritu mismo de la vida están al lado de aquellos que luchan por la luz, por la humanidad.

Ya os oigo interrumpirme de nuevo. Si la ciencia abstracta es un lujo y la práctica de la medicina una farsa: si la ley excluye la justicia, y las invenciones mecánicas no son sino instrumento de robo; si la escuela, en oposición á los deseos del verdadero maestro, ha de ser anulada y el arte sin la idea revolucionaria sólo puede degenerar, ¿qué me queda á mí que hacer? Os lo diré; un trabajo vasto é importantísimo, en el cual estarán vuestras acciones en completa armonía con vuestra conciencia; una empresa capaz de elevar los caracteres más nobles y generosos.

¿Qué trabajo? Voy á deciroslo: ó capitaláis con vuestra conciencia y decís al fin: «perezca la humanidad con tal que yo tenga muchos placeres y pueda gozarlos por completo, toda vez que la gente es bastante necia para permitírmelo»; ó una vez más se os presentará la inevitable alternativa de tomar parte con los revolucionarios y

trabajar con ellos para la completa transformación de la sociedad. Tal es la irrefragable consecuencia del análisis que acabamos de hacer: esta es la lógica conclusión á que todo hombre inteligente ha de llegar sin remedio, con tal de que razone con lealtad sobre lo que pasa á su alrededor, descartando los sofismas que su educación privilegiada y el interés de los que le rodean han deslizado en su oído.

Llegado á esta conclusión, le pregunta, ¿qué ha de hacerse? se presenta naturalmente; la contestación es fácil: dejad el medio en que estáis colocado y en el cual es moda decir que el pueblo no es más que un puñado de brutos; venid á mezclaros con ese pueblo y la contestación surgirá por sí sola.

Veréis que en todas partes, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Rusia, Estados Unidos, allí donde hay una clase privilegiada y otra oprimida, existe un gran movimiento en el seno de la clase trabajadora, cuyo objeto es romper para siempre la esclavitud impuesta por el feudalismo capitalista, y echar los cimientos de una sociedad establecida sobre la base de justicia é igualdad. Ya no es suficiente al hombre del pueblo manifestar sus dolores en uno de esos cantos cuya melodía os trapasa el corazón, como los que se cantaban por los siervos del siglo XVIII y se cantan todavía por los aldeanos eslavos; ahora trabaja con sus compañeros por su emancipación, con conocimiento de lo que hace y contra todos los obstáculos que encuentra en su camino. Su pensamiento está constantemente en ejercicio, considerando qué es lo que debería hacerse á fin de que la vida, en lugar de ser una carga para las tres cuartas partes de la humanidad, pueda ser una verdadera satisfacción para todos; se ocupa de los más arduos problemas de sociología y procura resolverlos con su buen sentido, su espíritu de observación y mucha experiencia; con objeto de ponerse de acuerdo con

otros tan miserables como él, trata de formar grupos, organizar; forma sociedades sostenidas con dificultad por pequeñas suscripciones; procura hacer pactos con sus compañeros del lado allá de la frontera y prepara el día en que las guerras internacionales sean imposibles de un modo más eficaz que el usado por los fríos filántropos que ahora nos aburren con sus tonterías sobre la paz universal. A fin de conocer lo que hacen sus hermanos y para tener con ellos conexión más íntima y elaborar sus ideas, sostiene ¡pero á costa de cuantos sacrificios y cuantos incesantes esfuerzos! su prensa trabajadora.

Al fin, cuando la hora llega, se levanta, y enrojeciendo el pavimento de las barricadas con su sangre se lanza á conquistar esas libertades que los poderosos y satisfechos sabrán después cómo corromper y cómo volver contra él de nuevo.

¡Qué interminable serie de esfuerzos! ¡Qué lucha tan incesante! ¡Qué trabajo vuelto continuamente á empezar, unas veces para llenar los huecos ocasionados por las deserciones, resultado del cansancio, corrupción y persecuciones; otras para reunir las quebrantadas fuerzas diseminadas por los fusilamientos y las matanzas á sangre fría; otras, en fin, para reanudar los estudios bruscamente interrumpidos por el burgués en grande escala!

Los periódicos se establecen por hombres que se han visto obligados á privarse del sueño y alimento, á fin de poder arrancar á la sociedad los conocimientos más preciosos; la agitación se sostiene con céntimos deducidos de la cantidad necesaria para adquirir lo absolutamente indispensable para la vida, y todo esto bajo la constante amenaza de ver á su familia reducida á la más espantosa miseria tan pronto como el patrón sepa que su trabajador, su esclavo, está tocado de socialismo.

Este es lo que veréis si os mezcláis con el pueblo. Y

en esta lucha incansante, cuántas veces no se ha preguntado inútilmente el trabajador, al par que caminaba bajo el peso de su yugo: «¿Dónde, pues, está esa gente joven á quien se ha enseñado á nuestra costa, esos jóvenes á quienes alimentamos y vestimos mientras estudiaban? ¿Dónde están aquellos para quienes hemos edificado, con nuestros hombros agobiados bajo el peso de nuestras cargas y nuestros estómagos vacíos, esos colegios, esas salas de conferencia y esos museos? ¿Dónde están los hombres para cuyo beneficio nosotros con nuestros rostros pálidos y demacrados hemos impreso esos hermosos libros, muchos de los cuales ni aun podemos leer? ¿Dónde están esos profesores que pretenden poseer la ciencia y para quienes la misma humanidad no vale tanto como un insecto raro? ¿Dónde los que siempre están hablando en favor de la libertad y nunca tratan de conquistarla, viéndola constantemente pisoteada bajo sus pies? ¿Dónde esos escritores y poetas, esos pintores? ¿Dónde, por último, está toda esa falange de hipócritas que habla del pueblo con lágrimas en los ojos, pero que jamás por ningún concepto se encuentra entre nosotros ayudándonos en nuestro trabajo?»

¿Dónde están en verdad?

Unos se entregan al descanso con la más cobarde indiferencia; otros, la mayoría, desprecian á la sucia multitud y están dispuestos á lanzarse sobre ellas si se atreve á tocar uno solo de sus privilegios.

Es verdad que de cuando en cuando viene á nosotros algún joven que sueña con tambores y barricadas y busca impresiones fuertes; pero que deserta la causa del pueblo en cuanto percibe que el camino de la barricada es largo, el trabajo pesado y las coronas de laurel que han de ganarse en esta campaña están cubiertas de espinas. Generalmente estos ambiciosos especuladores sin trabajo, quienes, no habiendo podido hacer nada en otro sentido, tra-

tan de sorprender á la gente por este medio, y que serán poco después los primeros en denunciarla cuando el pueblo desee aplicar los principios que ellos mismos habían profesado, están tal vez hasta dispuestos á volver sus armas contra la vil multitud si se atreve á moverse antes que ellos hayan dado la señal.

Agregad á esto, bajos insultos, desprecio completo y viles calumnias de parte de la gran mayoría y sabréis lo que el pueblo puede esperar hoy de la mayor parte de los jóvenes de las clases privilegiadas en concepto de ayuda para la revolución social.

Pero aún preguntáis ¿qué haremos? Cuando todo está por hacer, cuando un ejército entero de gente joven encontraría bastante en ocupar todo el vigor de su viril energía y toda la fuerza de su inteligencia y talento para ayudar al pueblo en la vasta empresa que ha acometido, preguntáis ¿qué haréis? Escuchad: vosotros, amantes de la ciencia pura, si estáis penetrados de los principios del socialismo, si habéis comprendido el verdadero significado de la revolución que hoy llama á nuestras puertas ¿no veis que toda ciencia debe ser reconstituída á fin de ponerla en armonía con los nuevos principios, que os corresponde realizar en este terreno una revolución mucho más grande que la que tuvo lugar en todos los ramos de la ciencia durante el siglo XVIII? ¿No observáis que la historia, que hoy no es más que un cuento de viejas sobre grandes reyes, grandes hombres de Estado y grandes Parlamentos, que la historia misma tiene que volverse á escribir desde el punto de vista del trabajo hecho por las masas en la larga evolución del género humano? ¿qué la economía social que hoy es puramente la santificación del robo por el capital tiene que reconstruirse de nuevo, lo mismo en sus principios fundamentales que en sus innumerables aplicaciones? ¿qué la antropología, sociología y

ética deben ser completamente refundidas, y que las mismas ciencias naturales miradas desde otro punto de vista deben sufrir una profunda modificación, lo mismo en lo que se refiere á la concepción de los fenómenos naturales que respecto al método de exposición?

Siendo, pues, así, poneos á trabajar; colocad vuestra capacidad al servicio de la buena causa: ayudados especialmente con vuestra clara lógica á combatir las preocupaciones y á establecer con vuestra síntesis los cimientos de una organización mejor: más aun: enseñados á usar en nuestros argumentos diarios el valor de vuestras verdaderas investigaciones científicas, y mostradnos, como hicieron nuestros predecesores, de qué modo los hombres se atreven á sacrificar hasta la vida misma por el triunfo de la verdad.

Vosotros, los doctores, que habéis aprendido el socialismo por una amarga experiencia, no os causéis nunca de decirnos hoy y mañana, en todo tiempo y lugar, que la humanidad misma marcha rápidamente á su degeneración si permanece en su condición actual: que todos vuestros medicamentos contra las enfermedades han de ser impotentes mientras que la mayoría del género humano vegete en condiciones absolutamente contrarias á aquellas que la ciencia os dice son necesarias á la salud: que las enfermedades es lo que se debe desarraigar, que es lo que debe hacerse para conseguirlo.

Venid con vuestro escalpelo y disocad para nosotros con mano firme esta nuestra sociedad que rápidamente marcha á la putrefacción, y decidnos lo que podría y debería ser una existencia racional; insistid, como verdadero cirujano, en que un miembro gangrenado debe amputarse cuanto puede contagiar al cuerpo entero.

Vosotros, que habéis trabajado por la aplicación de la ciencia á la industria venid y decidnos francamente

cuál ha sido el resultado de vuestros descubrimientos; convenced á aquellos que no se atreven á marchar resueltamente hacia el porvenir y hacdeles ver cuantas nuevas invenciones lleva en su seno el conocimiento adquirido hasta el día: qué podría hacer la industria bajo mejores condiciones y cuanto podría el hombre producir fácilmente si trabajase siempre con el fin de favorecer su propia producción.

Vosotros, poetas, pintores, escritores, músicos, si comprendéis vuestra verdadera misión y el exacto interés del arte mismo, venid á nosotros: poned vuestra pluma, vuestro lápiz, vuestro cincel y vuestras ideas al servicio de la revolución; presentados con vuestro elocuente estilo y con vuestros expresivos cuadros la lucha heroica del pueblo contra sus opresores; encended el corazón de nuestra juventud con ese glorioso entusiasmo revolucionario que inflamó el pecho de nuestros antecesores; decid á las mujeres qué carrera tan gloriosa es la del marido que dedica su vida á la gran causa de la emancipación social.

Mostrad al pueblo qué triste es su vida actual, y hacdedle tocar con la mano la causa de su desgracia! Decidnos qué racional sería la vida si no se encontrase á cada paso las locuras é ignominias de vuestro presente orden social!

Finalmente, todos los que poseéis conocimientos, talento, capacidad, industria, si tenéis un átomo de simpatía en vuestro corazón, venid y poned vuestro servicio á disposición de aquéllos que más lo necesitan. Y tened presente si venís que no lo hacéis como amos, sino como compañeros de penas: que no venís á gobernar, sino á fortaleceros en una nueva vida que se eleva constantemente hacia la conquista del porvenir; que más que á enseñar, venís á recoger las aspiraciones de los más; á adi-

vinarlas, á darles forma y á trabajar constantemente con todo el fuego de la juventud y el juicio de la edad madura para hacerlas posible en el momento actual; entonces, y sólo entonces, seguiréis una conducta verdaderamente noble y racional, viendo así que cada esfuerzo vuestro en este sentido produce frutos en abundancia; y una vez establecida esta sublime armonía entre vuestras acciones y lo que os dicta vuestra conciencia, obtendréis facultades que nunca soñasteis pudieran dormir latentes en vosotros mismos.

Luchad incesantemente por el triunfo de la verdad, justicia é igualdad entre los hombres, cuya gratitud ganaréis. ¿Qué carrera más noble que ésta puede desear la juventud de todos los países?

Tiempo he necesitado para mostraros a vosotros que pertenecéis á las clases acomodadas, que, en vista del dilema que os presenta la vida, os veréis obligado, siendo honrados y sinceros, á venir á trabajar con los anarquistas y defender con ellos la causa de la revolución social. ¡Qué claro y sencillo es todo esto! Pero cuando uno se dirige á aquellos que no han sufrido los efectos del medio en que vive la burguesía, ¡cuántos sofismas hay que combatir! ¡cuántas preocupaciones que vencer! ¡cuántas objeciones interesadas que desechar!

Hoy no es fácil el ser uno breve al dirigirse á vosotros, jóvenes del pueblo; la fuerza misma de las cosas os impole á ser anarquistas, por poco valor que tengáis para razonar y obrar.

Salir de las filas del pueblo y no dedicarse, á ser posible, al triunfo de la revolución, es desconocer el verdadero interés y abandonar su causa y su verdadera misión histórica.

¿Recordáis la época en que niño aún fuisteis una tarde de invierno á jugar en vuestra oscura callejuela? El frío

os penetraba á través de vuestros ligeros vestidos y el fango hacía lo mismo por los agujeros de vuestros viejos zapatos; aun entonces, cuando visteis á esos rollizos niños, ricamente vestidos, pasar á cierta distancia y miraros con desprecio, comprendisteis bien claramente que esos muñecos, vestidos de punta en blanco, no eran iguales á vosotros ni en inteligencia ni en energía; pero más tarde, cuando os visteis obligados á encerraros en una sucia fábrica desde las cinco ó las seis de la mañana, para permanecer doce horas al lado de una máquina, y convertidos en otra, obligados á seguir día tras día sus movimientos incesantes ó monótonos, pudisteis comprender que mientras tanto los otros iban tranquilamente á aprender en hermosas academias, escuelas y universidades; y ahora esas mismas criaturas, menos inteligentes, pero más instruidas, han venido á ser vuestros amos, y gozan de todos los placeres, de los beneficios de la civilización. Y á vosotros ¿qué suerte os espera?

Volvéis á una habitación pequeña, oscura y húmeda, en la que se encuentran reunidos en un espacio bastante pequeño cinco ó seis seres humanos, y en la que vuestra madre, causada de la vida, envejecida más por los cuidados y fatigas que por los años, os ofrece pan duro y un poco de agua sucia llamada por ironía café; y para distraer vuestra imaginación tenéis siempre presente la siguiente pregunta: «¿Cómo se podrá pagar mañana al pañadero y al casero al día siguiente?» ¡Cómo! ¿Habéis de arrastrar la misma desgraciada existencia que arrastraron vuestros padres durante treinta ó cuarenta años? ¿Habéis de trabajar toda la vida para proporcionar á otros todos los placeres del bienestar, de la ilustración y del arte y guardar para vosotros únicamente la constante ansiedad respecto á encontrar mañana un pedazo de pan que llevaros á la boca? ¿Abandonaréis para siempre todo

lo que hace la vida agradable, para dedicaros á proporcionar comodidades sin fin á un puñado de holgazanes? ¿Os aniquilaréis trabajando para recibir en cambio menos de lo indispensable y ser víctima de la miseria cuando sobreviene una de esas crisis que por desgracia son tan frecuentes? ¿Es esta la clase de vida á que aspiráis? ¿Os daréis tal vez por vencidos? No viendo modo alguno de salir de vuestra situación, tal vez os digáis: «Generaciones enteras han sufrido la misma suerte, y yo, que en nada puedo variar lo existente, debo someterme también; sigamos, pues, trabajando, y procuremos vivir lo mejor que se pueda.

Perfectamente; en tal situación, el iluminar vuestro entendimiento será poco menos que imposible. Pero llega un día en que se presenta una crisis de esas que no son ya fenómenos pasajeros, como antes sucedía, sino que destruye toda una industria, que aniquila á familias enteras; lucháis como los demás, contra la calamidad; pero pronto veis cómo vuestra mujer, vuestros hijos sucumben poco á poco á causa de las privaciones, y desaparecen á causa de la falta de alimentos, de cuidados y de asistencia médica y van á concluir sus días en un asilo de pobres mientras que la vida del rico se pasa alegre y gozosa en las grandes ciudades, brillando la luz del sol, y permaneciendo completamente extraño é indiferente á los gritos de angustia de aquellos que perecen.

Entonces comprenderéis cuán repugnante es esta sociedad; reflexionaréis sobre las causas de estas crisis, y el examen llegará hasta el fondo mismo de esta abominación que pone á millones de seres humanos á merced de la brutal ambición de un puñado de explotadores; entonces comprenderéis que los anarquistas tienen razón al decir que nuestra sociedad actual puede y debe ser reorganizada de pies á cabeza.

Mas pasando de las crisis generales á vuestro caso particular, suponemos que un día, cuando vuestro patrón trate por medio de una nueva reducción del jornal de sacaros algunos céntimos con el fin de aumentar aun más su fortuna, protestáis; á lo que os contestará con altanería:—«Idos á comer hierba si no queréis trabajar por el precio que ofrezco.»—Entonces comprenderéis que vuestro patrón no sólo trata de esquilarnos como un animal inferior: que no contento con teneros sujeto en sus garras por medio del sistema del salario, trata además de haceros un esclavo en todos conceptos. Entonces os rebajaréis ante él, abandonando toda idea de dignidad humana y concluyendo por sufrir todas las humillaciones posibles, ó la sangre se os subirá á la cabeza; os detendréis en la odiosa pendiente en que vais resbalando, y encontrándoos despedido y en la calle sin trabajo, comprenderéis cuánta razón tienen los anarquistas cuando dicen «¡rebelaos, levantaos contra esta tiranía económica, porque ella es causa de toda esclavitud!» Entonces vendréis y ocuparéis vuestro puesto en las filas de los revolucionarios, y trabajaréis con ellos por la completa destrucción de toda esclavitud económica, social y política.

Otro día oiréis referir la historia de aquella encantadora muchacha cuyo carácter alegre, francas maneras y animada conversación tanto habíais admirado. Después de haber luchado durante años contra la miseria, abandonó su pueblo natal por la capital: bien sabía que allí la lucha por la existencia debía ser difícil, pero esperaba al menos poder buscarse la vida honradamente. Pues bien, ya sabéis cuál ha sido su suerte: galanteada por el hijo de un tendero, se dejó engañar por sus dulces palabras, se entregó á él con toda la pasión de la juventud, y se vió después abandonada con una criatura en los brazos; siempre generosa, nunca cesó de luchar, pero se destruyó

en esta desigual lucha contra el hambre y el frío, yenda á concluir sus días en uno de esos hospitales cuyo nombre nadie recuerda... ¿Qué haréis? Una vez más se os presentan dos caminos que seguir: ó tratáis de desechar tan desagradable recuerdo con la siguiente estúpida frase:

—«Ella no fué la primera, ni será la última»,—y tal vez hallándoos alguna noche en la taberna con otros ultrajéis la memoria de la infeliz muchacha con algún cuento repugnante; ó, por el contrario, el recuerdo del pasado os llegará al corazón; trataréis de encontrar al infame seductor para escupirle al rostro, y reflexionando sobre las causas de estos males que ocurren diariamente, comprenderéis que nunca cesarán en tanto que la sociedad esté dividida en dos campos: en el uno los desgraciados y en el otro los perezosos, las fieras con dulces palabras é inclinaciones bestiales. Comprenderéis que es ya tiempo sobrado de concluir con esta diferencia y volaréis á colocaros entre los revolucionarios.

Y vosotras, mujeres del pueblo. ¿Habéis oído sin conmoveros la triste relación de esta historia? Mientras que acariciáis la linda cabeza de esa criatura que duerme en vuestros brazos, ¿no habéis pensado nunca en la suerte que le espera si no se cambian las presentes condiciones de la sociedad? ¿No reflexionáis sobre el porvenir reservado á vuestras hermanas y á vuestros hijos? ¿Queréis que éstos también vegeten como vegetaron vuestros padres, sin más ocupación que la de buscar el pan de cada día ni otro placer que el de la taberna? ¿Deseáis que vuestro marido y vuestros hijos estén siempre á merced del primer advenedizo que haya heredado de sus padres un capital con que poder explotarlos? ¿Os avendréis á que sigan siendo siempre esclavos de un amo y materia dispuesta para servir de abono á los prados de los ricos explotadores! ¡No nunca!

Bien sé que se os ha encendido la sangre al oír que vuestro marido, después de haber entrado en una huelga lleno de entusiasmo y de determinación, ha concluido por aceptar con el sombrero en la mano las condiciones dictadas por el orgulloso burgués en un tono altamente despreciativo. Sé que habéis admirado á esas mujeres españolas que en un alzamiento popular han presentado el pecho á las bayonetas de los soldados en las primeras filas de la insurrección. Estoy seguro que mencionáis con reverencia el nombre de la mujer que atravesó con una bala el pecho de aquel rufián que se atrevió á ultrajar á un prisionero anarquista en su calabozo: y estoy persuadido de que vuestro corazón late con más violencia cuando leéis como se reunían bajo una lluvia de balas las mujeres de París, para animar á los hombres y estimularlos á ejecutar actos de heroísmo.

Repito que sobre todo esto no abrigo ningún género de duda, y por eso estoy convencido de que también concluiréis por reunir os á aquellos que trabajan por la conquista del porvenir.

Cada uno de vosotros, pues, jóvenes honrados, hombres y mujeres, trabajadores del campo y de las fábricas, artesanos y soldados, comprenderéis cuáles son vuestros derechos y os vendréis con nosotros, á fin de trabajar con vuestros hermanos en la preparación de esa revolución que, barriendo todo vestigio de esclavitud, destruyendo agaduras y cadenas y rompiendo con viejas y gastadas tradiciones, abra á todo el género humano un nuevo y ancho campo de feliz existencia, estableciendo al fin la verdadera libertad, igualdad y fraternidad en la sociedad humana. Que no se diga que nosotros, siendo un grupo relativamente insignificante, somos demasiado débiles para conseguir el magnífico fin á que aspiramos: contad y ved cuantos somos los que sufrimos esta injusticia.

Nosotros los trabajadores del campo, que trabajamos para otros y mascamos la paja, mientras que nuestros amos se comen el trigo: nosotros solos somos millones de hombres; somos tan numerosos, que formamos la masa del pueblo.

Nosotros los obreros de las fábricas, que tejemos terciopelos y sedas para cubrirnos de harapos, también somos una gran multitud, y cuando el ruido de la fábrica nos deja un momento de reposo, invadimos las calles y plazas como el mar en las grandes mareas de verano.

¡Ay! todos juntos, los que sufrimos y somos diariamente insultados, formamos tal multitud, que ningún hombre puede contar; somos el Océano que lo abraza é invade todo.

Nos basta querer para que se haga la justicia y todos los tiranos de la tierra muerdan el polvo.

Nos basta querer para que la revolución social acabe con todas las infamias y todos los privilegios.

LA GUERRA

Triste es el espectáculo que ofrece Europa en este momento, pero edificante al mismo tiempo. De un lado un movimiento extraordinario de diplomáticos y cortesanos, que se aumenta visiblemente en cuanto el viejo continente empieza á oler á pólvora. Se hacen y deshacen alianzas; se regatea, se vende el rebaño humano para asegurarse de los aliados: «Tantos millones de cabezas garantiza esta casa á la vuestra»; tantas hectáreas como cebo; tantos puertos para exportar sus lanas», y se esfuerzan para engañarse en el mercado como vulgares mercachifles: á esto se llama, en la jerga política, diplomacia.

De otro lado armamentos y más armamentos. Cada día se hacen nuevos descubrimientos para mejor matar á nuestros semejantes, nuevos gastos, nuevos empréstitos, nuevos impuestos. Fomentar el patriotismo haciendo á los hombres rabiosos *chauvinistas*, es la labor más política y lucrativa del periodismo. Ni los niños siquiera están libres de tal furor: se forman batallones de criaturas, se

les educa en el odio á los extranjeros; se les impone la obediencia ciega á los gobiernos del momento, sean azules, blancos ó negros, y cuando llegan á los veinte años, se les cargará como á burros de cartuchos, utensilios provisiones y un fusil; se les enseñará á marchar al sonido de tambores y trompetas; á degollar, como bestias feroces á derecha é izquierda, sin preguntarse jamás el por qué ni con qué objeto: hay gente delante, muertos de hambre, alemanes, franceses ó españoles, es igual; se rebelan, gritan; son nuestros hermanos, no importa. Suena el clarín y matan. He ahí á lo que conduce la sabiduría de nuestros gobiernos y educadores; he ahí todo lo que han sabido darnos como ideal precisamente en una época en que todos los desheredados del mundo se abrazan fraternalmente por encima de todas las fronteras.



¡Ah! bárbaros, no habéis querido el socialismo y tendréis la guerra. «Guerra de treinta, de cuarenta, de cincuenta años», decía Herzen después de 1848, y, en efecto, así ha sido. Si el cañón cesa de tronar aquí, es para tomar nuevos alientos y empezar más fuerte en otra parte, mientras que la guerra europea, la horrible revuelta de los pueblos nos amenaza, desde hace muchos años, sin que sepamos por qué nos batiremos, con quién ni contra quién, en nombre de qué principios, ni con qué interés.

En otros tiempos, si había guerras sabían al menos por qué se mataban. Tal rey ofendía al nuestro: «degollemos, pues, á sus súbditos.» Tal emperador quería usurpar al nuestro algunas provincias: «muramos, pues, por conservarlas para Nuestra Cristiana Majestad.» Se batían por rivalidades de reyes. La causa era estúpida, pero

para tales causas apenas si se podían organizar algunos miles de hombres. ¿Por qué diablos hoy, los pueblos enteros se lanzan unos contra otros?

Los reyes ya no son motivo de guerras. Victoria ya no hace caso de los insultos que le prodigan en Francia: para vengarla los ingleses no se querellarán; pero ¿podemos afirmar que tal vez dentro de poco la guerra no estalle entre Francia é Inglaterra, por la supremacía en Africa, por la cuestión de Oriente ó por otra causa cualquiera?

Por autócrata, malo y déspota, y por gran personaje que se imagine ser Alejandro, emperador de todas las Rusias, apuntaría todas las insolencias de Chauverlain sin salir de su cubil de Gatchina, mientras que los banqueros de Petersburgo y los fabricantes de Moscou, que son los patriotas actuales, no le impongan la orden de poner en movimiento los ejércitos. Y es que en Rusia como en Inglaterra, en Alemania como en Francia, ya no se lucha por los reyes, sino por la integridad de los intereses y el aumento de la riqueza de la Muy Poderosa Majestad de Rostchild, Sehucides, compañía de Auzin, y por el medro de la alta banca y la gran industria.

Las rivalidades de los reyes han sido sustituidas por la lucha entre las sociedades burguesas.



Se habla todavía de «preponderancia»; pero tradueid esta entidad metafísica en hechos materiales, examinad cómo la preponderancia política de Alemania, por ejemplo, se manifiesta en este momento, y veréis que se trata simplemente de preponderancia económica en los mercados internacionales. Lo que Alemania, Francia, Rusia,

Inglaterra y Austria desean conquistar actualmente, no es la dominación militar, sino la dominación económica. Es el derecho de imponer sus mercancías, sus tarifas de aduanas á las naciones vecinas; el derecho de explotar los pueblos atrasados en industria; el privilegio de construir caminos de hierro, donde no los hay, para convertirse con tal pretexto en amos de los mercados: el derecho, en fin, de usurpar de tiempo en tiempo algún puerto para activar el comercio ó alguna provincia para llevar el sobrante del mercado.

Cuando nos declaramos actualmente guerra, es para asegurar á nuestros grandes industriales un treinta por ciento de beneficio á los barones financieros la dominación de la Bolsa, á los accionistas de caminos de hierro y de las minas una renta de cientos de miles de francos. Tan cierto es esto, que si fuéramos un poco consecuentes con nuestro procedimiento, reemplazaríamos las aves de rapiña de nuestras banderas por el becerro de oro, y los viejos emblemas por un saco de escudos. Los nombres de los regimientos, bautizados en otro tiempo con nombres de príncipes de sangre, debiéramos ponerles nombres de príncipes de la industria, denominándolos regimiento infantería de Schucides, de Auzin, de Rostchild; así sabríamos al menos por qué nos matábamos.



Abrir nuevos mercados, imponer sus mercancías buenas ó malas: he ahí el fondo de toda política actual, europea y continental; la verdadera causa de las guerras en el siglo XIX.

En el siglo pasado, Inglaterra fué la primera en inaugurar el sistema de la gran industria por la exportación.

Amontonó los proletarios en las ciudades, perdidieron los oficios, centuplicó la producción y comenzó á acumular en sus almacenes verdaderas montañas de géneros elaborados. Estos géneros, como es fácil suponer, no eran para los desgraciados que los fabricaban. Pagados como actualmente, con salarios suficientes apenas para pan, ¿cómo habían de comprar las ricas telas de algodón y lana que ellos mismos tejían? Y los buques ingleses surcaban el Océano buscando compradores en el continente europeo, en Asia, en Oceanía ó en América, seguros de no hallar en ningún puerto competidores. La miseria, una miseria negra como la de todos los proletarios, reinaba en todas las poblaciones; pero los fabricantes, los negociantes, se enriquecían prodigiosamente. Las riquezas traídas del extranjero se acumulaban entre las manos de un pequeño número y los economistas del continente invitaban á sus compatriotas á seguir el ejemplo.

Hacia el final del siglo pasado la Francia empezó á hacer la misma evolución y se organizaba para producir y exportar. La revolución, al traspasar el poder, atrajo hacia las ciudades los hambrientos de los campos, enriqueció á la burguería, y determinó nuevo rumbo á la evolución económica. La burguesía inglesa, al notar este cambio, se conmovió mucho más que de las declaraciones republicanas y de la sangre derramada en París, y, secundada por la aristocracia, declaró guerra sin cuartel á sus colegas franceses, que amenazaban con cerrar los mercados europeos á los productos ingleses.

Todos conocemos el resultado de esta guerra.

La Francia fué vencida, pero se había conquistado un puesto en los mercados. Las dos burguesías, inglesa y francesa, hicieron por un momento una íntima alianza; se reconocían hermanas. Pero la Francia se esfuerza en producir para la exportación, y quiere acaparar los mer-

cados, sin tener en cuenta que el progreso industrial se propaga de Occidente á Oriente y conquista nuevos países. La burguesía entonces procura ensanchar el círculo de sus beneficios, y soporta durante dieciocho años á Napoleón el pequeño, esperando inútilmente que el usurpador imponga á la Europa entera su ley económica, abandonándole el día que se convence de que no es capaz de realizar tal ideal.

Una nueva nación, Alemania, admite también este régimen económico. Arranca de los campos á los hambrientos, los traslada á las ciudades, y éstas doblan el número de sus habitantes en algunos años. Organiza la producción en grande escala. Una industria formidable, armada de herramientas perfeccionadas y secundada por una instrucción técnica y científica, prodigada á discreción, amontona á su vez multitud de productos destinados, no á los productores, sino á la exportación, al enriquecimiento de los amos.

Los capitales se acumulan y buscan colocación ventajosa en Asia, en Africa, en Turquía, en Rusia. La Bolsa de Berlín rivaliza con la de París y aspira á dominarla.

Un grito salió entonces del seno de la burguesía alemana; unirse bajo no importa qué bandera, aunque fuera la de Prusia y aprovecharse de esta fuerza para imponer sus productos, sus tarifas, para ampararse de un buen puerto en el Báltico, en el Adriático, á ser posible. Destruir la potencia militar de Francia, que amenazaba hace treinta años con imponer la ley económica de Europa y dictarle sus tratados comerciales.

La guerra de 1870 fué la consecuencia; Francia ya no domina los mercados. Alemania intenta dominarlos actualmente; alentada por la ambición, extiende más cada día la explotación, sin preocuparse de las crisis ni de la

inseguridad económica que roe su régimen. Las costas de Africa, los trigos Cosca, los llanos fértiles de Polonia, las stepas de Rusia, las *puertas* de Hungría, los frondosos valles de Rumanía, todo excita la rapacidad de la burguesía alemana.

Cada vez que un negociante alemán recorre estos llanos apenas cultivados, esas poblaciones en las que la industria carece de vida y presencia el correr de las aguas hacia el mar sin aprovecharlas para fecundar los campos inmediatos, siente que el corazón se le oprime ante tan natural espectáculo. En su imaginación aparece dibujado con chillones colores los sacos de oro que sacaría de todos esos elementos que tan escasos productos rinden en su estado actual y jura que un día llevará la civilización, es decir, su explotación á todos esos países, y sobre todo á los de Oriente. En espera de que esto le imponga sus productos, sus caminos de hierro á Italia, á Austria, á Rusia. Pero estos países se emancipan poco á poco de la tutela de su vecino. Entran también lentamente en la órbita de los países industriales; y su juventud burguesa no desea otra cosa que enriquecerse, exportando á su vez los artículos de sus fábricas.

En pocos años Rusia é Italia han dado un salto enorme en la extensión de sus respectivas industrias, y como sus productores, reducidos á la más horrible miseria, no pueden comprar nada, los fabricantes rusos, austriacos é italianos, elaboran también para la exportación. Necesitan á su vez mercados, y como los de Europa están ya ocupados, se dirigen sobre Asia y África, en donde luchan ferozmente y por lo que tendrán que venir á las manos, más pronto ó más tarde, por no ponerse de acuerdo sobre á quién corresponde la mayor cantidad del botín.

¿Qué alianzas podrán hacer en esta situación creada por el carácter mismo que dan á la industria los que las dirigen? La alianza de Alemania y Rusia es de pura conveniencia. Alejandro y Guillermo pueden abrazarse cuanto quieran; pero la burguesía naciente de Rusia detesta cordialmente á la alemana y ésta paga en la misma moneda. Todos recordamos por lo reciente, el grito de indignación salido de toda la prensa alemana, con rara unanimidad, cuando el gobierno ruso aumentó con un tercio los derechos de aduana sobre los géneros importados. «La guerra contra Rusia, decían los burgueses alemanes y los obreros que hacen coro en estas cuestiones, sería más popular entre nosotros que la guerra con Francia».

La famosa alianza de Alemania y Austria, es cosa escrita sobre la arena. Las dos potencias, las dos burguesías, están muy cerca de romper con las falaces alianzas de sus gobiernos por una sencilla cuestión de tarifas. Austria y Hungría, sobre ser hermanas gemelas, están siempre en guerra, porque sus intereses son diametralmente opuestos en la explotación de los Slavos meridionales. La Francia misma se halla dividida por cuestión de tarifas.

*
* *

No habéis querido el socialismo y tendríais la guerra brutal, interminable, si la revolución no viniera á poner fin á una situación tan innoble como absurda.

Arbitraje, equilibrio, supresión de los ejércitos permanentes, desarme, no son más que hermosos sueños sin aplicación práctica posible. Sólo la revolución podrá poner fin al actual estado de cosas, poniendo los instrumentos de trabajo, las máquinas, las materias primeras y

toda la riqueza social, en poder de los productores, y organizando la producción de modo que satisfaga todas las necesidades de los que trabajan.

Trabajar todos para uno y uno para todos, he ahí la única condición para que la paz sea un hecho en el seno de las naciones, que la piden á gritos, pero que no puede implantarse por oponerse á ello los actuales poseedores de la riqueza social.

Las minorías revolucionarias

«Todo lo que afirmáis es muy justo», nos dicen con frecuencia nuestros contradictores. «Vuestro ideal de comunismo y anarquía es sublime, y su realización implantaría el bienestar y la paz sobre la tierra; pero sois muy pocos para defenderlo, escaso el número de los que lo comprende, y apenas unas cuantas docenas los hombres bastante desinteresados que propagan su advenimiento.» «Sois una insignificante minoría, un débil grupo diseminado por todas partes, perdido en medio de una multitud indiferente, y frente á un enemigo terrible, bien organizado, en posesión de armas, capital, instrucción: la lucha que habéis emprendido es superior á vuestras fuerzas.»

He ahí la objeción que sale continuamente de los labios de nuestros mejores contradictores, y algunas veces hasta de nuestros enemigos.

Veamos, pues, lo que hay de cierto en esta objeción.

Que nuestros grupos sean una ínfima minoría comparada con los millones de habitantes que pueblan la tierra

nada hay más cierto. Todos los grupos defensores de un ideal nuevo han empezado siempre siendo una pequeña minoría; y nosotros es casi seguro que continuaremos siendo escasos en número, hasta el día de la revolución. ¿Pero puede ser esto en modo alguno un argumento contra nosotros? Actualmente los optimistas son en mayoría. ¿Y es que por eso debiéramos nosotros hacernos oportunistas? Hasta 1790, los realistas y los constitucionalistas eran mayoría: ¿por esta razón debieran los republicanos de entonces haber renunciado á sus ideas y hacerse también realistas, precisamente cuando Francia marchaba á pasos de gigante hacia la supresión de la realeza.

Que seamos pocos, no nos importa: la cuestión no es esa. Lo que nos interesa es saber si las ideas libertarias están conformes con la evolución que se produce en este momento en el espíritu humano, y sobre todo en los pueblos latinos, y, sobre este punto, no cabe duda. La evolución no se produce en sentido autoritario, sino en el sentido de la libertad individual, de la libertad del grupo productor y consumidor, de la autonomía del municipio, del grupo, de la federación libre. La evolución no va hacia la preponderancia del individualismo propietario, sino hacia la producción y el consumo en común. El comunismo en las grandes ciudades no asusta á nadie, tratándose, sobre todo, del comunismo libertario. En las pequeñas poblaciones la evolución se opera en el mismo sentido, y aparte algunas comarcas, tanto de Francia como de otros países, donde determinadas circunstancias sociales contienen el progreso de la evolución, los campesinos marchan en ciertas relaciones hacia el comunismo en los instrumentos del trabajo. Por esto, cada vez que exponemos nuestras ideas á las masas, cada vez que les hablamos el lenguaje, sencillo, comprensible, apoyado con ejemplos prácticos de la revolución tal como nosotros la entendemos, se nos

acoge siempre con aplausos en los grandes centros industriales, igual que en las pequeñas poblaciones rurales.

Y estas manifestaciones son lógicas y espontáneas. Si nuestro ideal de libertad y comunismo fuera resultado de la especulación filosófica, salidos de los sombríos gabinetes de estudio de los sabios, es seguro que estos dos hermosos principios no hubieran hallado eco en ninguna parte. Pero estas dos ideas han nacido de las entrañas mismas del pueblo; son el enunciado de lo que dicen y piensan los obreros y los campesinos, cuando salidos de la rutina cotidiana vislumbran en el porvenir un mundo mejor; son el resultado de la evolución lenta que se ha efectuado en los espíritus en el curso de este siglo; son el concepto popular de la transformación que va á operarse dentro de poco para la implantación de la justicia, la solidaridad y la fraternidad entre las ciudades y las aldeas. Como son nacidas del pueblo, él es quien las aclama cada vez que se le exponen con sencillez y claridad. En esto radica precisamente su verdadera fuerza y no en el número de sus adherentes activos, agrupados y organizados, con entereza suficiente para arrastrar las consecuencias de la lucha y burlarse de los peligros que lleva consigo el trabajar por la revolución popular. El número de éstos aumenta sensiblemente; pero hasta la víspera misma de la sublevación general, que se convertirá en imponente mayoría, continuaremos siendo como hoy, escasos en número



La historia nos demuestra que los que fueron minoría la víspera de la revolución, son fuerza predominante al día siguiente, si representan la expresión verdadera de las aspiraciones populares, y si la revolución dura bastante tiempo para que la idea revolucionaria pueda extenderse.

germinar y producir sus frutos; porque no debemos olvidarlo: con una revolución de uno ó dos días no podremos transformar la sociedad en el sentido del comunismo y la energía; una sublevación de pocos días no puede hacer más que derribar un gobierno para poner otro. Puede reemplazar un Napoleón por un Julio Favre, pero no puede cambiar en nada las instituciones fundamentales de la sociedad. Se necesitará un período insurreccional de muchos años, para consolidar con la revolución un nuevo régimen en la propiedad y las agrupaciones humanas. Para derribar el régimen feudal agrícola y la omnipotencia del rey, fué necesaria una insurrección de cinco años (1788, 1793); para destruir el feudalismo burgués y la omnipotencia de la plutocracia, se necesitará tal vez más.

Pues bien, durante este período de excitación, cuando el espíritu trabaja con acelerada rapidez, cuando todo el mundo, lo mismo en las ciudades suntuosas como en las sombrías cabañas, se toma interés por la cosa común, se discute, se habla, se intenta convertir al vecino, será cuando la idea anarquista, sembrada hoy por los grupos existentes, podrá germinar, producir sus frutos y precisarse en el espíritu de las grandes masas. Los indiferentes de hoy serán entonces partidarios convencidos de la nueva idea; así ha sido siempre el progreso de las ideas, y la gran revolución francesa nos puede servir de ejemplo.



Es cierto que esta revolución no fué tan intensa como la que nosotros propagamos. No hizo más que derribar la aristocracia para colocar en su puesto la burguesía; no tocó el régimen de la propiedad individual; al contrario, lo reforzó, puesto que fué ella la que inauguró la explotación burguesa. Pero en cambio alcanzó un re-

acoge siempre con aplausos en los grandes centros industriales, igual que en las pequeñas poblaciones rurales.

Y estas manifestaciones son lógicas y espontáneas. Si nuestro ideal de libertad y comunismo fuera resultado de la especulación filosófica, salidos de los sombríos gabinetes de estudio de los sabios, es seguro que estos dos hermosos principios no hubieran hallado eco en ninguna parte. Pero estas dos ideas han nacido de las entrañas mismas del pueblo; son el enunciado de lo que dicen y piensan los obreros y los campesinos, cuando salidos de la rutina cotidiana vislumbran en el porvenir un mundo mejor; son el resultado de la evolución lenta que se ha efectuado en los espíritus en el curso de este siglo; son el concepto popular de la transformación que va á operarse dentro de poco para la implantación de la justicia, la solidaridad y la fraternidad entre las ciudades y las aldeas. Como son nacidas del pueblo, él es quien las aclama cada vez que se le exponen con sencillez y claridad. En esto radica precisamente su verdadera fuerza y no en el número de sus adherentes activos, agrupados y organizados, con entereza suficiente para arrastrar las consecuencias de la lucha y burlarse de los peligros que lleva consigo el trabajar por la revolución popular. El número de éstos aumenta sensiblemente; pero hasta la víspera misma de la sublevación general, que se convertirá en imponente mayoría, continuaremos siendo como hoy, escasos en número.



La historia nos demuestra que los que fueron minoría la víspera de la revolución, son fuerza predominante al día siguiente, si representan la expresión verdadera de las aspiraciones populares, y si la revolución dura bastante tiempo para que la idea revolucionaria pueda extenderse.

germinar y producir sus frutos; porque no debemos olvidarlo: con una revolución de uno ó dos días no podremos transformar la sociedad en el sentido del comunismo y la energía; una sublevación de pocos días no puede hacer más que derribar un gobierno para poner otro. Puede reemplazar un Napoleón por un Julio Favre, pero no puede cambiar en nada las instituciones fundamentales de la sociedad. Se necesitará un período insurreccional de muchos años, para consolidar con la revolución un nuevo régimen en la propiedad y las agrupaciones humanas. Para derribar el régimen feudal agrícola y la omnipotencia del rey, fué necesaria una insurrección de cinco años (1788, 1793); para destruir el feudalismo burgués y la omnipotencia de la plutocracia, se necesitará tal vez más.

Pues bien, durante este período de excitación, cuando el espíritu trabaja con acelerada rapidez, cuando todo el mundo, lo mismo en las ciudades suntuosas como en las sombrías cabañas, se toma interés por la cosa común, se discute, se habla, se intenta convertir al vecino, será cuando la idea anarquista, sembrada hoy por los grupos existentes, podrá germinar, producir sus frutos y precisarse en el espíritu de las grandes masas. Los indiferentes de hoy serán entonces partidarios convencidos de la nueva idea; así ha sido siempre el progreso de las ideas, y la gran revolución francesa nos puede servir de ejemplo.



Es cierto que esta revolución no fué tan intensa como la que nosotros propagamos. No hizo más que derribar la aristocracia para colocar en su puesto la burguesía; no tocó el régimen de la propiedad individual; al contrario, lo reforzó, puesto que fué ella la que inauguró la explotación burguesa. Pero en cambio alcanzó un re-

sultado inmenso para la humanidad, aboliendo definitivamente la servidumbre, y aboliendo por la fuerza, procedimiento mucho más eficaz que el de las leyes; abrió la era de las revoluciones que se suceden con pequeños intervalos y que nos aproximan más cada día á la gran Revolución Social; dió al pueblo francés esa impulsión revolucionaria sin la cual los pueblos vivirían aun en la más abyecta de las opresiones; legó al mundo una corriente de ideas fecundas para el porvenir; despertó en los espíritus la rebeldía y dió educación revolucionaria á los pueblos, y sobre todo al pueblo francés.

Si en 1871 Francia hizo la Commune, y hoy acepta el comunismo libertario, mientras que los demás pueblos están todavía en el período autoritario ó constitucionalista, es porque á últimos del pasado siglo luchó durante cuatro años para hacer la revolución que lleva su nombre.

Recordemos, aunque sólo sea de paso, el triste cuadro que Francia ofrecía algunos años antes de la revolución, y veremos cuan exigua minoría representaban los enemigos del poder realista y feudal.

Los campesinos vivían en una miseria y en una ignorancia tan grande, que hoy nos sería muy difícil hacernos una idea. Perdidos en aldeas sin comunicaciones regulares, ignoraban lo que sucedía á veinte leguas de distancia; estos seres encorvados perpetuamente á la tierra, habitando en miserables chozas, víctimas de la peste y el hambre, parecían condenados á eterna servidumbre. La insurrección en común era imposible; al menor intento de rebeldía aparecía la soldadesca, asesinaban á diestro y siniestro á todo el mundo, y colgaban á los directores ó iniciadores del motín cerca de las fuentes, ó de los sitios frecuentados, para imponer el terror y la sumisión. Apenas si algunos audaces propagadistas recorrían de incógnito los villorrios, predicando el odio contra los opresores,

y despertando en escaso número la esperanza de una sociedad más humanitaria; apenas si los hambrientos se atrevían á pedir pan ó osaban tímidamente protestar contra los impuestos. Hojead los archivos de algunos pueblos solamente y os convenceréis de esta verdad.

En cuanto á la burguesía, lo único que la caracterizaba era la cobardía; sólo algunos individuos aislados, intentaban raramente atacar al gobierno y despertar el espíritu de rebeldía con actos audaces. Pero la gran masa burguesa doblaba vergonzosamente el espino ante el rey y su corte, ante la nobleza y ante los mismos criados de la nobleza. Quien quiera convencerse de lo que decimos, que lea las actas municipales de aquella época, y verá de qué vil bajeza estaba impregnada aquella burguesía antes de 1789. La más innoble cobardía que registra la historia desprendíase de sus palabras, á pesar de Louis Blanc y otro adulator de la burguesía, que la aplauden. Los raros revolucionarios de aquella época, cuando miraban á su alrededor, y Camilo Desmoulin pronunció con razón esta palabra: «En 1789 éramos apenas una docena de republicanos en todo París».



Y sin embargo, qué transformación cuatro años más tarde. En cuanto la fuerza de la realeza empezó á desmembrarse por el carácter de los acontecimientos, el pueblo tomó parte en la insubordinación. Durante el año 1788, se iniciaron algunos pequeños motines parciales por los campesinos de ciertas regiones; como las huelgas parciales de nuestros días, esclataban en varios puntos de Francia á un mismo tiempo; pero poco á poco se extendieron, se generalizaron, tomaron un carácter más radical, se hizo más difícil dominarlas.

sultado inmenso para la humanidad, aboliendo definitivamente la servidumbre, y aboliendo por la fuerza, procedimiento mucho más eficaz que el de las leyes; abrió la era de las revoluciones que se suceden con pequeños intervalos y que nos aproximan más cada día á la gran Revolución Social; dió al pueblo francés esa impulsión revolucionaria sin la cual los pueblos vivirían aun en la más abyecta de las opresiones; legó al mundo una corriente de ideas fecundas para el porvenir; despertó en los espíritus la rebeldía y dió educación revolucionaria á los pueblos, y sobre todo al pueblo francés.

Si en 1871 Francia hizo la Commune, y hoy acepta el comunismo libertario, mientras que los demás pueblos están todavía en el período autoritario ó constitucionalista, es porque á últimos del pasado siglo luchó durante cuatro años para hacer la revolución que lleva su nombre.

Recordemos, aunque sólo sea de paso, el triste cuadro que Francia ofrecía algunos años antes de la revolución, y veremos cuan exigua minoría representaban los enemigos del poder realista y feudal.

Los campesinos vivían en una miseria y en una ignorancia tan grande, que hoy nos sería muy difícil hacernos una idea. Perdidos en aldeas sin comunicaciones regulares, ignoraban lo que sucedía á veinte leguas de distancia; estos seres encorvados perpetuamente á la tierra, habitando en miserables chozas, víctimas de la peste y el hambre, parecían condenados á eterna servidumbre. La insurrección en común era imposible; al menor intento de rebeldía aparecía la soldadesca, asesinaban á diestro y siniestro á todo el mundo, y colgaban á los directores ó iniciadores del motín cerca de las fuentes, ó de los sitios frecuentados, para imponer el terror y la sumisión. Apenas si algunos audaces propagadistas recorrían de incógnito los villorrios, predicando el odio contra los opresores,

y despertando en escaso número la esperanza de una sociedad más humanitaria; apenas si los hambrientos se atrevían á pedir pan ú osaban tímidamente protestar contra los impuestos. Hojead los archivos de algunos pueblos solamente y os convenceréis de esta verdad.

En cuanto á la burguesía, lo único que la caracterizaba era la cobardía; sólo algunos individuos aislados, intentaban raramente atacar al gobierno y despertar el espíritu de rebeldía con actos audaces. Pero la gran masa burguesa doblaba vergonzosamente el espinazo ante el rey y su corte, ante la nobleza y ante los mismos criados de la nobleza. Quien quiera convencerse de lo que fecimos, que lea las actas municipales de aquella época, y verá de qué vil bajaza estaba impregnada aquella burguesía antes de 1789. La más innoble cobardía que registra la historia desprendíase de sus palabras, á pesar de Louis Blanc y otro adulador de la burguesía, que las aplauden. Los raros revolucionarios de aquella época, cuando miraban á su alrededor, y Camilo Desmoulin pronunció con razón esta palabra: «En 1789 éramos apenas una docena de republicanos en todo París».



Y sin embargo, qué transformación cuatro años más tarde. En cuanto la fuerza de la realista empezó á desmembrarse por el carácter de los acontecimientos, el pueblo tomó parte en la insubordinación. Durante el año 1788, se iniciaron algunos pequeños motines parciales por los campesinos de ciertas regiones; como las huelgas parciales de nuestros días, esclataban en varios puntos de Francia á un mismo tiempo; pero poco á poco se extendieron, se generalizaron, tomaron un carácter más radical, se hizo más difícil dominarlas.

Dos años antes nadie se atrevía á pedir una pequeña disminución en la tributación señorial—como hoy se pide un aumento en los salarios—y dos años después, en 1789, los campesinos ya no se contentan con tan poca cosa. Una idea general surgió súbitamente de la multitud: la de sacudir completamente el yugo de la nobleza, del clero y del burgués propietario. Apercebidos los campesinos de que el gobierno se desmembraba y perdía sus fuerzas para contener el motín, se sublevaron contra sus enemigos. Los hombres más resueltos prenden fuego al castillo feudal, mientras que la masa sumisa y miedosa espera que las llamas del incendio lleguen hasta las nubes, para atar á los cobradores de impuestos en los mismos instrumentos de suplicio donde perecieron los precursores del jacobinismo. Ven con extrañeza que la tropa no llega para reprimir el motín; está ocupada en otra parte, y la sublección se propaga de aldea en aldea, con tanta rapidez, que á los pocos meses la mitad de la Francia es presa del incendio.

Mientras que los futuros revolucionarios de la burguesía se prosternaban aun delante del rey, y mientras los grandes personajes de la futura revolución intentaban dominar los motines, arrancando á los poderosos irrisorias concesiones, los pueblos y las ciudades se sublevaban, mucho antes que tuviera lugar la famosa reunión de los «Estados generales» y que Mirabeau pronunciara sus fogosos discursos. Cientos de motines (Taine conoce trescientos) estallan en los pueblos antes que los parisienses, armados con picas y viejos cañones, tomaran la Bastilla.

Desde este momento fué imposible dominar la revolución. Si hubiera estallado en París solamente; si no hubiera sido más que una revolución parlamentaria, la brutalidad de la fuerza hubiera podido ahogarla en sangre, y las hordas de la contrarrevolución hubieran paseado de ciu-

dad en ciudad la bandera blanca, degollando sin cuartel á los campesinos y á los haraposos muertos de hambre. Pero afortunadamente, desde el principio, la revolución había tomado otro carácter. Había estallado casi simultáneamente en mil puntos distintos; en cada población, en cada aldea, en cada ciudad de provincia, las minorías revolucionarias, fuertes por su audacia y por el apoyo que hallaban en las aspiraciones del pueblo, se dirigían á la conquista de los castillos feudales, tomaban al asalto los ayuntamientos, la Bastilla, aterrorizaban á la aristocracia, á la alta burguesía y abolían los privilegios. La minoría empozó la revolución y arrastraba consigo la multitud.

Lo mismo sucederá con la revolución que nosotros anunciamos. La idea del comunismo libertario, representada hoy por una pequeña minoría, pero que adquiere cierto dominio en el espíritu popular, acabará por conquistar la gran masa. Los grupos esparcidos por todas partes, poco numerosos, pero fuertes por el apoyo que hallarán en el pueblo, levantarán un día la bandera roja de la insurrección. Esta, como la otra insurrección, estallando en muchos puntos á un mismo tiempo, impedirá el establecimiento de un gobierno cualquiera, capaz de contener los sucesos; y la revolución seguirá su camino hasta que haya concluido su misión: la abolición del Estado y de la propiedad individual.

Cuando esto llegue, la minoría actual se convertirá en imponente mayoría, en la masa de todo el pueblo y en lucha contra la propiedad individual y el Estado implantará el comunismo y la anarquía.

LA ORDEN

Con frecuencia se nos reprocha haber aceptado como divisa la palabra anarquía, que tanto temor infunde en los espíritus: «Vuestras ideas son hermosas, se nos dice, pero convenid con nosotros en que el nombre que las sintetizan ha sido elegido torpemente.» «Anarquía, en el lenguaje corriente, es sinónimo de desorden, de caos; esa palabra despierta en los espíritus la idea de la lucha entre intereses contrarios, de individuos que se combaten, de un estado en que la armonía no puede establecerse entre los hombres.»

Empezemos primero por hacer la observación de que ninguna idea que represente una tendencia nueva, puede elegir desde su principio un nombre que exprese perfectamente sus aspiraciones. No son los mendigos de Brabante los que inventaron este nombre, tan popular actualmente; pero primero, como apodo y como sobrenombre bien puesto, admitido más tarde por los partidarios en general, convirtiéndose pronto en nombre propio. A pesar de todo lo que la preocupación predisponga en contra, se

convendra con nosotros en que la palabra encierra una gran idea.

El nombre de «descamisados» en 1793, ¿no era un calificativo parecido? Los enemigos de la revolución popular fueron los que lo inventaron. Este nombre representaba, no obstante, su significación despreciativa, el ideal de la sublevación del pueblo, de la multitud harapienta, harta de miseria, contra todos los realistas, patriotas y jacobinos, bien vestidos de continua etiqueta, que, á pesar de sus pomposos discursos y del incienso quemado antes sus estatuas por los historiadores burgueses, eran los verdaderos enemigos del pueblo, hacia el que sentían un profundo desprecio por su miseria, por su espíritu libre é igualitario, por su entusiasmo revolucionario.

Lo mismo sucedió con el nombre de *nihilismo*, que tanto ha servido á los periodistas para inventar intrigas á su costa. Sobre el popularísimo nombre se han hecho juegos de palabras, buenos y malos, hasta que se han convencido de que no servía de bautismo á una secta bruta, casi religiosa, sino á una fuerza verdaderamente revolucionaria. Lanzado á la publicidad por Tourgueneff en su novela «Los padres y los hijos», fué admitido por los «padres», que creían vengarse así de la desobediencia de los hijos. Los «hijos» aceptaron el nombre, y cuando más tarde se apercibieron de que se prestaba á falsas interpretaciones y quisieron cambiarlo, ya no les fué posible. La prensa y el público no quería reconocer á los revolucionarios rusos más que con el nombre primitivo. Además, el calificativo no había sido mal elegido, puesto que encerraba una idea también; expresaba la negación en conjunto de los hechos de la civilización actual, basada en la opresión de una clase por otra; la negación del régimen económico actual, la negación del gubernamentalismo y del poder, de la política burguesa, de la ciencia

rutinaria, de la moralidad capitalista, del arte puesto a servicio de los explotadores, de los usos y costumbres grotescos y la detestable hipocresía que los siglos pasados han legado á la sociedad actual; en resumen, la negación de todo cuanto la civilización burguesa rodea en nuestros días de veneración.

Lo mismo ha sucedido con los anarquistas. Cuando del seno de la Internacional surgió un grupo que negaba la autoridad en la Asociación, y la combatía en todas sus formas, se llamó primero partido *federalista*, luego *anti-estatista* y anti-autoritario. Por entonces hasta evitaba el llamarse anarquista. La palabra *an-arquia* (entonces se escribía así) parecía aproximar demasiado los anarquistas á los Prondhonianos, á quienes la Internacional combatía en aquel tiempo por sus reformas económicas; á causa precisamente de ese antagonismo, los adversarios se complacían llamándoles anarquistas; además, con ese nombre pretendían los enemigos probar, que quienes lo ostentaban, no sentían otra ambición que la de fomentar el desorden y el caos, sin pensar en los resultados. Entonces la fracción anarquista aceptó el nombre con toda su significación y consecuencia. Se discutió un poco sobre el pequeño guión que separaba el *an* de *anarquia*, explicando que con esta forma, la palabra *an-arquia*, de origen griego, quería decir ausencia de todo poder, y no desorden; pero bien pronto convinieron aceptarlo en toda su magnitud, sin preocuparse en la inútil tarea de rectificar á los correctores de imprenta, ni dar al público lecciones de griego.

La palabra volvió, pues, á su significación primitiva, ordinaria, común, tal como la definió en 1816 el filósofo inglés Benthan: «La filosofía que desea reformar una mala ley, decía, no predica la guerra contra ella.» «El carácter del anarquista es muy diferente.» «Niega la

existencia de la ley y su validez, excita á los hombres á desconocerla como ley y á sublevarse contra su ejecución.» El sentido de la palabra se ha ensanchado mucho hasta hoy; la anarquía niega no solamente las leyes existentes, sino todo poder establecido, toda autoridad; la esencia, sin embargo, continúa siendo la misma: la rebeldía contra todo poder, contra toda autoridad, en cualquier forma que se manifieste.

«Pero esta palabra, aunque sólo sea por prejuicio, nos dicen, infunde en los espíritus el temor al desorden, al caos.»

Entendámonos antes de entrar en materia. ¿De qué orden se trata? ¿Es el orden de la armonía que nosotros anhelamos; de la que se establecerá en las relaciones humanas cuando nuestra especie acabe de estar dividida en dos clases y de ser devorada una por otra? ¿Es acaso de la armonía que resultará de la solidaridad de los intereses cuando todos los hombres tomen una misma y única familia, cuando cada uno trabajará para el bienestar de todos, y todos para el de cada uno? No, por cierto. Los que reprochan á la anarquía ser la negación del orden, no hablan de la armonía del porvenir; se refieren al orden tal como se define en la organización social actual. Veamos, pues, que orden es este que la anarquía quiere destruir.

Lo que hoy se entiende por orden, según los partidarios de lo existente, los individualistas, es la monstruosidad de que hayan de trabajar nueve décimas partes de la humanidad para procurar lujo, felicidades y satisfacción de todas sus pasiones, hasta las más execrables, á un puñado de holgazanes. El orden es privar á la mayoría, á cuantos trabajan de lo que se necesita para una vida higiénica, para el desarrollo racional de las facultades intelectuales; es reducir á nueve décimas partes de la

humanidad al es- do de bestias de carga, viviendo apenas al día, sin derecho ni siquiera á pensar en los goceos que al hombre procura el estudio de la ciencia, la creación del arte...

El orden es la miseria y el hambre convertidos en estado normal de la sociedad; es el campesino irlandés muriendo de inanición, el campesino ruso, muriendo de difteria, de tífus, de hambre á consecuencia de la escasez, en medio de montones de trigo que se exportan al extranjero; es el pueblo italiano obligado á abandonar la fértil campiña de su país, para rodar por Europa buscando túneles que perforar y rudos trabajos que hacer, en donde expone su vida diariamente y en donde muere aplastado en plena juventud; es la tierra arrancada al campesino, para destinarla á engordar ganado que sirve para nutrir gandules; es el suelo baldío, abandonado, sin cultivo, antes que restituirlo á quien le arrancaría con el esfuerzo de sus brazos el pan sagrado de su familia. El orden es la mujer que se vende para alimentar á sus hijos, es el niño reducido al presidio de una fábrica, ó á morir de hambre; es el obrero convertido en máquina. Es el fantasma del obrero sublevado á las puertas del rico, el pueblo indignado, armado con la gigantesca Némesis, á las puertas de los gobernantes.

El orden es una minoría insignificante, educada en las cátedras gubernamentales—que por esta sencilla razón se impone á las mayorías—y educa á sus hijos para ocupar más tarde las mismas funciones, con objeto de mantener los mismos privilegios, por la astucia, la corrupción, la fuerza y el crimen; es la guerra continua de hombre á hombre, de oficio á oficio, de clase á clase, de nación á nación; es el cañón sin cesar en Europa un solo instante su estampido de muerte; es la devastación de los campos, el sacrificio de generaciones enteras en la guerra:

destrucción en un año de todas las riquezas acumuladas en muchos siglos de ruda labor.

El orden es la servidumbre, el embotamiento de la inteligencia, el envilecimiento de la raza humana, mantenido por el hierro, por el látigo y el fuego; es la muerte continua por el grisú, sepultando á miles de desventurados mineros, destrozados, convertidos en piltrafas por la rapacidad de los patronos ó ametrallados, acribillados á bayonetaros, si intentan quejarse de su suerte negra. El orden, en fin, es el lago de sangre en que ahogaron á la Commune de París; es la muerte de treinta mil hombres, mujeres y niños, destrozados por las bombas y la metralla, enterrados con el blanco sudario de cal viva en las calles de París; es el destino de la juventud rusa condenada á podrirse en las cárceles y á ser sepultada en las nieves de la Siberia, y los mejores, los más enérgicamente puros, los más heroicos, á morir ahorcados por la cuerda del verdugo. ¡He ahí el orden!



Veamos ahora el desorden, lo que las gentes sensatas llaman desorden.

Es la protesta del pueblo contra el innoble orden presente, la protesta para romper las cadenas, destruir los obstáculos y marchar luchando hacia un porvenir mejor. El desorden es el timbre más glorioso que la humanidad tiene en su historia.

Es el despertar del pensamiento la víspera misma de las revoluciones; la negación de las hipótesis sancionadas por la inmovilidad de los siglos precedentes; el germen de un raudal de ideas nuevas, de invenciones maravillosas, de obras audaces; es la solución de los problemas científicos,

El desorden es la abolición de la esclavitud antigua, la insurrección de los pueblos, la supresión de la servidumbre feudal, las tentativas de abolición de la esclavitud económica; es la rebeldía del campesino contra el clero y los señores, incendiando los palacios para engrandecer su choza, saliendo de lóbregos tugurios para disfrutar del sol y del aire; es la Francia aboliendo la monarquía y dando un golpe mortal á la tiranía en toda la Europa occidental.

El desorden es el 1848 haciendo temblar los reyes y proclamando el derecho al trabajo; es el pueblo de París luchando por una idea nueva y que, á pesar de haber sucumbido ametrallado, liga á la humanidad la idea del «municipio libre» que abre el camino hacia la gran revolución que nosotros deseamos: la revolución social.

Lo que llaman desorden son esas épocas durante las cuales generaciones enteras sostienen lucha incesante y se sacrifican, preparando á la humanidad para un mundo mejor, librándola de la tiranía y la servidumbre del pasado; son esos períodos, durante los cuales el genio popular se desenvuelve y hace en pocos años pasos gigantescos, sin los que la humanidad no hubiera salido de la esclavitud antigua, ni el hombre hubiera dejado de ser bestia envilecida por la tiranía y la miseria. El desorden es el germen de las más hermosas pasiones, de los más grandes heroísmos, es la epopeya del supremo ancor á la humanidad.

La palabra anarquía, que implica la negación del orden actual é invoca el recuerdo de los más bellos momentos de la vida de los pueblos, ¿no está bien elegido para calificar á una falange de hombres que va á la conquista de un porvenir de libertad y amor para nuestra especie?

La Commune de París

I

El 18 de Marzo de 1871 el pueblo de París sublevábase contra un poder generalmente detestado y despreciable y proclamaba la ciudad independiente y libre, perteneciéndose á sí misma.

Esta destrucción del poder central se realizó sin el aparato ordinario de las revoluciones anteriores. Los gobernantes se eclipsaron ante el pueblo armado, los soldados evacuaron la ciudad, los funcionarios se apresuraron á huir á Versalles, llevando consigo todo lo que pudieron. El gobierno se evaporó como una marea de agua pútrida al soplo del viento primaveral, y el 19, París, sin verter una gota de sangre ni disparar un tiro, encontróse libre de la plaga que emponzoñaba el ambiente de la gran ciudad.

La revolución que acababa de realizarse abría una nueva era en la serie de las revoluciones por las cuales marchan los pueblos de la esclavitud á la libertad. Con el nombre de Commune nació una idea nueva, llamada á ser el punto de partida de las revoluciones futuras.

Como ocurre siempre con las grandes ideas, no fué producto de las concepciones de un filósofo, de un individuo; nació en el espíritu colectivo, salió del corazón de un pueblo entero; y si al principio revistió cierta vaguedad, débese á que los encargados de practicarla no la concebían tan clara como la concebimos nosotros hoy; merced á esto no pudieron darse cuenta de la revolución que inauguraban, de la fecundidad del nuevo principio que trataban de poner en ejecución. Únicamente cuando se quiso establecerla fué cuando se entrevió su alcance futuro; sólo en el trabajo de la inteligencia operado después fué donde este nuevo principio se precisó más y más, apareciendo en toda su lucidez, belleza, justicia é importancia en los resultados.



Desde que el socialismo tomó mayor expansión durante los cinco ó seis años que precedieron á la Commune, una duda preocupaba sobre todo á los elaboradores de la próxima revolución social: era ésta saber cuál sería el modo más propicio de agrupar á las sociedades en esta gran revolución económica que el desarrollo actual de la industria impone á nuestra generación, y que no puede ser otro que la abolición de la propiedad individual y que páse á ser común todo el capital acumulado por las generaciones precedentes.

La Asociación Internacional de Trabajadores se encargó de responder á esta objeción satisfactoriamente. La agrupación—decía—no debe limitarse á una sola nación, sino que debe extenderse por encima de las fronteras artificiales, haciéndolas desaparecer. Bien pronto esta gran idea penetró en el corazón de los pueblos y se apoderó de sus espíritus. Perseguida después por la liga de todas las

reacciones, ha vivido, sin embargo, y en el momento en que los pueblos sublevados hagan desaparecer todos los obstáculos que se ponen en su camino, renacerá con mayor pujanza. Quedaba por averiguar cuáles serían las partes integrantes de esta vasta Asociación.

Entonces se encontraron frente á frente dos grandes ideas para solucionar la cuestión: de un lado el *Estado popular*, y de otro la *Anarquía*. Según los socialistas alemanes, el Estado debía tomar posesión de las riquezas acumuladas y dárselas á los obreros, organizar la producción y el cambio, velar por la vida y el funcionamiento de la sociedad.

La mayor parte de los socialistas de la raza latina, en virtud de la experiencia adquirida, respondía que semejante Estado—caso que pudiera existir—sería la peor de las tiranías, y oponía á este ideal, copiado del pasado, otro ideal nuevo, la *an-archía*; es decir, la abolición completa de los Estados y la organización de lo simple á lo compuesto por la libre federación de las fuerzas populares, de los productores y consumidores.

Bien pronto se admitió por algunos estadistas que ciertamente la anarquía representaba una organización superior en alto grado al Estado popular; pero estos decían: «El ideal anárquico se halla tan alejado de nosotros que no tenemos necesidad de preocuparnos de él.» Por otra parte, faltaba á la teoría anarquista una fórmula concreta y sencilla á la vez que precisara el punto de partida, diera cuerpo á sus concepciones y demostrase que podían apoyarse sobre una tendencia que tuviese existencia real para el pueblo. La federación de las corporaciones de oficio y de grupos de consumidores por encima de las fronteras y fuera de la tutela de los actuales Estados, parecía aún muy vaga; y fácilmente dejaba entrever al mismo tiempo que no podía comprender las manifestacio-

nes humanas en toda su diversidad. Era preciso encontrar una fórmula más clara, más tangente y cuyos primeros elementos existiesen en la realidad de las cosas.

No se trataba simplemente de elaborar una teoría— ¡poco importan las teorías! —puesto que en tanto que una idea nueva no ha encontrado su enunciado neto, preciso y distinto de las cosas existentes, no logra apoderarse de los espíritus ni los arrebató hasta el punto de animarlos á lanzarse á una lucha decisiva. El pueblo no va jamás á lo desconocido sin apoyarse en una idea clara y francamente formulada que le sirva de trampolín, digámoslo así, á su punto de partida. Este punto de partida es la misma razón quien se encarga de indicarle.

..

Cinco meses durante los cuales París, aislado por el sitio, había vivido su propia vida, habíanle dado á conocer los inmensos recursos económicos, intelectuales y morales de que disponía: de esta suerte llegó á comprender la fuerza de su iniciativa. Al mismo tiempo se había enterado que la banda de charlatanes que se apoderara del poder era impotente para organizar ni la defensa de Francia ni el desarrollo del interior: había visto este gobierno central servir de obstáculo á cuanto la inteligencia podía producir de útil, y comprendido que el gobierno, sea de la clase que quiera, es impotente para proveer á los grandes desastres y facilitar la evolución dispuesta á cumplirse: la prueba la encontraba en que durante el sitio se había mantenido la miseria de los trabajadores al lado del lujo insultante de los haraganes, y el gobierno central no había conseguido, á pesar de sus diversas tentativas, poner término á un tan escandaloso estado de cosas. Siempre que el pueblo pretendía

moverse, el gobierno apretaba las cadenas que le sujetaban, y de aquí nació, naturalmente, la idea de que París debía de constituirse en Commune independiente para poder realizar dentro de sus muros lo que dictara al pueblo su pensamiento y lo que reclamaran sus necesidades.

Esta palabra: LA COMMUNE, se escapó entonces de todos los labios.

..

La Commune de 1871 no podía ser mas que un embozo. Nacida en medio de una guerra y de dos ejércitos dispuestos á darse la mano para aplastar al pueblo, no se atrevió á lanzarse por completo en la vía de la revolución económica; no se declaró francamente emancipadora, ni procedió á la expropiación capitalista, ni á la organización del trabajo, ni aun siquiera hizo el censo general de todos los recursos de la ciudad. No se atrevió á romper con la tradición del estado y el gobierno representativo, ni trató de efectuar en su seno esa organización de lo simple á lo complejo que había inaugurado al proclamar la independencia y libre federación de las Communes. Seguramente que si hubiera vivido algunos meses más se habría visto impulsada, por la fuerza misma de las circunstancias, hacia estas dos resoluciones. No olvidemos que la burguesía ha tardado cuatro años de período revolucionario para pasar de la monarquía templada á su república, y así no nos extrañará que el pueblo de París no franquease de una sola vez el espacio que separa la Commune anarquista del gobierno de los pillos. Pero ya que entonces no fué, tengamos la seguridad que la próxima revolución, que en Francia y también en España

será comunalista, reanudará la obra interrumpida por los asesinos de Versalles.



La Commune sucumbió, y la burguesía se vengó, ya sabemos cómo, del espanto que le había causado sacudiendo el yugo de sus gobernantes. Así probó que la sociedad moderna está realmente compuesta de dos clases: de una parte el hombre que trabaja y da al burgués más de la mitad de lo que produce, y, sin embargo, tiene que sucumbir á los crímenes de su amo; y de otra el haragán animado de instintos de fiera carnívera, que odia á su esclavo y está dispuesto á degollarle como un cordero.

Después de haber encerrado al pueblo de París y tapado todas las salidas, lanzaron á los soldados embrutecidos por el ambiente del cuartel y el vino y les dijeron en plena Asamblea: «*Matad los lobos, las lobas y los lobeznos.*» Y al pueblo (1):

—«¡Hagas lo que hagas, vas á perecer! Si se te prende con las armas en la mano: ¡la muerte! Si las entregas: ¡la muerte! Si te bates. ¡la muerte! Si pides perdón: ¡la muerte! A cualquier lado que vuelvas los ojos, derecha, izquierda, alto ó bajo: ¡la muerte! No solamente estás fuera de la ley, sino fuera de la humanidad. Ni la edad ni el sexo pueden salvarte á tí ni á los tuyos. Vas á morir, pero antes saborearás la agonía de tu mujer, de tus hermanas, de tu madre, de tus hijas, de tus hijos, aun cuando sean éstos de pecho. A tu presencia recogerán los heridos en la ambulancia para concluirlos á bayonetazos ó magui-

(1) De la Historia popular y parlamentaria de la Commune de París, por Arturo Arnould.

llar su cuerpo á culatazos. Se los agarrará aun vivos por su pierna destrozada ó su sangriento brazo y se los arrojará en medio de la calle, como un montón de basura.

¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte!

Y luego, después de la orgía desenfadada sobre los montones de cadáveres, después del exterminio en masa, la venganza mezquina y por tanto atroz, que dura aún, del martinete, las esposas, el cepo en la bodega del buque, los latigazos, el hambre, los insultos soeces, todos los refinamientos de la crueldad...

¿Olvidará el pueblo estas obras?

«Derrotada, pero no vencida», la Commune renace hoy: no es solamente un sueño de vencidos acariciando en su imaginación una bella esperanza, no; la Commune es hoy el objeto preciso y visible de la revolución que se cierne sobre nosotros. La idea ha penetrado en las masas, les ha dado una bandera, y nosotros creemos firmemente que la generación presente podrá efectuar la *Revolución social* en la Commune, y terminar con la innoble explotación burguesa, emancipando á los pueblos de la tutela del Estado é inaugurando en la especie humana una nueva era de libertad, igualdad y solidaridad.

II

Diez años (1) nos separan ya del día en que el pueblo de París, destruyendo el gobierno de los traidores que se habían apoderado del poder á la caída del imperio, se constituyó en Commune y proclamó su independencia

(1) Está escrito en Marzo de 1881

absoluta. Y, sin embargo, todas las miradas se vuelven aún hacia la fecha del 18 de Marzo de 1871, que nos recuerda una de las más gratas esperanzas; el aniversario de ese día memorable es el que se propone festejar el pueblo solemnemente, y mañana por la tarde el corazón de millares de proletarios de ambos mundos latirá al unísono, fraternizando á través de las fronteras y de los océanos, en Europa, en América, recordando con entusiasmo la revolución del Proletariado parisiense. Y es que esa idea, por la cual vertió su sangre el pueblo de París y sufrió las plagas de Caledonia, es una de esas ideas que por sí solas envuelven una revolución; una idea grande que puede recibir bajo los pliegues de su bandera todas las tendencias revolucionarias de los pueblos que marchan en pos de su emancipación.

Seguramente que si nosotros nos limitáramos á registrar los hechos reales y palpables realizados por la Commune de París, deberíamos deducir que esta idea no era lo suficientemente vasta para abrazar sino una parte mínima del programa revolucionario; pero si observamos, por el contrario, el espíritu que inspiraba á las masas del pueblo cuando el movimiento del 18 de Marzo, las tendencias que pugnaban por brotar á la superficie y no tuvieron tiempo de pasar al dominio de la realidad, porque antes fueron sepultadas entre montones de cadáveres, comprenderemos entonces el alcance del movimiento y las simpatías que inspira en el seno de las masas obreras de los dos mundos. La Commune entusiasta, no por lo que ha hecho, sino por lo que promete hacer el día que triunfe.



¿De dónde viene esa fuerza irresistible que atrae las simpatías de las masas oprimidas hacia el movimiento de

1871? ¿Que idea representa la Commune y por qué tiene tan inmenso atractivo entre los proletarios de todos los países?

La respuesta es sencilla. La revolución de 1871 fué un movimiento eminentemente popular, hecho por el pueblo mismo, nacido espontáneamente de las masas, y en éstas fué donde encontró sus defensores, sus héroes, sus mártires, y tuvo sobre todo ese carácter «canalla» que la burguesía no le ha perdonado ni le perdonará jamás. Y además, la idea madre de esa revolución—vaga, es verdad, inconsciente quizá, pero sin embargo bien pronunciada en todos sus actos—era la idea de la revolución social tratando de establecer, después de tantos siglos de lucha, la verdadera igualdad para todos; era la revolución de la «canalla» marchando á la conquista de sus derechos.

Se ha tratado, es cierto, y se trata aún de desnaturalizar el verdadero sentido de esta revolución, presentándola como una simple idea de reconquistar la independencia para París y constituir un pequeño Estado dentro de Francia; nada menos cierto que esto; París no pretendía aislarse de Francia ni conquistarla por las armas: París no quería encerrarse en sus muros como un benedictino en su claustro. Si reclamaba su independencia, si quería impedir la intrusión del poder central en sus negocios era porque veía en esta independencia un medio de elaborar tranquilamente las bases de la organización futura y realizar en su seno la revolución social; una revolución que hubiera transformado completamente el régimen de la producción y del cambio, basándolos sobre la justicia; que hubiera modificado las relaciones humanas, estableciendo la igualdad de condiciones y de medios, y que hubiera rehecho la moral de nuestra sociedad, dándole por base los principios de equidad y solidaridad.

La independencia comunal no era, pues, para pueblo de París sino medio para llegar á la revolución social.



Este objeto le hubiese alcanzado ciertamente si la revolución hubiese podido seguir su libre curso, si el pueblo de París no hubiese sido fusilado, ametrallado y asesinado por los verdugos de Versalles. Encontrar una idea clara, precisa, comprensible para todo el mundo, tal fué en efecto la preocupación del pueblo de París desde los primeros días de su independencia; pero una idea tan grande no germina en un día por rápida que sea su elaboración y propaganda durante los períodos revolucionarios. Le era preciso cierto tiempo para desarrollarse, penetrar en las masas y traducirse en hechos, y este tiempo fué el que le faltó á la Commune de París, tanto más cuanto que hace diez años las ideas del socialismo revolucionario atravesaban un período transitorio. En 1871 el comunismo autoritario, gubernamental y más ó menos religioso de 1848 no se había apoderado de los espíritus prácticos y libres de nuestra época. ¿Dónde encontrar hoy un parisiense que consienta encerrarse en un cuartel falansteriano? Por otra parte, el colectivismo, que quiere unir en un mismo carro el salario y la propiedad colectiva, era incomprensible, poco atractivo, erizado de dificultades en su aplicación práctica; y el comunismo libre, el comunismo anarquista apenas se conocía ni se atrevía á afrontar los ataques de los adoradores del gubernamentalismo.

Reinaba la indecisión en los espíritus, y los comunistas no se atrevían á demoler la propiedad individual, faltos de una idea bien determinada. Entonces se dejó convencer por este razonamiento que los dormideras

repiten desde hace años: «Aseguremos primero la victoria, y después veremos lo que se puede hacer.»



¿Asegurar primero la victoria? ¿Como si hubiese medio de constituir la Commune libre sin tocar la propiedad! ¿Como si hubiese medio de vencer al enemigo en tanto que la gran masa del pueblo no se interese directamente en el triunfo de la revolución, viendo llegar el bienestar material, moral é intelectual para todos! Se trataba de implantar primero la Commune, aplazando para más tarde la revolución, siendo así que el único modo de proceder era *consolidar la Commune por la revolución social*.

Y lo mismo ocurrió con el principio gubernamental: al proclamar la Commune libre, el pueblo de París establecía un principio esencialmente anarquista; pero como por esa época apenas si se conocía la idea anarquista, se detuvo á mitad del camino, y aun dentro de la Commune libre se inclinó por el autoritarismo, estableciendo un Consejo municipal copia fiel de los Consejos municipales más autoritarios.

Si admitimos, en efecto, que un gobierno central es absolutamente inútil para arreglar las relaciones de las Communes entre sí, ¿por qué aceptaremos la necesidad de arreglar las relaciones mutuas de los grupos que constituyen las Communes? Y si abandonamos á la libre iniciativa de las Communes el cuidado de entenderse para las empresas que conciernen á varias ciudades á la vez, ¿por qué rehusar esa misma iniciativa á los grupos de que se compone una Commune?

Pero en 1871 el pueblo de París, que ha destruido tantos gobiernos, estaba en el primer ensayo revolucionario contra el sistema gubernamental: se dejó, pues, llevar

del fetichismo gubernamental y erigió un gobierno. Las consecuencias ya son conocidas. Envió al Hotel de Ville á sus mejores hijos; y allí, inmovilizados en medio de papeles inútiles, obligados á gobernar cuando sus instintos les ordenaban estar y marchar con el pueblo; obligados á discutir cuando era preciso obrar, y perdiendo la inspiración que nace del contacto continuo con las masas, se vieron reducidos á la impotencia, paralizados por su alejamiento del foco de las revoluciones, el pueblo, y obrando ellos mismos la iniciativa popular.

* * *

Incubada en un período transitorio, cuando las ideas de socialismo y autoridad sufrían una modificación profunda; nacida á espaldas de una guerra, de un foco aislado, bajo los cañones de los prusianos, la Commune debía sucumbir.

Pero por su carácter eminentemente popular, comenzó una era nueva en la serie de las revoluciones, y, por sus ideas, fué la precursora de la revolución social. Los asesinatos desconocidos, feroces y cobardes con que la burguesía celebró su caída, la venganza innoble que los verdugos ejercieron durante nueve años con los prisioneros, esas orgías de canibales han abierto un abismo entre la burguesía y el proletariado que no se cegará nunca. El día de la inmediata revolución el pueblo cumplirá su deber; si no alcanza la victoria, no le puede caber duda acerca de la suerte que le espera, y, por lo tanto, obrará en consecuencia.

En efecto, sabemos hoy que en el momento en que Francia se erija en Communes, el pueblo no deberá darse gobierno y esperar de él la iniciativa de las medidas revolucionarias. Después de haber barrido los gusanos que

le roen, se apoderará por sí mismo de la riqueza social para ponerla en común, según los principios del comunismo anarquista. Y cuando se hayan abolido completamente la propiedad individual, el gobierno y el Estado, se constituirá libremente según las necesidades que le hayan sido dictadas por la vida misma. Destrozando las cadenas y derribando los ídolos, la humanidad marchará hacia un porvenir mejor, no conociendo ni amos ni esclavos, no venerando sino á los nobles mártires que han pagado con su sangre y sus sufrimientos las primeras tentativas de emancipación y nos ha iluminado en nuestra marcha hacia la conquista de la libertad.

III

Los festejos y reuniones públicas organizados el 18 de Marzo en todas las ciudades donde hay grupos revolucionarios constituidos merece toda nuestra atención, no solamente como manifestación del ejército de los proletarios, sino también como expresión de los sentimientos que animan á los revolucionarios de los dos mundos. Así se cuentan mejor que por todas las papeletas electorales, y se formulan sus aspiraciones en plena libertad, sin dejarse influenciar por consideraciones de táctica electoral.

Al efecto, los proletarios reunidos ese día no se limitan á hacer el elogio del pueblo parisiense y pedir venganza contra sus asesinos, sino que, inspirándose en aquel hecho heroico, van más lejos: discuten las enseñanzas que es preciso deducir de la Commune de 1871 para la próxima revolución; se preguntan cuáles eran las faltas de que adolecía la Commune, y eso, no para criticar á los

hombres, sino para poner de relieve cómo las preocupaciones que reinaban entonces sobre la propiedad y la auto-
 ridad han impedido el completo desenvolvimiento de la
 idea revolucionaria y que ésta iluminara al mundo entero
 con sus rayos vivificantes.

La enseñanza de 1871 ha aprovechado á todo el pro-
 letariado, que, rompiendo con los antiguos prejuicios, ha
 dicho cómo entiende su revolución.



Es cierto que en adelante la insurrección de las Com-
 munes no será un simple movimiento *comunista*. Los
 que crean que es preciso establecer la Commune indepen-
 diente y después hacer ensayos de reformas económicas,
 se verán desbordados por el desarrollo del espíritu popu-
 lar. Será por actos revolucionarios, aboliendo la propie-
 dad individual, como las Communes afirmarán y consti-
 tuirán su independencia.

El día en que por consecuencia del incremento de la
 acción revolucionaria el pueblo barra los gobiernos y
 arroje el desorden en el campo burgués, que sólo se man-
 tienen por la protección del Estado—cosa que no está
 muy lejos—el pueblo insurreccionado no esperará que un
 gobierno cualquiera decrete por medio de su desconocida
 sabiduría las reformas conocidas económicas, sino que
 abolirá por sí mismo la propiedad individual por la expro-
 piación violenta, tomando posesión, en nombre de todos,
 de la riqueza social acumulada por el trabajo de las gene-
 raciones precedentes.

No se limitará á expropiar á los detentadores del ca-
 pital social por medio de un decreto; que sería letra
 muerta, sino que tomará posesión en el acto y establecerá
 derechos definitivamente; organizará el taller, á fin

de que no se interrumpan las labores; cambiará su tugurio
 por un alojamiento higiénico; se dispondrá para utilizar
 inmediatamente toda la riqueza amontonada en las ciudades;
 y tomará posesión de ella como si siempre la hubiera dis-
 frutado. Una vez expropiado el barón industrial que saca
 su botín de la miseria del obrero, la producción continuará,
 desembarazada de las trabas que hoy la limitan y
 aboliendo las infinitas especulaciones que sobre ella pesan.
 «Jamás se ha producido tanto en Francia como cuando,
 después de 1793, la tierra fué arrancada de manos de los
 señores—decía Michelet.» Jamás se habrá trabajado
 tanto como el día en que, por el trabajo libre, cada pro-
 greso del obrero sea un origen de bienestar para la Com-
 mune entera.

Cuando á la riqueza social, se ha tratado de establecer
 una división; ó mejor dicho, se ha conseguido dividir al
 partido socialista á propósito de esta cuestión. La escuela
 que hoy se llama *colectivista*, sustituyendo al colectivis-
 mo de la antigua Internacional (que no era otra cosa que
 el comunismo antiautoritario), una especie de colectivis-
 mo doctrinario, ha querido establecer una distinción entre
 el capital que sirve para la producción y el destinado
 á subvenir á las necesidades de la vida. La máquina,
 la fábrica, la materia primera, las vías de comunicación
 y el suelo, de una parte; las habitaciones, los productos
 manufacturados, de otra. Los unos convertidos en propie-
 dad colectiva, los otros destinados, según los represen-
 tantes de esta escuela, á permanecer propiedad indi-
 vidual.

Se ha tratado de establecer esta distinción, pero el
 buen sentido popular ha comprendido que era ilusoria ó
 imposible de establecer. Viciosa en teoría, cae en la prác-
 tica de la vida. Los trabajadores han comprendido que la
 casa que nos abriga, el carbón y el gas que quemamos, e

alimento que consume la máquina humana para sostener la vida, el traje con que el hombre se cubre para preservar su existencia, el libro que lee para instruirse, la distracción que se procura, son partes tan integrantes y necesarias para el buen éxito de la producción y desarrollo progresivo de la humanidad como las máquinas, las manufacturas y las primeras materias; han comprendido que mantener la propiedad individual para estas riquezas sería sostener la desigualdad, la opresión, la explotación y paralizar de antemano los resultados de la expropiación parcial.

En efecto, en sus reuniones los proletarios revolucionarios afirman claramente su derecho á todo la riqueza social y abolir la propiedad individual, así para los valores de consumo como para los de producción. «El día de la revolución—dicen los portavoz de la masa obrera—nos apoderaremos de *toda* la riqueza, de *todos* los valores amontonados en las ciudades y los pondremos á disposición de todos.—Cada uno podrá coger lo que tenga necesidad de los graneros de nuestras ciudades, y estar seguros que no faltará hasta que la producción libre emprenda su nueva marcha. En las tiendas de nuestras ciudades hay trajes para vestir á todos los que carecen de ellos y hasta objetos de lujo para el que los desea.»

He aquí como, á juzgar por lo que se dice en las reuniones, comprende el pueblo la Revolución: Introducción inmediata del comunismo anarquista y libre organización de la producción. Establecidos estos dos puntos, las Communes de la revolución que se cierne sobre nuestras cabezas no respetarán los errores de nuestros predecesores que, vertiendo su sangre generosa, han limpiado de obstáculos el camino del porvenir.



Tampoco se ha establecido un completo acuerdo—aunque no esté lejos de acordarse—sobre otro punto no menos importante: el *gobierno*.

Respecto de este asunto existen dos opiniones. «Es preciso—dicen los de una—constituir el mismo día de la revolución un gobierno que se apodere del poder. Este gobierno, fuerte, potente y resuelto, *hará* la revolución decretando esto y lo otro, y obligando á todo el mundo á obedecer sus decretos.»

«—¡Triste ilusión—dicen los de la otra escuela— Todo gobierno central, encargado de gobernar una nación, estando, como no puede menos, formado de elementos heterogéneos y siendo conservador por su esencia gubernamental, no hará otra cosa que servir de obstáculo á la revolución. Impedirá que las Communes dispuestas marchen adelante, y no inspirará un soplo revolucionario á las Communes retrasadas. Lo mismo ocurrirá en el seno de una Commune insurrecta: ó bien el gobierno communal sanciona los hechos realizados, y entonces sólo es una rueda incompleta; ó bien pretenderá marchar á su cabeza, reglamentando lo que debe sancionarse por el pueblo mismo para ser viable, aplicando teorías allí donde es preciso que toda la sociedad elabore formas nuevas de la vida común con esa fuerza de creación que surge en el organismo social cuando ve romperse las cadenas y abrirse ante sus ojos amplios horizontes. Los hombres en el poder estorbarán este movimiento de avance, sin producir nada de lo que hubieran sido capaces de producir permaneciendo en las filas del pueblo ayudando á elaborar la nueva organización, en vez de encerrarse en las cancellerías agotándose en estériles discursos. Serán, pues, un impedimento y un peligro: impotentes para el bien, formidables para el mal; por consiguiente, no tienen razón de ser.»

Por natural y justo que sea este razonamiento, aun se titubea por los que tienen arraigadas, acumuladas y acreditadas las preocupaciones seculares, sostenidas por los interesados en mantener la religión del gobierno al lado de la religión de la propiedad y de la religión divina.

Esta preocupación—última de la serie: Dios, propiedad, gobierno—existe aún, y es un peligro para la próxima revolución. «Nosotros, y por nosotros mismos, nos arreglaremos nuestros asuntos sin esperar las órdenes de ningún gobierno, y pasaremos por encima de los que quieran imponerse bajo forma de cura, propietario ó gobernante»—dicen ya los proletarios.—Nosotros esperamos que si el partido anarquista continúa combatiendo vigorosamente el gubernamentalismo y no se desvía de su camino dejándose arrastrar por las luchas del poder, en los pocos años que quedan aun hasta la revolución, la preocupación gubernamental estará tan debilitada que no tendrá fuerzas para arrastrar tras sí á las masas proletarias.



Sin embargo, hay todavía en las reuniones populares una laguna que vamos á señalar: que no se hace nada ó casi nada por los obreros del campo. Todo se limita á los de las ciudades. Parece que no existe el campo para el trabajador de las capitales. Hasta los oradores que se ocupan de la próxima revolución no se atreven á hablar en su nombre. ¿Es preciso insistir mucho sobre el peligro que resulta de esto?

La emancipación del Proletariado no será posible en tanto que el movimiento revolucionario no se infiltre en los obreros del campo. Las Communes insurrectas no podrán sostenerse ni un año si el movimiento no abraza á aquellos. Cuando el impuesto, la hipoteca, la renta y

las instituciones que los sostienen hayan sido arrojados á los cuatro vientos, entonces comprenderán los agricultores las ventajas de la revolución. Conviene que el obrero de la tierra sepa de antemano que el obrero de la ciudad no podrá hacer nunca nada que le sea perjudicial y oneroso, sino que, lejos de eso, irá con él unido de la mano para conquistar de una vez y definitivamente la igualdad para todos.

Para este objeto los trabajadores deben imponerse la tarea de ayudar á la propaganda entre los campesinos. Importa mucho que en cada pueblo haya una pequeña organización especial, una rama de la Liga agraria, para la propaganda en el seno de los labradores, y que ésta se haga con el mismo interés que en los centros industriales.

El comienzo será difícil; pero tengamos presente que va envuelto en esa propaganda el éxito de la Revolución social, que no triunfará hasta el día que los trabajadores de la fábrica, unidos á los cultivadores del campo, marchen á realizar estas dos legítimas aspiraciones: la tierra para el labrador, la fábrica para el obrero industrial.

El gobierno representativo

I

Cuando observamos las sociedades humanas en sus rasgos esenciales, haciendo abstracción de las manifestaciones secundarias y temporales, nos encontramos con que el régimen político por el que se rigen, son la expresión del régimen económico, existente en el seno de la sociedad. La organización política no cambia á gusto de los legisladores; puede cambiar de nombre, presentarse hoy con el nombre de monarquía, mañana con el de República, pero su fondo no sufre modificación esencial; se adapta siempre al régimen económico, del cual es expresión al mismo tiempo que le consagra y lo mantiene.

Si á veces en su evolución, el régimen político de un país se atrasa sobre la modificación económica que se efectúa, entonces una brusca sacudida lo destruye, lo remueve y lo modela de modo que se apropie al régimen económico establecido. Si, al contrario, sucede que al hacerse una revolución el régimen político va más allá que el económico, quedan los progresos políticos en estado de letra muerta, de pura fórmula consignados solamente

en los papeles, pero sin aplicación real. Así, por ejemplo, son los «Hechos del hombre» que, apesar de su importancia histórica, no es sino un documento más en el voluminoso legajo de la historia humana, y las hermosas palabras de «Libertad», «Igualdad», «Fraternidad», no pasaron de un estado de ensueño ó de mentira, inscrito en las paredes de los presidios y las iglesias, mientras que la libertad y la igualdad no vengán á ser la base de las relaciones económicas.

El sufragio universal no se hubiera concebido en una sociedad basada en la esclavitud; como el despotismo sería también inconcebible en un mundo que se basara en la verdadera libertad y no en la llamada de transacciones que sólo es libertad de explotación.

Las clases obreras de la Europa occidental así lo han comprendido; saben que las sociedades continuarán abogando los progresos de las instituciones políticas mientras el régimen capitalista actual no desaparezca; saben también que esas instituciones, á pesar de sus hermosos nombres, no son otra cosa que la corrupción y la dominación del fuerte erigido en sistema, la muerte de toda libertad y de todo progreso y están convencidas de que el único medio de derribar esos obstáculos es establecer las relaciones económicas bajo un nuevo sistema: la propiedad colectiva. Saben, en fin, que para realizar una revolución política profunda y durable, es preciso hacer una revolución económica.

Pero á causa de la íntima relación que existe entre el régimen político y el económico, es evidente que una revolución en el modo de producir y de distribuir los productos, no puede hacerse sino paralelamente á una modificación completa de esas instituciones que generalmente se designan con el nombre de instituciones políticas. La abolición de la propiedad individual y la explotación que

su consecuencia; el establecimiento del régimen colectivista ó comunista sería imposible si quisiéramos conservar al mismo tiempo nuestros parlamentos y nuestros reyes. Un nuevo régimen económico exige un cambio profundo en el político, y esta verdad ha sido también comprendida por todo el mundo, que el progreso intelectual que se opera en las masas populares, actualmente está igualmente unido á las dos cuestiones que han de resolverse.

Discurriendo sobre el porvenir político estudia al mismo tiempo el económico, y al lado de las palabras «Colectivismo» y «Comunismo» oímos pronunciar las de *Estado Obrero, Municipio libre, Anarquía, etc.*



Regla general. «¿Queréis estudiar con provecho?» «Empezad por inocular uno á uno los mil prejuicios que os han enseñado.» Estas palabras, con las que un astrónomo ilustre empezaba á explicar un curso, pueden aplicarse igualmente á todos los ramos del saber humano; y mucho más aún á las ciencias sociales que á las físicas, porque desde los primeros pasos en el dominio de éstas, nos hallamos en presencia de una multitud de prejuicios heredados de otros tiempos; de ideas absolutamente falsas, lanzadas para mejor engañar al pueblo, y de sofismas minuciosamente elaborados por desencauzar el juicio popular. Así es que tenemos que hacer un enorme trabajo preliminar para poder luego adelantar con seguridad.

Entre los muchos prejuicios hay uno sobre todo que merece especial atención, porque no sólo es la base de todas las instituciones modernas, sino porque ha llamos su influencia en casi todas las doctrinas sociales sustentadas por los reformadores; este prejuicio consiste en depositar

tona nuestra fe y nuestras esperanzas en un *gobierno representativo*, en un *gobierno procurador*.

Hacia fin del siglo XVIII, el pueblo francés destruía la monarquía, y el último de los reyes absolutos espiaba en el cadalso todos sus crímenes y los de sus predecesores.

Parecía en esta época, que todo lo que la revolución hizo de bueno, de grande y de durable, fué obra de la iniciativa y energía de los individuos ó los grupos, y que gracias á la desorganización y debilidad del gobierno central, parecía, repetimos, que el pueblo no estaba dispuesto á someterse al grupo de un nuevo poder, basado en los mismos principios que el antiguo, y tanto más fuerte cuanto menos corrompido por los vicios del poder derivado. Lejos de esto, bajo la influencia de los prejuicios gubernamentales y dejándose engañar por las apariencias de libertad y de bienestar que daban, según entonces se decía, las constituciones de Inglaterra y América, el pueblo francés se *pagó* también el *lujo* de una constitución y luego de otras constituciones, con tanta frecuencia cambiadas, que variaron hasta el infinito en los detalles, pero que todas se basaron en el mismo principio: el gobierno representativo. Monarquía ó República; ¡poco importa!, el pueblo no se gobierna por sí mismo; es gobernado por representantes más ó menos bien elegidos. Proclamó su soberanía, pero abdicó de ella y sin ella continúa. Puede, bien ó mal, hacer diputados y vigilarlos ó no, pero sea como fuere, serán ellos y no el pueblo los encargados de arreglar la infinita diversidad de intereses encontrados en las relaciones humanas, tan complicadas en el conjunto.



Luego de Francia, todos los países de la Europa continental hicieron la misma evolución. Todos, unos después

de otros, derribaron las monarquías absolutas y se lanzaron al parlamentarismo. Hasta el despotismo de Oriente ha entrado en el mismo terreno: Bulgaria, Servia y Turquía, han ensayado el régimen constitucional; en Rusia mismo se intenta sacudir el yugo de una camarilla para reemplazarlo por el de una asamblea de delegados.

Y siempre igual Francia inaugurando los nuevos derroteros, cae siempre en los mismos errores. El pueblo, disgustado por la triste experiencia de la monarquía constitucional, la destruye un día; elige una asamblea horas después, que sólo se diferencia de lo destruido en el nombre, y le confía la tarea de gobernarle... No satisfecho de la asamblea se entrega á un bandido que tolera la invasión del extranjero sobre el fértil suelo de Francia.

Veinte años después, cae nuevamente en la misma falta. Viendo libre la ciudad de París, abandonada por el ejército y el poder, no se le ocurre ensayar una nueva forma que facilite la implantación de nuevo régimen económico.

Satisfecho por haber cambiado el nombre de imperio por el de República y éste por el de *Commune*, aplica nuevamente en el seno de ésta el sistema representativo. Falsifica la nueva idea con la herencia desgraciada del pasado; depone su iniciativa ante una asamblea de gentes elegidas al azar y le confía la reorganización completa de las relaciones humanas, única cosa que hubiera dado á la *Commune* la fuerza y la vida.

¡Las constituciones hechas pedazos periódicamente, ruedan como hojas secas arrastradas por los vendavales de otoño, pero como si nada; los hombres vuelven siempre sobre sus pasos como ciegos desorientados: deshecha la vigésima constitución se funda la vigésima primera!



Y siempre la misma teoría. Con harta frecuencia se ven reformadores que, en materia económica, no reparan ante un cambio completo de las formas existentes y hasta intentan el cambio completo desde el fondo á la superficie en el modo de producción y cambio del régimen actual. Pero cuando se trata de exponer una doctrina política radical y lógica, les falta atrevimiento para tocar el sistema representativo. Con el nombre de *Estado obrero* ó *Municipio libre* se esfuerzan para conservar á cualquier precio ese famoso gobierno procurador. Toda una raza, todo un pueblo, sostiene este desgraciado sistema.

Afortunadamente la luz empieza á hacerse en tan importante cuestión. El gobierno representativo no es sistema establecido únicamente en países remotos; ha funcionado y funciona en plena Europa occidental, en todas sus variedades y bajo todas las formas posibles, desde la monarquía liberal, hasta la *Commune* revolucionaria. Aunque algo tarde, empezamos á notar que las grandes esperanzas que nos inspiró en un principio eran infundadas y que el tal sistema se ha convertido en un simple instrumento de intrigas, de enriquecimiento personal y de trabas á las iniciativas populares, al desenvolvimiento ulterior. Nos apercibimos de que la religión representativa tiene el mismo valor que la de las superioridades naturales y la personalidad de los reyes. Mas que eso; comprendemos ya que los vicios del gobierno representativo no dependen solamente de la desigualdad social, sino que aplicado en un medio ambiente en donde todos los hombres tuvieran igual derecho al capital y al trabajo, produciría resultados funestos. Y, sin grandes temores á equivocarnos, se puede prever el día en que esta institución, nacida según la feliz expresión de J. S. Mill, del deseo de protegerse contra las garras y el pico del rey de las aves de rapiña, cederá su puesto á una organización

política, cuyo origen no será otro que el dictado por las verdaderas necesidades humanas. Llegaremos á la concepción de que la mejor manera de ser libre es no siendo representado por nadie, la de no abandonar los asuntos y las cosas en poder de otros, la de no confiar la á Providencia ó á los elegidos nada absolutamente.

Esta conclusión surgirá también— así lo esperamos— en la conciencia de todo hombre libre de ciertos prejuicios, después de haber leído nuestro estudio sobre los vicios intrínsecos del sistema representativo, inherentes á él mismo.

II

«Prevenida por nuestras costumbres modernas contra el prestigio de los reyes absolutos, escribía Agustín Thierry en 1828, existen otros no menos falsos, de los cuales nos debemos guardar, y son estos los del orden legal y los del régimen representativo» (1).

Bentham decía poco más ó menos lo mismo; pero en esta época sus advertencias pasaron desapercibidas. Entonces se creía en el parlamentarismo, y á los que discutían los prestigios del régimen, se les contestaba con este argumento al parecer plausible. «El sistema parlamentario no ha dicho aún su última palabra y no debe ser juzgado hasta que no tenga por base el sufragio universal.»

Después, el tal sufragio se ha introducido en nuestras leyes y en nuestras costumbres. Luego de haberse opuesto durante mucho tiempo, la burguesía comprendió que

(1) Cartas sobre la historia de Francia; carta XXV.

éste no podía ni remotamente comprometer su dominación, y lo aceptó con júbilo. En los Estados-Unidos, el sufragio universal funciona ya más de un siglo, en regulares condiciones de libertad; en Francia y Alemania ha hecho también «sus prodigios.» Sin embargo, el régimen representativo no ha cambiado; continúa siendo lo que en los tiempos de Thierry y Bentham: el sufragio universal no lo ha mejorado; sus vicios son hoy mayores que nunca.

Por esta razón, en nuestros días ya no son solamente los revolucionarios los que lo impugnan con su crítica; ya no es Proudhon sólo en maldecirlo; hasta los moderados como Mill (1) y Spencer (2) gritan contra él: «¡Cuidado con el parlamentarismo!» exclaman alarmados, dando al mundo la voz de alerta. Se ha podido apreciar entre la gran masa, y basándose sobre hechos generalmente conocidos, podíamos escribir en nuestros días muchos volúmenes enumerando sus inconvenientes, seguros de hallar eco favorable en la mayor parte de nuestros lectores. El gobierno representativo ha sido juzgado y condenado.

Sus partidarios, que los hay de buena fe, aunque no de buena reflexión, quieren hacer valer los servicios, que según ellos, nos ha hecho esta institución. Creyéndoles, deberíamos al régimen representativo todas las libertades políticas que disfrutamos actualmente, desconocidas bajo la monarquía absoluta.

¿Pero discurrir así no es confundir la causa con el efecto, ó lo que es peor, confundir uno de los dos efectos simultáneos con la causa?

En el fondo, no es el régimen representativo quien nos ha dado, ni siquiera garantizado, las menguadas li-

(1) La libertad; el gobierno representativo.

(2) Introducción al estudio de la Sociología; Principios de Sociología; varios ensayos.

bertades que hemos conquistado desde hace un siglo; son debidas al gran movimiento liberal nacido de la revolución, que lo mismo las ha arrancado á los gobiernos que á la representación nacional. Y si estas libertades existen, es gracias al espíritu de libertad, de rebeldía, que ha sabido imponerse á pesar de los atropellos reaccionarios de los gobiernos y de las leyes tiránicas promulgadas por los parlamentos mismos. El gobierno representativo de por sí, no da ninguna libertad real, se acomoda muy bien, al contrario al despotismo de clases; las libertades hay que arrancárselas lo mismo que á los reyes absolutos, y una vez arrancadas es preciso conservarlas, igual contra los parlamentos actuales que contra los monarcas de otros tiempos. Y esta defensa ha de ser tenaz y continua, sin retroceder nunca, sin abandonar la lucha, para adelantar un solo paso cuando una clase social, fuerte y deseosa de libertad, se halla siempre dispuesta á defenderse extra-parlamentariamente á la menor restricción que se intente hacer en las libertades adquiridas. En donde esta clase no existe, donde no hay unidad para defenderse, las libertades políticas no serán duraderas, tanto si hay representación nacional como si no la hay. Los parlamentos se convierten en antecámaras de los reyes: ejemplos los parlamentos de Turquía, Austria y España.

Se citan y ponderan las libertades inglesas y se las hace dimanar directamente del Parlamento, pero se olvidan que las cacareadas libertades fueron arrancadas *por procedimientos de un carácter puramente insurreccional*. Libertad de la prensa, crítica de la legislación, libertad de reunión, de asociación, todo ha sido arrancado al Parlamento á viva fuerza, por la agitación, por el motín. Las *Trades Unión*, declarándose en huelga para protestar contra los edictos del Parlamento y el criminal furor de ahorcar á los obreros delincuentes, en 1813; los

obreros ingleses saqueando hace setenta años las fábricas, fueron luchas con las que conquistaron el derecho de asociarse y declararse en huelga. Recientemente, machacando á los polizontes á garrotazo limpio en Hyde-Park, el pueblo de Londres ha afirmado, contra un ministerio constitucional, el derecho de manifestación en las calles y parque de la ciudad. No es debido al Parlamento, sino á la agitación extra-parlamentaria, á los cien mil hombres que gritan y amenazan ante la aristocracia y el ministerio, á lo que se debe el que la burguesía inglesa defienda la libertad. En cuanto al Parlamento, no hace más que poner obstáculos en la práctica de los derechos políticos del país, cuando no los suprime con nuevas leyes, si no ve una fuerza que le impone la necesidad de conservarlas.

¿Qué ha sido, si no, de la inviolabilidad del domicilio, del secreto de la correspondencia, desde que la burguesía ha renunciado á ese derecho, para que el gobierno la proteja contra los revolucionarios?

Atribuir á los parlamentos lo que es debido al progreso general; creer que es suficiente una Constitución para tener libertad, es desconocer las reglas más elementales del juicio histórico.

Además, la cuestión no es esa. No se trata de saber si el régimen representativo ofrece alguna ventaja sobre el imperio de un amo absoluto. Si se ha establecido en Europa es porque corresponde mejor á la fase de la explotación capitalista en que hemos vivido todo el siglo XIX, y que afortunadamente empezamos á vislumbrar su fin. Este régimen ofrecía más seguridad para los industriales, comerciantes y tenderos, en manos de los

cuales ponía el poder caído de las garras de reyes y señores. También la monarquía, al lado de grandes inconvenientes, podía ofrecer alguna ventaja con el reino de los señores feudales; también ésta fué un producto necesario de su época. ¿Pero debemos por esto someternos eternamente á la autoridad de un rey y su prolija cohorte?

Lo que nos interesa á los hombres del siglo XIX, es saber si los vicios del gobierno representativo no son tan funestos é insoportables como lo eran los del gobierno absoluto; si los obstáculos que opone al desenvolvimiento ulterior de las sociedades no son, en nuestro siglo, tan vejeterios é inconvenientes como los que oponía la monarquía en el siglo pasado, y en fin, si un simple enjalbegamiento representativo, puede ser suficiente para implantar la nueva fase económica cuyo advenimiento vislumbramos.

He ahí lo que hemos de estudiar detenidamente en vez de perder el tiempo discutiendo hasta el infinito sobre la misión histórica del régimen político burgués.

Puesta, pues, la cuestión en estos términos, la contestación no ofrece duda.

El régimen representativo conserva en el gobierno todas las potestades y atribuciones del poder absoluto; la diferencia consiste en que ésta somete sus decisiones á la sanción popular, del peor modo posible y luego hace lo que la burguesía quiere; este sistema, pues, ha terminado su papel. Actualmente resulta un obstáculo para el progreso; sus vicios no dependen de los individuos, ni de los hombres en el poder; son inherentes al sistema, y su intensidad es tal, que impone modificación seria suficiente para apropiarlo á las necesidades de nuestra época. El

sistema representativo fué la dominación organizada de la burguesía y desaparecerá con ella. Para la nueva era económica que se aproxima hemos de buscar una nueva forma de organización política, basada en un principio que no sea el de la representación. Esto lo impone la lógica de las cosas.



En principio, el gobierno representativo participa de todos los vicios inherentes á toda especie de gobierno y, lejos de debilitar estos vicios, los fortalece, los acentúa y crea otros nuevos.

Uno de los más profundos pensamientos de Rousseau sobre los gobiernos en general, puede aplicarse perfectamente á los gobiernos electivos, igual que á los demás. Para abdicar de los derechos y abandonarlos en las manos de un cualquiera, ¿no sería preciso que estos fueran verdaderos ángeles humanos? Con todo, las uñas y los cuernos no tardarían á aparecer en los elegidos tan pronto como tuvieran fueros para gobernar al rebaño humano.

Parecido en esto á todos los despotismos, el gobierno representativo, llámese Parlamento, Convención, Municipio ó que se dé otro título cualquiera, se forme por real orden, ó sea archilibrementemente elegido por un pueblo en revolución, el gobierno procurará siempre imponer su legislación, reforzar su poder, inmiscuirse en todos los asuntos, matando la iniciativa de individuos y grupos, para suplantarlas por la ley. Su tendencia natural, inevitable, será la de apoderarse del individuo desde su infancia para arrastrarlo de ley en ley, de amenaza en condena, sin dejarlo un momento libre de su tutela, desde la cuna al sepulcro. ¿Se ha visto jamás una asamblea declararse incompetente sobre alguna cosa? Cuanto más revo-

cionario, mas se ampara de asuntos que no son ni pueden ser de su competencia. Legislar sobre todos los asuntos de la actividad humana, inmiscuirse hasta en los más pequeños detalles de la vida de los hombres, constituye la esencia misma del Estado, del gobierno. Crear un gobierno, constitucional ó no, es constituir una fuerza que fatalmente intentará ampararse de todo, reglamentar todas las funciones de la sociedad, sin conocer otro freno que el que nosotros le podamos oponer por medio de la protesta, de la insurrección. Que el gobierno representativo no es una excepción de la regla está altamente demostrado con sus propios actos.

*
* *

La misión del Estado, nos han dicho para mejor engañarnos, es la de proteger el débil contra el fuerte, las clases laboriosas contra las privilegiadas.» El como los gobiernos han cumplido esta misión, es cosa que sabemos perfectamente, tomándolo todo al revés. Fiel á su origen, el gobierno ha sido siempre protector del privilegio y enemigo de cuantos han aspirado á su emancipación. El gobierno representativo en particular, ha organizado la defensa, con la connivencia del pueblo, de todos los privilegios de la burguesía comercial é industrial, contra la aristocracia por un lado, y contra los explotados por otra —modesto, fino, bien educado con unos, es brutalmente feroz contra otros. Por eso la más insignificante ley protectora del trabajo, por anodina que sea, no se puede obtener de un parlamento más que infundiéndole el temor á la insurrección, ó con la insurrección misma. Recientes son las luchas y agitaciones que los obreros han tenido que sostener por conseguir del parlamento inglés, del Consejo federal suizo, del de las Cámaras francesas, las

inocentes leyes sobre la limitación de las horas de trabajo. La primera de estas leyes, votada en Inglaterra, lo fué luego de una lucha en la que los obreros habían colocado barriles de pólvora para hacer volar las máquinas y talleres; la amenaza de la guerra social fué causa de que tan efímera ley se promulgara.

De otra parte, en los países donde la aristocracia no ha sido destronada, señores y burgueses se entienden perfectamente.—«Tú me reconocerás, señor, el derecho de legislar y yo protegeré tu palacio y tus fueros», dice la burguesía, y en efecto, la protege y defiende mientras le conviene.

Cuarenta años de agitación incendiando campos y talando plantíos, han sido necesarios para decidir al Parlamento inglés á garantizar á arrendatarios de granja el beneficio de las mejoras por ellos introducidas en los terrenos que cultivaban. En cuanto á la famosa «ley agraria» votada para Irlanda, fué necesario, según Gladstone mismo declaró, que el país en masa se sublevara, que se negara completamente á pagar toda clase de tributos y se defendiera á sangre y fuego contra las evicciones, los incendios y ejecuciones de los *lords*; hasta que esto no sucedió, la burguesía no pensó en votar esta ley tan inofensiva que parece proteger al país hambriento contra los *lords* explotadores y verdugos.

Cuando se trata de proteger los intereses de la burguesía capitalista, amenazada por la insurrección, la cosa cambia de aspecto; entonces el gobierno representativo, órgano de la dominación del capital, adquiere una ferocidad infame. Pega fuerte contra todos los que intentan cambiar su sino social y lo hace con más seguridad y tobardía que el peor de los déspotas. La ley contra los socialistas en Alemania no tiene nada que envidiar al edicto de Nantes; y jamás Catalina II, después de la Jac-

querle de Pougatchoff, ni Luis XVI luego de la guerra de las harinas, no dieron pruebas de tanta ferocidad como las dos «Asambleas nacionales» de 1848 y 1871, cuyos miembros gritaban: ¡*Matad los lobos, las lobas y los lobeznos!* y por unanimidad, menos un voto, felicitaban á los soldados, borrachos de sangre y salvajismo, por las matanzas horrosas de seres humanos. La bestia anónima de seiscientas cabezas (número de miembros de Parlamento francés) ha dejado en mantillas, en lo que á brutalidad se refiere, á Luis XI y á Juan IV.



El gobierno representativo será siempre lo mismo; sus grandezas negativas serán iguales si es regularmente elegido, como si surge hábilmente de los incendios de una insurrección.

O la igualdad económica se establece en la nación, en la ciudad y en todas partes, y los ciudadanos, libres é iguales, no abdicar sus derechos en las manos de unos cuantos y buscan una nueva forma de organización que les permita arreglarse por sí mismos sus asuntos, ó bien habrá una minoría que dominará las masas en el terreno económico, un cuarto Estado compuesto de burgueses privilegiados, y en este caso, ¡pobres desheredados! El gobierno representativo elegido por esta minoría, obrará como todos los gobiernos: legislará para mantener sus privilegios y procederá contra los «descontentos» por la fuerza y la matanza.



Analizar todos los defectos del gobierno representativo nos sería imposible aquí; se necesitan muchos volúmenes

para ello. Limitándonos sólo á los más esenciales, nos saldremos aún del cuadro de este capítulo: uno, sobre todos, merece ser mencionado preferentemente.

El objeto del gobierno representativo era instituir al gobierno personal; era arrancar el poder á una persona y entregarlo á una clase. Y, cosa extraña, su tendencia ha sido siempre volver á un poder personal, someterse á un solo hombre.

La causa de esta anomalía es bien sencilla. Luego de haber conferido al gobierno miles de atribuciones que hoy se le reconocen, de haberle confiado la gestión completa de todos los asuntos que interesan al país y dado un presupuesto de muchísimos millares de millones, ¿era posible que la multitud de aventureros políticos que componen los parlamentos, pudiera desempeñar con acierto la gerencia de tan innumerables negocios? Ha sido, pues, necesidad imperiosa nombrar un poder ejecutivo, el ministro, é investirlo de atribuciones casi reales. ¡Cuán pequeña resulta, en efecto, la autoridad de Luis XIV, que se enorgullecía diciendo el Estado soy yo, comparada con la de un ministerio de nuestros días!

Es cierto que las cámaras pueden derribar al ministerio, ¿pero para qué? ¿Para nombrar otro investido de los mismos poderes, que tendría que derribar nuevamente á los ocho días, si hubiera de ser consecuente? Por eso prefieren conservarlo hasta que las circunstancias hacen gritar fuerte al pueblo y á la prensa; entonces destituyen á uno para llamar á otro que hace poco tuvo el poder, y así, de mal en peor, se va desacreditando el régimen. Se establece una especie de balancín, y entre este y el otro gabinete, se sostienen en el poder uno ó dos hombres, que son los amos del país, los jefes de gobierno.

Pero cuando las cámaras hallan un hombre hábil que garantiza el orden en el interior y los triunfos en el exte-

rior, se someten á sus caprichos y le arman de nuevos y más fuertes poderes. Por grandes que sean los atropellos á la Constitución y los escándalos de su gobierno, los defiende y apoya con energía. A lo sumo le discute algún detalle exteriormente, pero en el fondo le hace carta blanca para todas las cosas de importancia. Chamberlain es el ejemplo vivo de lo que afirmamos; Bismark, Guizot, Pitt y Palmerston lo fueron para las precedentes generaciones.

Y esto se comprende; todo gobierno tiende á hacerse personal; tal es su origen y su esencia. Que el parlamento sea feudatario ó elegido por sufragio universal, tanto si es nombrado por trabajadores como si se compone exclusivamente de obreros, buscará siempre un hombre á quien abandonar todos los cuidados del gobierno. Mientras confiemos á un pequeño grupo todas las atribuciones económicas, políticas, militares, industriales, financieras, etcétera, etc., con las que hoy se halla investido, este grupo tenderá necesariamente, como un destacamento de soldados en campaña, á someterse á un jefe único.

Esto en tiempos normales. Pero que la guerra amenaza en la frontera, que una lucha civil se desencadena en el interior, y entonces el primer ambicioso venido, cualquier hábil aventurero, amparándose de la complicada máquina llamada administración, se impondrá al pueblo, á la nación. La Asamblea será incapaz para impedirlo; al contrario, detendrá la resistencia. Los dos aventureros llamados Bonaparte no son un simple juego de azar; fueron la consecuencia inevitable de la concentración de poderes. En cuanto á la eficacia de los parlamentos para resistir á los golpes de Estado, la Francia tiene motivos para saberlo. ¿Fué acaso la Cámara quien salvó á Francia del golpe de Estado de Mac-Mahón? Todos sabemos hoy que esta nueva desgracia para el país de la revolución la

evitaron los comites antiparlamentarios. ¿Se nos volverá á citar á Inglaterra? Sí, pero que no diga muy fuerte que ha sabido conservar intactas sus instituciones parlamentarias durante todo el siglo XIX, porque resultaría cierto, discuriendo razonadamente. Es cierto que ha sabido evitar durante el curso del siglo la guerra de clases; pero todo hace esperar que la guerra estallará aún, y no se necesita ser profeta para prever que el Parlamento no saldrá intacto de esta lucha; su caída, de un modo ú otro, es inminente, según la marcha de la revolución.

Y si queremos en la próxima revolución dejar las puertas abiertas á la reacción, á la monarquía quizás, no tenemos más que confiar nuestros asuntos á un gobierno representativo, á un ministerio armado de todos los poderes que hoy posee. La dictadura reaccionaria, roja en un principio, palideciendo á medida que se siente más fuerte sobre su asiento, no se hará esperar, porque tendrá á su disposición todos los instrumentos de dominación y los podrá inmediatamente á su servicio.

Origen de tanto mal, el gobierno representativo, ¿no hace sin embargo algún bien al desarrollo pacífico y progresivo de las sociedades? ¿No puede haber contribuido á la descentralización del poder que se imponía en nuestro siglo? ¿No es fácil que haya impedido las guerras? ¿No puede prestarse á las exigencias del momento y sacrificar á tiempo alguna institución envejecida, con objeto de evitar las guerras civiles? Además, ¿no ofrece alguna garantía y hace concebir esperanzas de progreso y mejoras ulteriores?

¿Qué ironía más amarga la que encierra estas cuestio-

nes y otras muchas que nos saltan á la imaginación cuando juzgamos al régimen!

Toda la historia de nuestro siglo está llena de páginas elocuentes que nos demuestran lo contrario.

Los parlamentos, fieles á la tradición realista y á su transfiguración moderna, el jacobinismo, no han hecho más que concentrar los poderes entre las manos de un gobierno. Funcionarismo á todo; he ahí la evolución característica del gobierno representativo. Desde principios de siglo se grita ¡descentralización, autonomía! y no se hace más que centralizar, matar los últimos vestigios de independencia. La misma Suiza se siente arrastrada por esta influencia, é Inglaterra se somete á ella. Sin la resistencia de los industriales y comerciantes, tendríamos que pedir hoy permiso á Paris para matar un toro. Todo cae poco á poco bajo la tutela del gobierno; sólo le falta la gestión de la industria y el comercio, de la producción y el consumo, y los socialistas demócratas, ciegos por los prejuicios autoritarios, sueñan ya el día que podrán arreglar desde el parlamento de Berlín el trabajo de la fabricación y el consumo en toda la superficie de Alemania.

El régimen representativo que de tan pacífico se califica, ¿nos ha preservado de las guerras? Nunca los hombres se han exterminado tanto como bajo el régimen representativo. La burguesía necesita el dominio de los mercados, y esta dominación no se adquiere más que contra los demás, á tiros y á cañonazos; los periodistas y abogados necesitan de la gloria militar, y no hay peores guerreros que los guerreros parlamentarios.

¿Los parlamentos se prestan á las exigencias del momento, á la modificación de las instituciones decadentes? Como en los tiempos de la Convención era necesario poner el sable al cuello de los convencionalistas para

arrancarles la sanción de los hechos realizados, igual hoy se necesita la insurrección en pleno para obtener de los representantes del pueblo la más insignificante reforma.

En cuanto á la bondad del parlamento elegido, podemos afirmar que jamás se ha visto degradación mayor; como todas las instituciones en decadencia, va empeorando más cada día. Se habla de la corrupción parlamentaria de los tiempos de Luis Philippe. Preguntad hoy á los pocos hombres honrados perdidos en ese torbellino y os contestarán: «tanta miseria oprime el corazón.» En efecto, el parlamentarismo sólo inspira asco á cuantos le ven de cerca.

III

Los defectos de las Asambleas representativas no nos extrañarán, en efecto, si reflexionan un momento sobre el modo de reclutar sus miembros y la forma como funcionan.

¿Necesitamos hacer aquí la descripción del cuadro antipático y profundamente repugnante de las elecciones? En la burguesa Inglaterra y en la democrática Suiza, en Francia como en los Estados- Unidos, en Alemania como en la República Argentina, ¿la triste comedia de las elecciones no es en todas partes la misma?

¿Necesitamos contar cómo los agentes electorales preparan el triunfo de su candidato: cómo mienten sembrando á derecha é izquierda promesas de todas clases, políticas en las reuniones públicas, personales á los individuos directamente; cómo penetran en las familias, halagan á la madre, adulan al padre, al hijo, acarician al perro

asmático y pasan la mano sobre el lomo al gato del elector? ¿Cómo se esparcen por los cafés á caza de electores, entablando discusiones hasta con los menos expansivos, cual vulgares timadores, para arrancar el voto por un procedimiento parecido al del *entierro* ó el de los *perdigones*? ¿Cómo el candidato, después de hacerse desear, se presenta á sus queridos electores con amable sonrisa, la mirada modesta, la voz calma, como una vieja portera de Londres que procura simpatizar á su inquilino con dulce sonrisa y evangélica mirada? ¿Necesitamos acaso enumerar los falsos programas, mentirosos todos, igual si son oportunistas como si son socialistas revolucionarios, en los cuales el mismo candidato no cree por inocente que sea y por poco que conozca el parlamento, los que defiende no obstante con ampulosa verbosidad, voz sonora y sentimental, con alternativas de loco ó cómico de la legua? La comedia electoral no se limita solamente á cometer toda clase de engaños, timos y rufianadas, sino que á todas estas *hermosas* cualidades que le son propias añade las de «representante del pueblo» en busca de sufragios y de momios que les redondeen.

Tampoco necesitamos exponer lo que cuestan unas elecciones; los periódicos nos informan lo suficiente sobre el particular. ¿No sería ridículo exponer la lista de los gastos de un agente electoral, en la que figuran cocidos con chorizo y carne de carnero ó de ternera, camisas de franela, decálitros de vino y otras bebidas? ¿Nos es acaso necesario sumar el total que representan las tortillas de patatas y huevos podridos, con las que se «confunde al partido adversario», los carteles calumniosos y las «maniobras de última hora» en las que se halla condenada toda la honradez y sinceridad de las elecciones en todo el mundo parlamentario?

Y cuando el gobierno interviene ofreciendo colocacio-

nes al que más dé, pedacitos de trapo con el nombre de condecoraciones, estancos, protección para el juego y el vicio; su prensa desvergonzada, sus polizontes, sus tahures, sus jueces y sus agentes entran en funciones y... ¡No; basta! Dejemos este cieno, no lo removamos. Limitemonos sencillamente á poner esta cuestión: ¿existe una pasión humana, la más vil, la más abyecta, que no se ponga en juego en un día de elecciones? Fraude, calumnia, vileza, hipocresía, mentira, todo el cieno que yace en el fondo de la bestia humana; he ahí el hermoso espectáculo que nos ofrece un país civilizado cuando llega un período electoral.



Así es y así será mientras haya elecciones para elegir amos. Suponed un mundo nuevo, todos trabajadores, todos iguales; que un día se les ponga en la cabeza nombrarse un gobierno, que la locura autoritaria les trastorne, é inmediatamente la sociedad volverá al actual estado de cosas. Si no se distribuye vino y no vuelcan pucheros, se distribuirán adulaciones y mentiras equivalentes á las patatas hervidas y á las bazofias del día de elecciones. ¿Qué otra cosa se puede pretender cuando se sacan á suabasta los más sagrados derechos del hombre?

¿Qué se pide á los electores? ¿Hallar un hombre á quien poderle confiar el derecho de legislar sobre todo, hasta lo más sagrado; sobre nuestros derechos, nuestros hijos, nuestro trabajo? Pues no debemos extrañarnos que una porción de Roberto Macaire, de Chamberlain, adquieran fueros y derechos como personajes reales. Se busca un hombre á quien poderle confiar, en compañía de otros de la misma camada, el derecho de apoderarse de nuestros hijos á los veinte años, ó á los diez y nueve si le parece mejor; en cerrarios para tres ó diez años, según le cou-

venga, en la atmósfera corruptora del cuartel; asesinarlos en masa donde quiera y como quiera, promoviendo guerras que el país no tendrá otro remedio que aceptar una vez en ellas. Podrá cerrar y abrir las Universidades á su gusto, obligar á los padres á que lleven sus hijos á ellas ó bien prohibirles la entrada. El ministro, cual nuevo Luis XIV, podrá favorecer una industria ó hacerla desaparecer si tal es su gusto; sacrificar una región por otra; anexionarse ó ceder una provincia; dispondrá de millares de millones al año, arrancados del trabajo del obrero, y tendrá además la regia prerrogativa de nombrar el poder ejecutivo, es decir, el poder que, mientras esté de acuerdo con las Cortes, podrá ser tan despótico y tirano como el poder de un rey, porque si Luis XVI disponía y mandaba en un par de decenas de miles de funcionarios, éste mandará y dispondrá de cientos de miles, y si el rey podía robar de las cajas del tesoro algunos sacos de escudos, el ministro constitucional de nuestros días, en una sola jugada de Bolsa, puede honestamente embolsarse muchos millones.

¡No hay que extrañarse, pues, al ver todas las pasiones puestas en juego cuando se busca un jefe, un amo, para investirle de tal poder! Cuando España sacó un trono vacante á pública subasta, ¿extrañó á nadie el que una porción de filibusteros acudiese de todas partes husmeando tan excelente presa? Mientras la venta de los poderes quede en pie nada podrá ser reformado; la elección, sea de la índole que fuere, será una feria donde se rifarán las vanidades y las conciencias.



De otra parte, aunque se restringieran los derechos de los diputados, aunque se les fraccionara haciendo de cada

municipio un Estado en pequeño, todo quedaría en el fondo tal cual hoy está. Se comprende la delegación, cuando cincuenta, cien hombres, que se juntan todos los días en el trabajo, en sus comunes negocios, que se conocen á fondo unos á otros, que han discutido bajo todos sus aspectos una cuestión cualquiera para llegar á una decisión, eligen á uno de entre ellos y lo mandan á entenderse con otros delegados del mismo género sobre un asunto especial. En este caso, la elección se hace con pleno conocimiento de causa, cada cual sabe lo que puede confiar á su delegado; además, no hará más que exponer ante sus colegas de momento las consideraciones que han llevado á sus comitentes á tal conclusión. No pudiendo imponer nada buscará el acuerdo, y á su regreso volverá con una simple proposición que sus compañeros podrán aceptar ó rechazar. Así nació la idea de la delegación. Cuando las poblaciones mandaban delegados á otros pueblos para solucionar conflictos ó terminar pactos, sus atribuciones eran como los que actualmente se confieren al delegado á un congreso de meteorología, de medicina, de compañías de caminos de hierro, de administración postal internacional.

¿Qué se les pide actualmente á los electores? Se les pide que se reúnan diez mil, veinte mil (cien mil, según las listas electorales) que no se conocen, que no se han visto nunca, que no es posible que jamás hayan tenido nada en común, para que se entiendan y elijan un hombre. Y á este hombre no se le mandará para exponer una cuestión precisa ó defender una resolución concerniente á un asunto especial, sino que debe ser bueno para hacerlo todo, para legislar sobre nuestra vida, sobre nuestro interés y su decisión será ley. El carácter primitivo de la delegación ha quedado enteramente falseado, se ha convertido en un absurdo.

El ser omnisciente que se busca hoy no existe. Hay un honrado ciudadano que reúne ciertas condiciones de probidad, buen sentido é instrucción. ¿Será éste el elegido? ¡Oh no! en un distrito son apenas veinte las personas que conocen sus excelentes condiciones, y además, no sólo detesta el que sus virtudes se popularicen, sino que desprecian los medios empleados para crearse aureola alrededor de su nombre; si pretendiera ser elegido jamás sacaría más de cien votos. Pero, no, puede vivir descuidado; nadie se acordará de su nombre para ninguna candidatura; el nombrado será un abogado, un periodista, un escritor, uno que hable mucho y que llevará al parlamento las costumbres del tribunal ó del periódico, reforzando con su voto al ministerio ó la oposición, y nada más. Y si estos no, el elegido será un negociante, deseoso de poner en sus tarjetas el título de diputado, el cual no se detendría ante un gasto de diez ni veinte mil pesetas para adquirir la notoriedad que da el ser «representante de la nación.»

En los países donde las costumbres son eminentemente democráticas, como en los Estados-Unidos por ejemplo, y en donde los comités para contrarrestar la influencia de la fortuna se constituyen fácilmente, se nombra como en todas partes al peor de los ciudadanos, al político de oficio, al hombre abyecto convertido hoy en plaga de la gran República, al que hace de la política una industria y la practica según los procedimientos que se emplean en las grandes empresas; anuncio escandaloso, mucho bombo alrededor de la cosa y corrupción en el fondo.

Cambiad el sistema electoral como mejor os plazca, reemplazad el escrutinio de barrio por el de la lista, haced las elecciones por grados como en Suiza (reuniones preparatorias para defender la «pureza del sufragio»), modificad cuanto queráis, ampliad el sistema mejorando

las condiciones de igualdad, reformed ~~vos~~ los colegios electorales y no habréis conseguido nada; el vicio intrínseco de la institución continuará siendo el mismo. El hombre que sepa reunir más de la mitad de los sufragios, salvo raras excepciones en los partidos perseguidos, será siempre el hombre inútil y sin convicciones, el que «sabe contentar á todo el mundo.»

Por eso los parlamentos están tan mal compuestos, según Spencer ha observado. Las Cortes, dice éste en su *Introducción*, son siempre inferiores al término medio del país, no sólo como conciencia sino como inteligencia. Un país culto se rebaja con su representación. Si su propósito fuera estar representando por imbéciles y malos sujetos no estaría más acertado en la elección. En cuanto á la probidad de los diputados sabemos lo que vale y significa. Leed lo que dicen los exministros y los mismos diputados en momentos de arrebató ó sinceridad, y os podréis convencer por vuestros propios ojos.

Lástima grande que no haya trenes especiales y gratuitos para que los electores pudieran ir á presenciar algunas sesiones del Congreso; el asco les subiría pronto á la boca. Los antiguos emborrachaban á los esclavos para que sus hijos detestaran tan feo defecto. Electores, id al Congreso á ver vuestros representantes para aborrecer al gobierno representativo.

Continúa el gobierno representativo

A ese puñado de nulidades abandona el pueblo todos sus derechos, salvo el de destituirlos de tiempo en tiempo y volver á nombrar otros. Mas como la nueva asamblea, nombrada por el mismo sistema y encargada de la misma misión, será tan mala como la precedente, la gran masa acaba por desinteresarse la comedia y se limita, sin ningún entusiasmo, á nuevos enjalbegamientos, aceptando á los candidatos que consiguen imponerse por dinero é popularidad.

Pero si la elección adolece ya de un vicio constitucional irreformable ¿qué diremos de la forma como la asamblea cumple su mandato? Reflexionad un minuto solamente y veréis la variedad que constituye la tarea que le imponéis.

Vuestro representante no puede emitir más que una opinión, un voto, en toda la serie variada hasta el infinito, de las cuestiones que surgen al funcionar la formidable máquina del Estado centralizador.

Tendría que votar el impuesto sobre los perros y la reforma de la enseñanza universitaria, sin haber estado

jamás en la Universidad ni saber nada de la importancia de un perro de ganado ó uno de caza. Deberá emitir su opinión sobre las ventajas del fusil Maüser y sobre la región donde el Estado debe establecer las *remontas* de caballos y mulas para el ejército; votará sobre la filoxera, el guano, el tabaco, la enseñanza elemental y superior, el saneamiento de ciudades; sobre las colonias, la construcción de caminos y el observatorio astronómico. No importa que no haya visto soldados más que en las grandes paradas, para que tenga que tratar sobre la movilización de grandes ejércitos; el que ignore lo que son los indígenas de una colonia no puede ser obstáculo que le impida el imponerles un código. Votará la reforma del ros y la guerrera según el gusto de su esposa; protegerá el azúcar y sacrificará el trigo; matará la viña creyendo que la defiende; votará la defensa de los bosques contra la riqueza de ganados, ó al revés, favorecerá los ganados arruinando los bosques; anulará un canal por dar vida á una vía férrea, sin saber á ciencia cierta en qué parte de la nación están el uno y el otro; añadirá nuevos artículos al código penal sin haberlo consultado nunca. Proteoomnisciente y omnipotente, hoy militar, mañana criador de cerdos, vaquero, académico, médico, astrónomo, negociante, será mil cosas más si la orden del día del Congreso así lo exige. Acostumbrado en su profesión de abogado, de periodista ó de hablador en las reuniones públicas, á tratar siempre de lo que no entiende, votará sobre todas las cuestiones con la misma tranquilidad que actuaba en su antigua profesión, con la sola diferencia de que antes su artículo ó gaceta no tenía otro alcance que distraer ó admirar á su portero; sus discursos en el tribunal dormecian á los jueces, mientras que ahora su opinión, más necia que antes, si cabe, será ley para unos cuantos millones de personas.

Y como á pesar de su estultez sabrá que le es materialmente imposible tener opinión sobre todas las cuestiones en las cuales su voto ha de hacer ley, se entretendrá durante los debates hablando con su vecino, pasando el tiempo en el café ó escribiendo cartas para mantener el entusiasmo de sus «queridos electores»: el proyecto del ministro de amazacotada prosa y amontonamiento de cifras, le da la *lata*; en el momento de votar se pronunciará en pro ó en contra del proyecto, según le indique el jefe de su partido, y su misión está terminada.

Así, pues, una cuestión de recría de cerdos ó de equipo de soldados, no tendrá otra importancia entre los dos partidos del ministerio y la oposición, que la de una simple escaramuza parlamentaria. No se preguntará á sí mismo si los cerdos tienen ó no necesidad de leyes para su creación, ni si los soldados van cargados como camellos del desierto; la sola cuestión interesante será saber si un voto afirmativo puede aprovechar al partido. La batalla parlamentaria tendrá lugar sobre las espaldas del soldado, del agricultor, del obrero y del industrial, pero siempre en interés del ministerio ó de la oposición.

¡Pobre Proudhon! Me imagino sus desvelos cuando tuvo la cándida ingenuidad de haber estudiado, al entrar en la Asamblea, todas y cada una de las cuestiones contenidas en la orden del día.

Llevaba á la tribuna un derroche de cifras, una multitud de ideas y nadie le escuchaba. Ignoraba que las cuestiones se resuelven todas antes de la sesión con esta sencilla: ¿beneficia ó perjudica al partido?

El recuento de votos está hecho, se registran los del partido; á los de la oposición se les sondea, se les cuenta y recuenta detenidamente. Los discursos se pronuncian por simple aparato, por efecto escénico; sólo se escuchan si tienen algun valor artístico ó si se prestan al escándalo.

lo. Los tontos se creen que fulano ó mengano pueden subjugar al Parlamento con su elocuencia; todo su verbo no es otra cosa que una *cantata* de circunstancias, pensada y dicha para distraer al público de las tribunas, para aumentar su popularidad con frases sonoras y rimbombantes.



«¡Quitar un voto!» ¿Y quién son esos que pueden y saben quitar votos cuya papeleta hace inclinar de uno ú otro lado de la balanza parlamentaria? ¿Quién son los que derriban ó rehacen los ministerios y dan al país una política reaccionaria de aventuras exteriores? ¿Quién decide entre el ministerio y la oposición?

Los que hemos llamado justamente «sapos de pantano»; los que no tienen *ninguna* opinión, los que se sientan siempre entre dos sillas, flotando en medio de los dos partidos principales del Congreso.

Ese grupo precisamente, compuesto de una cincuentena de indiferentes, pervertidos y sin ninguna convicción, son los que haciendo la veleta entre liberales y conservadores, dejándose influenciar por las promesas, las colocaciones ó el pánico, dando ó negando su voto, deciden los asuntos de un país. Un pequeño grupo de nulidades hace las leyes, sostiene ó derriba un ministerio y cambia la dirección de la política.

¡Una cincuentena de indiferentes haciendo las leyes de un país!... He ahí á qué queda reducido en primer análisis el régimen parlamentario.

Y cualquiera que sea la posición del Parlamento esto es inevitable; se componga de estrellas de primera magnitud por su ciencia y su integridad ó de mamarrachos, la decisión de una cuestión cualquiera corresponderá á los

sapos del pantano. Nada puede variar mientras que la mayoría haga leyes.



Después de haber indicado brevemente los vicios constitucionales de las asambleas representativas, deberíamos ocuparnos de los trabajos de estas; demostrar que todas, desde la Convención hasta el Consejo de la Comuna en 1871, desde el Parlamento inglés hasta el Skoupchtina de Servia, están atacadas de nulidad; deberíamos demostrar también que las mejores leyes, según la expresión de Buckle, no han servido sino para abolir las precedentes, y que estas leyes no se han obtenido más que por la fuerza y la insurrección del pueblo. Pero haríamos una historia voluminosa y no nos es posible en los escasos límites de un capítulo (1).

Además, cualquiera que sepa razonar sin dejarse arrastrar por los prejuicios de una educación viciosa, hallará en la historia del gobierno representativo bastantes ejemplos para convencerse á sí mismo de cuanto hemos dicho; comprenderá sin esfuerzo que cualquiera que sea el cuerpo representativo, compuesto de obreros ó de burgueses ó que tenga si se quiere mayoría de socialistas *revolucionarios*, conservará siempre todos los vicios de las asambleas representativas, porque estos no dependen de los individuos, sino que son, como hemos dicho ya, inherentes á la institución.

Pensar en un Estado obrero, gobernado por una asamblea elegida, es el peor de los pensamientos que pueden inspirarnos nuestra educación autoritaria.

(1) Los lectores hallarán en la obra de Herbert Spencer titulada «El individuo contra el Estado» un capítulo titulado *Pecados de los legisladores* que trata extensamente esta cuestión.

Lo mismo que no puede haber un buen rey ni en Rienza ni en Alejandro III, lo mismo es imposible que haya un buen parlamento. El porvenir socialista no está en ese camino; su dirección será abrir á la humanidad nuevas vías, lo mismo en el orden político que en el económico.

IV

Ojeando la historia del régimen representativo, su origen y la forma como la institución ha degenerado á medida que se desarrollaba el Estado, nos convenceremos de que su misión está terminada, y que debe por consecuencia ceder su puesto á otra forma de organización política.

No nos remontamos á muy lejanas épocas; partamos del siglo XII y de la independencia de los municipios.

En el seno de la sociedad feudal se producía un gran movimiento libertario. Las poblaciones se emancipaban del señor; sus habitantes pisaban la defensa mutua; se constituían independientes detrás de las murallas y protegidos por estas; se organizaban para la producción y el cambio, para la industria y el comercio; fundaron las ciudades que durante tres ó cuatro siglos sirvieron de refugio al trabajo libre, á las artes, á las ciencias, á las ideas, y sirvieron de base á esta civilización que hoy glorificamos.

Lejos de ser de origen puramente romana, como lo han pretendido Raynouard y Lebas en Francia, seguidos por Guizot, y en parte por Agustín Thierry, Eichhorn, Gaupp y Savigny en Alemania; igualmente lejos de ser de origen germánico como lo afirma la brillante escuela

de los «Germanistas», la autonomía de los municipios fué producto natural de la Edad Media y de la importancia creciente de los arrabales de las ciudades como centros de comercio é industria. Por esta razón simultáneamente en Italia, en Flandes, en los países galos como en los germánicos, en el mundo escandinavo igual que en el slavo, en donde la influencia romana no podía existir y la germánica era casi nula, vemos afirmarse en la misma época, es decir, hacia los siglos once y doce, esas ciudades agitadas é independientes durante tres ó cuatro siglos que vinieron á ser más tarde los cimientos constitutivos de los estados modernos.

Las conjuraciones burguesas promovidas para defenderse y crearse en el interior una organización independiente del señor temporal, del eclesiástico lo mismo que del rey, hicieron florecer muy pronto, dentro del recinto de sus murallas, á las ciudades libres; y por más que éstas procuraban sustituir al señor en el dominio de las pequeñas poblaciones, el hábito de libertad propia lo llevaban á todas partes. «Nosotros somos hombres como ellos», cantaban los aldeanos, refiriéndose á los habitantes de las ciudades; esta expresión tan sensible nos demuestra el paso que los siervos habían dado para emanciparse de la esclavitud. Como «asilos abiertos para la vida del trabajo», las ciudades libres se organizaban en el interior como ligas de corporaciones independientes. Cada corporación tenía su jurisdicción, su administración, su milicia y en sus asuntos propios cada una se los arreglaba como mejor le entendió, no sólo en lo referente al comercio, sino en todo lo concerniente á las distintas ramas de su actividad y en todo cuanto el Estado se atribuyó más tarde: instrucción, medidas sanitarias, infracción de las costumbres, cuestiones penales y civiles, defensa militar, etcétera, etc. Organismos políticos al mismo tiempo que indus-

triales y comerciantes, las corporaciones todas se unían por el *forum*; el pueblo se reunía convocado por las campanas de la torre ó el vigía de la atalaya en los momentos solemnes, ya para jurar los litigios entre las corporaciones, para decidir las cuestiones concernientes á toda la ciudad, ó bien para ponerse de acuerdo sobre las grandes empresas comunales que necesitaban, por su trascendencia, el concurso de todos los habitantes.

En los municipios, sobre todo al principio de esta época, no se encuentra ni rastro siquiera de gobierno representativo. La calle, la sección, toda la corporación ó la ciudad en masa, tomaban las decisiones, no por la fuerza de la mayoría, sino discutiendo hasta que los partidarios de una de las dos opiniones terminaban aceptando de grado, aunque solo fuera como ensayo, la opinión más sólida y defendida por los más y los mejores. ¿Llegaban cordialmente á un acuerdo? La contestación la encontramos en sus obras, que no podemos menos que admirar. Todo cuanto ha llegado de hermoso hasta nosotros del final de Edad Media, es obra de esas ciudades. Las catedrales, esos monumentos gigantescos de piedra labrada, nos cuentan la historia y las aspiraciones de esas comunidades civiles; son obra de esas corporaciones trabajadoras, inspiradas por la piedad, el amor al arte y á su ciudad.

A las ciudades libres debemos el renacimiento de las artes; á esas agrupaciones de comerciantes que equipaban caravanas y flotas, debemos el desarrollo del comercio que produjo las relaciones asiáticas y los descubrimientos marítimos, y á las corporaciones industriales de aquella época, neciamente difamadas por la ignorancia y el egoísmo, corresponde la creación de casi todas las artes industriales de las que hoy beneficiamos.

La ciudad libre de la edad media, debía sin embargo perecer. La atacaban dos enemigos á un mismo tiempo: el de dentro y el de fuera.

El comercio, las guerras, la dominación egoísta de los campos, trabajaban para fomentar la ilegalidad en el seno de las ciudades autónomas, desposeyendo á unos, enriqueciendo á otros. Durante algún tiempo, la corporación impidió el desarrollo del proletariado en el seno de la ciudad, pero al fin sucumbió en lucha desigual. El comercio sostenido por el pillaje y las guerras continuas cuya historia llenan la época, empobreció á unos, enriqueció á otros; la burguesía naciente trabajó para fomentar la discordia, para exagerar las desigualdades de la fortuna. La ciudad se dividió en ricos y pobres, en «blancos» y «negros»; la lucha de clases hizo su aparición y con ella el Estado en la comunidad. A medida que los pobres aumentaban, esclavizados más cada día á los ricos por la usura, la representación municipal, el gobierno procurador, es decir el gobierno de los ricos, echaba sus raíces en la ciudad y ésta se constituía en Estado representativo, con caja municipal, milicia reclutada á sueldo, servicios públicos, funcionarios. El Estado era la ciudad misma, pero aunque Estado en pequeño ¿no era un principio para llegar bien pronto al Estado grande, constituido bajo los auspicios del rey? Minada en el interior no tardó en ser absorbida por el enemigo exterior: el rey.



Mientras que las ciudades libres florecían, el Estado centralizador se constituía ya á sus puertas; este nació lejos del ruido de los *forums*, lejos del espíritu municipal que inspiraba las ciudades independientes. En una ciudad como las modernas, reunión de muchos pequeños pobla-

dos, fué donde el Estado y la realeza se consolidaron. ¿Qué había sido el rey hasta entonces? Un jefe de grupo con las demás, y cuyos poderes apenas alcanzaban á toda la bauta de bandidos sobre los cuales pesaba un tributo: la compra de la paz. ¿Mientras este jefe estuvo encerrado dentro de una ciudad celosa de sus libertades comunales, qué poder era el suyo? Cuando de simple defensor de las murallas intentaba convertirse en amo de la ciudad el *forum* le expulsaba. Se refugiaba en las nacientes aglomeraciones, en una ciudad nueva. Allí, poderoso por la riqueza del trabajo de los siervos, no encontraba obstáculos en la plebe turbulenta y comenzó con el dinero, el fraude, la intriga y las armas, el lento trabajo de aglomeración, de centralización que las guerras de época y las continuas invasiones favorecían con exceso, llegando á imponerse simultáneamente á todas las naciones de Europa.

Las ciudades autónomas, ya en decadencia, convertidas en Estados en el recinto de sus murallas, le servían de modelo y excitaban su codicia al mismo tiempo. Su ambición era englobarlas poco á poco, apropiándose sus mejores organismos, para hacerlos servir al desarrollo del poder real. Y esto hicieron los reyes, lenta y solapadamente en un principio, y con creciente brutalidad á medida que sus fuerzas aumentaron.

El derecho escrito nació, ó mejor dicho, fué cultivado y consignado en los fueros de las ciudades libres. Este sirvió de base al Estado. Más tarde el derecho romano vino á darle su sanción de paso que la daba á la autoridad real. La teoría del poder imperial desenterrado del glosario romano, se propagó en beneficio del rey. Por su parte, la Iglesia se dió prisa en protegerla con su bendición, y luego de haber fracasado su tentativa de constituir el Imperio Universal, se alió con el rey, por cuya

intermediación esperaba ser un día reina de la tierra.



Durante cinco siglos el rey trabaja lentamente para aglomerarlo y centralizarlo todo alrededor de su autoridad, primero amotinando á los siervos contra los señores, y luego aplastando á los siervos en unión de los señores, convertidos en sus más fieles aliados. Una vez consolidado su poder empieza por halagar á las ciudades, induciéndolas al comunismo y á la autonomía antigua, pero preparando al mismo tiempo luchas intestinas que le dieran motivo para penetrar por sus puertas, apoderarse de sus cajas y llenar sus murallas de mercenarios. No obstante, para mejor someter á las ciudades, proceden los reyes con cierta cautela: les reconocen privilegios y algunas libertades que no tienen ya el carácter de cosa propia, sino el de favor, el de merced concedida para esclavizarlas por todos lados.

El rey, como jefe de soldados que sólo le obedecían mientras procuraba botín, estuvo siempre rodeado de un Consejo de sus subjeses. En los siglos catorce y quince fué este Consejo de Nobleza y más tarde el Consejo del Clero vino á añadirse á éste. Cuando su dominio sobre las ciudades fué completo, entonces el rey convocó á su corte, y, en las épocas de crisis, sobre todo, llamaba á los representantes de sus «queridas ciudades» para pedirles subsidios.

Así nacieron los parlamentos; pero este poder representativo, como la realeza misma, tenía un poder limitado. Lo que se les pedía era sencillamente un socorro pecuniario para sufragar los gastos de tal guerra y, una vez votado este socorro por los delegados, era preciso aun que la ciudad lo ratificara. En cuanto á la adminis-

tración interior de los municipios, los reyes no intervenían para nada en ella. «Esta ciudad está dispuesta á concederos tal subsidio.» «Tal otra admite la guarnición que queréis mandarle para convertirla en plaza fuerte»; he ahí el mandato concreto y lacónico de un representante en aquella época. ¡Qué diferencia con el mandato ilimitado que damos hoy á nuestros diputados!



El pecado estaba hecho. Alimentado por la lucha entre pobres y ricos, el poder real se constituyó lajo el pomposo sofisma de la defensa nacional. Cuando las ciudades se apercibieron del despilfarro de riquezas los delegados quisieron llamar al orden á la corte real. Esto necesitaba un administrador de la caja nacional, y en Inglaterra, apoyados por la aristocracia, los delegados consiguen imponerse como administradores. En Francia, después de la derrota de Poitiers, estuvieron á punto de restablecerse los mismos derechos; pero París, sublevado por Etienne Marcel, es reducido al silencio, al mismo tiempo que la *Jacquería*, y entonces el rey sale á la lucha con nuevas fuerzas.

Desde entonces todo contribuyó á afirmar el poder real, á centralizar los poderes en la mano del rey.

Los socorros se transforman en impuestos y la burguesía pone al servicio del rey su espíritu de orden y de administración. La decadencia de las ciudades independientes es ya total, y unas tras de otras sucumben ante el rey; la debilidad de los campesinos les reduce más cada día á la servidumbre económica ya que no á la personal; las teorías del derecho romano exhumadas por los juristas, las guerras continuas, causa permanente de la autoridad, favorecen la consolidación del poder real. Como

heredero de la organización comunal, se ampara de ella para ingerirse más y más en la vida de sus sujetos; así se explica que Luis XIV pudiera gritar «el Estado soy yo.»

Entonces se inició la decadencia y envilecimiento de la autoridad real, caída entre las manos de los cortesanos. Luis XVI intenta levantarla poniendo en práctica las medidas liberales del principio del régimen, pero todo fué inútil y sucumbió bajo el peso de sus maldades.

*
*
*

¿Qué hizo la gran revolución luego de haber destruido la autoridad real?

Esta revolución fué posible por la desorganización del poder central, reducido durante cuatro años á impotencia absoluta; al papel de simple reconocedor de los hechos consumados, y además la acción espontánea de las aldeas y ciudades arrancando al poder todas sus atribuciones, negándole el impuesto y la obediencia.

Pero la burguesía que ocupaba una situación análoga á la de la aristocracia ¿podía acomodarse á este estado de cosas? Comprendía que el pueblo, después de haber abolido los privilegios del señor, atacaría á los de la burguesía urbana y territorial, é hizo cuanto pudo para contenerlo. Para ello se convirtió en apóstol del gobierno representativo, y trabajó durante cuatro años con toda la fuerza de acción y organización que le es reconocida, hasta inculcar en el pueblo la nueva idea. Su teoría era la misma de Etienne Marcel; un rey que en teoría pareciera invetsido del poder absoluto, y en realidad su autoridad quedara reducida á cero por un parlamento, compuesto como es natural por representantes de la burguesía. Ser omnipotente ésta por medio de su parlamento, y cubrir

su poderío con el manto de la realeza, era la única finalidad que perseguía. El pueblo le impuso la República; la aceptó bien contra su voluntad, y en cuanto le fué posible se deshizo de ella.

Atacar el poder central, despojarlo de sus atribuciones, descentralizarlo, fragmentarlo, hubiera sido igual que abandonar al pueblo sus asuntos y exponerse al peligro de una revolución verdaderamente popular. Por eso la burguesía refuerza más cada día el gobierno central y le concede poderes que el rey mismo no tuvo jamás, concentrando entre sus manos los infinitos problemas de un país, para ampararse luego de todo por la Asamblea Nacional.

Esta idea del jacobinismo es en el presente la aspiración de toda la burguesía europea, y el gobierno representativo es un arma.

¿Este ideal puede ser el nuestro? ¿Los trabajadores socialistas pueden pensar en rehacer la revolución burguesa en los mismos moldes? ¿Pueden querer reforzar á su vez al gobierno central, entregándole todos los asuntos del dominio económico y confiarle la dirección de todos sus negocios políticos, económicos y sociales al gobierno representativo? ¿Lo que fué un compromiso entre la burguesía y el rey puede convertirse en ideal del obrero socialista?

Creemos que no.

A una nueva fase económica corresponde una nueva fase política. Una revolución tan profunda como la enseñada por los socialistas no cabe en los viejos moldes del pasado. Una sociedad nueva basada en la igualdad de las condiciones sobre la posesión colectiva de los instrumen-

del trabajo, no podría acomodarse ni siquiera por veinticuatro horas el régimen representativo, aún introduciendo en éste todas las modificaciones con que se quiere galvanizar un cadáver,

Este régimen ha cumplido su misión. Su desaparición es tan inevitable en nuestros días como fué en otro tiempo su aparición. Corresponde al reinado de la burguesía. Por él impera la burguesía sobre el mundo desde hace más de un siglo, y su régimen desaparecerá con ella. En cuanto á nosotros, si queremos la Revolución social, debemos buscar la forma de organización política que corresponda á la nueva organización económica.

Esta forma está ya trazada anticipadamente de la formación del simple al compuesto, grupos formados libremente para la satisfacción de las múltiples necesidades de los individuos en la sociedad.

Las sociedades modernas van ya por ese camino. Por todas partes las libres agrupaciones, las federaciones libres, sustituyen á la obediencia pasiva. Las libres agrupaciones se cuentan ya por millones, y nuevos grupos surgen cada día; se entienden entre ellos y alcanzan á casi todas las ramas de la actividad humana; ciencias, artes, industrias, comercio, nada se escapa á su acción y pronto todas las atribuciones conferidas al rey ó al parlamento quedarán bajo su dominio.

El porvenir es de los grupos libres y no del gobierno centralizado; corresponde á la libertad y no á la autoridada.

Pero antes que detallar la organización que surgirá de la libre agrupación, debemos atacar muchos prejuicios políticos de que estamos imbuidos, y esto es lo que haremos en el próximo capítulo.

LA LEY Y LA AUTORIDAD

I

«Cuando la ignorancia está en el seno de las sociedades y el desorden en los espíritus, las leyes llegan á ser numerosas. Los hombres lo esperan todo de la legislación, y cada ley nueva ha sido un nuevo engaño; *piden sin cesar á la ley lo que sólo puede venir de ellos mismos, de su educación, del estado de sus costumbres.*» — No creáis que es un revolucionario el que dice esto, ni siquiera un reformador; es un jurisperito, Dalloz, el autor de la colección de las leyes francesas, conocida con el nombre de *Repertorio de la Legislación*. Y, sin embargo, esas líneas, escritas por un confeccionador y admirador de leyes, representa perfectamente el estado anormal de nuestras sociedades.

Una ley nueva es considerada como un remedio á todos los males. En lugar de cambiar uno lo que considera malo, empieza por pedir una ley que lo cambie. El camino entre dos villas es impracticable: el campesino dice que él haría una ley sobre los caminos vecinales. Un

guarda de campo insulta á cualquiera, aprovechándose de la simpleza de los que le rodean con su respeto:— «Tendría que hacerse una ley, dice el insultado, que prescriba á los guardas de campo el ser un poco más corteses.» ¿Que el comercio y la agricultura no prosperan? —«Lo que nos hace falta es una ley protectora.» Así razona el industrial, el ganadero, el especulador en trigos, y no hay revendedor de arameles que no pida una ley para su pequeño comercio. El burgués baja los salarios ó aumenta la jornada de trabajo.—«Hace falta una ley que ponga orden á esto», —exclaman los diputados en ciernes, en lugar de decir á los obreros que hay otro medio, bastante más eficaz, «para poner orden á esto»: tomar al burgués todo lo que se ha apropiado de las distintas generaciones de obreros. En resumen, para todo una ley: una ley sobre los caminos, una ley sobre las modas, una ley sobre los perros rabiosos, una ley sobre la virtud, una ley para oponer un dique á todos los vicios, á todos los males, que no son más que el resultado de la indolencia y de la cobardía humanas.

Estamos talmente pervertidos por una educación que desde nuestra más tierna edad tiende á matar en nosotros el espíritu de rebelión y nos desenvuelve el de la sumisión á la autoridad; estamos talmente pervertidos por esa existencia bajo la férula de la ley que lo reglamenta todo: nuestro nacimiento, nuestra educación, nuestro desarrollo, nuestro amor, nuestras amistades, que si esto continúa, perderemos toda iniciativa, toda costumbre de razonar. Nuestras sociedades parece no comprenden que puedan vivir de otra manera que bajo el régimen de la ley, elaborada por un gobierno representativo y aplicada por un puñado de gobernantes; y tanto es así, que cuando llegan á emanciparse de ese yugo, su primer cuidado es el reconstituirlo inmediatamente. «El año 1.º de la

Libertad» no ha durado jamás más de un día, pues después de haberlo proclamado, al día siguiente vuelve otra vez á someterse al yugo de la ley, de la autoridad.



Hace millares de años que los gobernantes repiten en todos los tonos: respeto á la ley, obediencia á la autoridad. Los padres educan á sus hijos bajo ese sentimiento; la escuela se lo fortalece, inculcándoles falsa ciencia, haciendo de la ley un culto, uniendo el bien y la ley de sus superiores en una sola y misma divinidad. El héroe de la historia que ella ha fabricado es aquel que obedece á la ley, que la protege en contra de los rebeldes.

Más tarde, cuando el niño entra en la vida pública, la sociedad y la literatura, diciéndole lo mismo cada día, á cada instante, continúan inculcándole el mismo prejuicio. Aun las mismas ciencias físicas son puestas á contribución, é introduciendo en esas ciencias de observación un lenguaje falso, prestado por la teología y el autoritarismo, llegan hábilmente á enredar la inteligencia, para mantener siempre en nosotros el respeto á la ley. El periódico hace la misma tarea; no hay artículo en el que no prediquen la obediencia á la ley, al mismo tiempo que en la tercera página hacen notar cada día su imbecilidad y muestran como las rastrean por todos los fangos los mismos encargados de mantenerlas. El servilismo delante la ley se ha convertido en virtud, y dudamos que haya un solo revolucionario que no empezase en su juventud por ser defensor de la ley en contra de eso que generalmente se llama el *abuso*, consecuencia inevitable de la ley misma.

El arte hace coro con la *soi-dissant* ciencia. El héroe del escultor, del pintor y del músico cubre la ley con su escudo, y los ojos inflamados y bufando por la nariz, se

apresta á herir con su espada al osado que intente tocarla. Se le elevan templos, se le nombran grandes sacerdotes, á los cuales los revolucionarios titubean en tocar; y si la Revolución viene á barrer una institución antigua, es aun por una ley que ensaya consagrar su obra.

Este hacinamiento de reglas de conducta, que nos han legado la esclavitud, el servilismo, el feudalismo, la realeza, y que se llama Ley, ha reemplazado esos monstruos de piedra, delante de los cuales se han inmolato víctimas humanas, y que no osaba derribar el hombre, esclavizado, de miedo á que lo mataran los fuegos del cielo.



Ha sido despues del advenimiento de la burguesía.— despues de la gran revolución francesa—que se ha logrado establecer ese culto. Bajo el antiguo régimen se hablaba poco de leyes, si se exceptúa á Montesquieu, Rousseau y Voltaire, que lo hacían para oponerlas al capricho real; debíase obedecer á los gustos del rey y sus servidores, bajo pena de ser encarcelados ó colgados. Pero en el momento y despues de la revolución, los abogados llegados al poder, hicieron los posibles para afirmar ese principio, sobre el cual debían establecer su reinado. La burguesía lo aceptó sin titubear como su áncora de salvación, para oponer un dique al torrente popular. El sacerdocio se prestó á santificarlo para salvar su barca, que amenazaba zozobrar en las olas del torrente. El pueblo, por último, lo aceptó como un progreso sobre la arbitrariedad y violencia del pasado.

Es necesario trasportar la imaginación al siglo XVIII para comprenderlo; es necesario haber derramado la sangre del corazón para comprender, al saber las atrocidades que cometían en esa época los nobles con los hombres y

mujeres del pueblo, la influencia mágica que las palabras: «Legalidad delante la ley, obediencia á la ley, sin distinción de nacimiento ó de fortuna» habían de ejercer, hace ya un siglo, en el espíritu del pueblo. Este, que hasta aquel entonces había sido tratado más cruelmente de lo que era un animal, que jamás había obtenido justicia contra los actos más inicuos de los nobles, á menos de vengarse matándolo haciéndose luego colgar,—se vió reconocido por ese principio, á lo menos en teoría, en cuanto á sus derechos personales, el igual á su señor. Los que hicieron esa ley, prometieron igualmente atender al señor y al hombre del pueblo; proclamaron la igualdad delante del juez, del pobre y del rico. Esta promesa ha sido un engaño; nosotros lo sabemos hoy; pero en aquella época fué un progreso, un homenaje rendido á la justicia, como «la hipocresía es un homenaje rendido á la verdad». Fué porque los libertadores de la burguesía, los Robespierre y los Danton, se basaron en los escritos de los filósofos de la misma burguesía, los Rousseau y los Voltaire que proclamaron «el respeto á la ley igual para todos»—el pueblo, en el que el ardor revolucionario se agotaba ya delante de un enemigo cada día más solidamente organizado, aceptó el compromiso; dobló la cerviz bajo el yugo de la ley, para salvarse de la arbitrariedad del señor.

Despues la burguesía no ha cesado de explotar esa máxima que, con ese otro principio, el gobierno representativo, resume la filosofía del siglo de la burguesía, el siglo XIX. Los ha predicado en las escuelas, los ha propagado en sus escritos, ha creado ciencia y artes con ese objeto, los ha metido por todas partes, como la devota inglesa que mete bajo las puertas los libros religiosos. Y ella ha hecho que veamos hoy reproducirse hecho execrable: el mismo día del despertamiento del espíritu malcontento, los hombres, queriendo ser libres, comienzan por

pedir á sus amos que los protejan, modificando las leyes creadas por esos mismos amos.

Con todo, el tiempo y las ideas han cambiado después de un siglo. Encontramos por todas partes rebeldes que no quieren obedecer á la ley, sin saber de donde viene, cual es su utilidad, por qué imponen la obligación de obedecerla y respetarla. La revolución que se aproxima es una verdadera *revolución* y no un simple motín; por esto los rebeldes de nuestros días someten á la crítica todas las bases de la sociedad, venerada hasta el presente y, antes que todo, ese fetiche: la Ley.

Analizan su origen y encuentran, bien un dios,—producto de los terrores del salvaje,—estúpido, mezquino y malo como los sacerdotes que proclaman su origen sobrenatural, bien la sangre, la conquista por el hierro y el fuego. Estudian su carácter y encuentran por rasgo distintivo la inmovilidad, reemplazando el desenvolvimiento continuo de la humanidad, la tendencia á inmovilizar lo que debiera desenvolverse y modificarse cada día. Preguntan cómo la ley se mantiene, y ven las atrocidades del bizantinismo y las crueldades de la inquisición; las torturas de la Edad Media, la carne viva cortada en tiras por el látigo del verdugo, las cadenas, la maza, el hacha al servicio de la ley; los sombríos subterráneos de las prisiones, los sufrimientos, los sollozos y las maldiciones.

Hoy mismo, siempre el hacha, la cuerda, el fusil y las prisiones; de una parte el embrutecimiento del prisionero, reducido al estado de bestia enjaulada, el envilecimiento de su sér moral; y, de otra parte, el juez despojado de todos los sentimientos que forman la parte más noble de la naturaleza humana, viviendo como un visionario en un mundo de ficciones jurídicas, aplicando con voluptuosidad la guillotina, sangrienta ó seca, sin que este loco, fria-

mente malvado, dude siquiera un momento del abismo de degradación en el cual ha caído *vis á vis* de los que condena.

Vemos una raza, confeccionadora de leyes, legislando sin saber sobre qué legisla, votando hoy una ley sobre el saneamiento de las poblaciones, sin tener la más pequeña noción de higiene, mañana reglamentando el armamento del ejército, sin conocer un fusil; haciendo leyes sobre la enseñanza y la educación, sin haber dado jamás una enseñanza ó educación honrada á sus hijos; legislando sin tón ni són; pero no olvidando jamás la multa que daña á los miserables, la cárcel y la galera que perjudicarán á hombres mil veces menos inmorales de lo que lo son ellos mismos, los legisladores. Vemos, en fin, al carcelero cabe la pérdida del sentimiento humano; al policía convertido en perro de presa; el espía, menospreciándose á sí mismo; la delación transformada en virtud, la corrupción erigida en sistema; todos los vicios, todo lo malo de la naturaleza humana favorecido, cultivado para el triunfo de la ley.

Y como nosotros vemos todo esto, es por ello que en vez de repetir tontamente la vieja fórmula «¡respeto á la ley!» gritamos ¡despreciad á la ley y á sus atributos! Esta frase ruin «¡Obedeced á la ley!» la reemplazamos por «¡Rebeláos contra todas las leyes!»

Comparad solamente las maldades realizadas en nombre de cada ley, con lo que ella ha podido producir de bueno; pesad el bien y el mal y veréis si tenemos razón.

II

La ley es un producto relativamente moderno, pues la

humanidad ha vivido siglos y siglos sin tener ley alguna escrita, ni siquiera grabada en símbolos sobre piedra á la entrada de los templos. En esa época las relaciones de los hombres eran reglamentadas por las simples costumbres, por los usos habituales, que la constante repetición hace venerables y que cada uno adquiere desde su infancia, como aprende el procurarse el alimento por la caza y el hacer uso de los animales para la agricultura.

Todas las sociedades humanas han pasado por esa fase primitiva, y en el presente aun una gran parte de la humanidad no conoce leyes escritas. Los pueblos primitivos tienen usos, costumbres, un «derecho rutinario», como dicen los juristas, tienen hábitos sociales, y esto basta para mantener las buenas relaciones entre los habitantes de la villa, de la tribu, de la comunidad. Entre nosotros mismos, hombres civilizados, cuando salimos de las grandes ciudades y nos dirigimos al campo, vemos aún que las relaciones mutuales entre los habitantes son arregladas, no según la ley escrita de los legisladores, sino según las antiguas costumbres, generalmente aceptadas. Los campesinos de Rusia, Italia, España y los de una buena parte de Francia é Inglaterra, no tienen idea alguna de la ley escrita; esta viene á inmiscuirse en su vida solamente para arreglar sus relaciones con el Estado; en cuanto á las relaciones entre ellos, algunas veces muy complicadas, las arreglan simplemente según las viejas costumbres.

Antes era esta la regla que seguía toda la humanidad.



Cuando se analizan las costumbres de los pueblos primitivos, se ven bien marcadas dos corrientes distintas.

Mientras el hombre no vive solitario, se elaboran en

él usos y costumbres útiles á la conservación de la sociedad y á la propagación de la raza. Sin los sentimientos de ensociabilidad, sin las prácticas de la solidaridad, la vida común hubiera sido absolutamente imposible. Y estos sentimientos y prácticas no es la ley la que los ha establecido; son anteriores á todas las leyes. Ni es la religión que los ha prescrito; son anteriores á toda religión; se encuentran entre todos los animales que viven en sociedad; se desenvuelven por la fuerza misma de las cosas; como las acciones que el hombre llama instintivas en los animales; provienen de una evolución útil, necesaria para mantener la sociedad en la lucha que por la existencia debe sostener. Los salvajes acaban por no comerse unos á otros, porque encuentran que es mucho más ventajoso entregarse á otra clase de cultura, en vez de procurarse una vez al año el placer de nutrirse con la carne de un viejo pariente. En el seno de las tribus absolutamente independientes, que no conocen ni leyes, ni jefes, cuyas costumbres nos han descrito muchos viajeros, los miembros de una misma tribu dejan de darse enchilladas á cada disputa, porque la costumbre de vivir en sociedad ha acabado por desenvolver en ellos cierto sentimiento de fraternidad y de solidaridad; prefieren dirigirse á un tercero para ventilar sus cuestiones.

La hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto á la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, la compasión para con los débiles, la bravura, hasta el sacrificio de sí mismo en interés de otro, practicado al principio con los niños y los amigos, y extendido, mas tarde, á los miembros de la sociedad. Todas esas cualidades se desenvuelven en el hombre anteriormente á las leyes, independientemente de la religión, como en todos los animales sociables. Esos sentimientos y esas prácticas son el resultado inevitable de la vida en sociedad. Sin ser inherentes

al hombre (como dicen los sacerdotes y los metafísicos), esas cualidades son la consecuencia de la vida en común.



Mas, al lado de esas costumbres, necesarias para la vida de las sociedades y la conservación de la raza, se producen, en las asociaciones humanas, otros deseos, otras pasiones, y, por tanto, otros usos, otras costumbres. El deseo de dominar á los otros y de imponerles su voluntad; el deseo de apoderarse de los productos del trabajo de una tribu vecina; el deseo de subyugar á otros hombres para rodearse de comodidades sin producir nada, en tanto que los esclavos producen lo necesario para que sus amos se procuren todos los placeres y todas las voluptuosidades; esos deseos personales, egoistas, producen otra corriente de usos y costumbres. De una parte, el sacerdote, ese charlatán que explota la superstición y que después de haberse libertado él del miedo al diablo, lo propaga á los demás; de otra parte, el guerrero, ese fanfarrón que impele á la invasión y al pillaje del vecino, para luego volver cargado de botín y seguido de esclavos; los dos, mano con mano, llegaron á imponer á las sociedades primitivas costumbres ventajosas para ellos, que han tendido á perpetuar su dominación sobre las masas. Aprovechándose de la indolencia, del miedo, de la inercia de las masas, y gracias á la repetición constante de los mismos actos, lograron establecer permanentemente las costumbres que han llegado á ser el sólido punto de apoyo de su dominación.

Por esto explotan desde luego el espíritu de rutina que se ha desenvuelto en el hombre, que adquiere un grado sorprendente en los niños, en los pueblos salvajes y que se destaca sobre todo en los animales. El hombre, so-

bre todo cuando es supersticioso, tiene siempre miedo de cambiar cualquiera de las cosas que existen; generalmente venera lo que es antiguo.—«Nuestros padres lo han hecho así, han vivido bien que mal, nos han criado, y no han sido desgraciados; haced lo mismo,»—dicen los viejos á los jóvenes, cuando éstos quieren cambiar alguna cosa. Lo desconocido les espanta; prefieren estar pegados al pasado, aun cuando este pasado represente la miseria, la opresión, la esclavitud. Podemos así mismo decir que, cuanto más infeliz es el hombre, más teme cambiar de estado, por miedo á ser aún más infeliz. Hace falta que un rayo de esperanza y un poco de bienestar penetren en su triste choza, para que empiece á querer estar mejor, á criticar su antiguo modo de vivir, y esté pronto á arriesgarse para conseguir un cambio. Mientras no le ha penetrado esta esperanza, mientras no se emancipa de la tutela de los que utilizan sus supersticiones y temores, prefiere quedar en la misma situación. Si los jóvenes quieren cambiar alguna cosa, los viejos dan el grito de alarma contra los innovadores. El salvaje se hará matar antes que infringir una costumbre de su país, pues desde su infancia le han dicho que la menor infracción á las costumbres establecidas le traerá la desgracia, causará la ruina de toda la tribu. Y aun hoy día ¡cuántos políticos, economistas y *soidisant* revolucionarios están bajo la misma impresión, pegados á un pasado que se va! ¡Cuántos no tienen otro cuidado que buscar los precedentes! ¡Cuántos famosos innovadores, copistas de las revoluciones anteriores!

Este espíritu de rutina que tiene su origen en las supersticiones, en la indolencia y en la cobardía, ha sido en todos los tiempos la fuerza de los opresores; en las primitivas sociedades humanas, fué hábilmente explotado por los sacerdotes y los jefes militares, perpetuando las

costumbres ventajosas para ellos solamente, que lograron imponer á las tribus.



Mientras que ese espíritu de conservación, hábilmente explotado, es suficiente para asegurar á los jefes la usurpación de la libertad de los individuos; mientras que las solas desigualdades entre los hombres fueron las desigualdades naturales, y éstas no se habían aun decuplicado ó centuplicado por la concentración del poder y de las riquezas, no hubo aun necesidad alguna de la ley y del aparato formidable de los tribunales y de las penas, siempre crecientes, para imponerlas.

Pero desde que la sociedad empezó á dividirse más y más en dos clases hostiles, la una que busca establecer su dominación y la otra que se esfuerza de sustraerse á ella, la lucha se empeñó. El vencedor se afana por inmovilizar el hecho consumado, procurando hacerlo indiscutible, á transformarlo en institución santa y venerable para que los vencidos lo respeten.

La ley hace su aparición sancionada por el sacerdote y teniendo á su servicio la maza del guerrero. Su tendencia es inmovilizar las costumbres ventajosas á los dominadores, y la autoridad militar se encarga de asegurarle la obediencia. El guerrero encuentra al mismo tiempo en esa nueva función, un nuevo instrumento para asegurar su poder; ya no es el que tiene á su servicio una simple fuerza brutal: es el defensor de la ley.

Pero la ley no es sólo una aglomeración de prescripciones ventajosas á los dominadores, que obligan aceptar y por las cuales se hacen obedecer. El legislador confunde en un sólo y mismo código las dos corrientes de costumbres de que venimos hablando: las máximas que represen-

tan los principios de moralidad y de solidaridad, elaboradas por la vida en común, y los órdenes que jamás deben consagrar la desigualdad. Las costumbres que son absolutamente necesarias á la existencia misma de la sociedad, están hábilmente mezcladas en el código con las prácticas impuestas por los dominadores, pretendiendo el mismo respeto del pueblo.—«¡No mates!» dice el Código, y «Paga el diezmo al sacerdote», se apresura añadir.—«¡No robes!» dice el Código, y luego después: «Al que no pagará el impuesto se le cortará un brazo.»

Tal es la ley, y ese doble carácter lo ha conservado hasta hoy. Su origen es el deseo de inmovilizar las costumbres que los dominadores han impuesto para su beneficio. Su carácter es la mezcla hábil de las costumbres útiles á la sociedad,—costumbres que no tienen necesidad de leyes para ser respetadas,—con esas otras costumbres que sólo son beneficiosas para los dominadores, que son dañinas á las masas y que se mantienen por el temor á los suplicios.

A excepción del capital individual, nacido del fraude y de la violencia y desenvuelto bajo los auspicios de la autoridad, la ley no tiene título alguno para merecer el respeto de los hombres. Nacida de la violencia y de la superstición, establecida á beneficio del sacerdote, del conquistador y del rico explotador, deberá ser abolida por entero el día que el pueblo quiera destrozarse sus cadenas.

Nos convenceremos mejor de esto cuando analicemos en un capítulo siguiente el desenvolvimiento ulterior de la ley bajo los auspicios de la religión, de la autoridad y del régimen parlamentario actual.

III

Hemos demostrado en el capítulo precedente como la ley ha nacido de las costumbres y usos establecidos y como representa desde su comienzo una mezcla hábil de costumbres sociales, necesarias á la preservación de la raza humana, con otras costumbres, impuestas por esos que se aprovechan de las supersticiones populares, por considerar como bueno el derecho del más fuerte. Ese doble carácter de la ley determina su desenvolvimiento ulterior en los pueblos cada vez más cultos. Pero, en tanto que el núcleo de las costumbres sociales inscritas en la ley no sufren sino una modificación muy débil y muy lenta en el transcurso de los siglos, la otra parte de las leyes se desenvuelve siempre en beneficio de las clases dominantes y en detrimento de las clases oprimidas. Apenas si de tiempo en tiempo las clases dominantes se dejan arrancar una ley cualquiera que represente, ó parezca representar, una cierta garantía para los desheredados. Pero entonces esa ley no hace más que revocar una ley anterior, hecha en beneficio de las clases dominadoras.—«Las mejores leyes, dice Buckle, fueron las que revocaron leyes precedentes.—Pero ¡qué terribles esfuerzos no se han gastado, qué ríos de sangre no ha sido necesario verter cada vez que se ha procedido á revocar una de esas instituciones que servían para tener el pueblo en esclavitud! Para abolir los últimos vestigios de la servidumbre y de los derechos feudales, y para quebrantar la pujanza de la camarilla real, ha sido necesario que la Francia pasara por cuatro años de revolución y veinte años de guerra. Para abolir la menor de las leyes inicuas que no

ha legado el pasado, son necesarias decenas de años de lucha, y la mayor parte de ellas no desaparecen sino en los períodos de lucha.



Los socialistas han hecho ya muchas veces la historia del génesis del capital. Han explicado como ha nacido de las guerras y del botín, de la esclavitud y de la servidumbre; del fraude y de la explotación moderna. Han demostrado como se nutre de la sangre del trabajador y como poco á poco ha conquistado el mundo entero. Han hecho también la misma historia concerniente al génesis y al desenvolvimiento de la ley; y el espíritu popular, tomando, como siempre, la delantera á los hombres de estudio, ha hecho ya la filosofía de esa historia y han plantado los jalones esenciales.

Hecha para garantir los frutos del pillaje, de la servidumbre y de la explotación, la ley ha seguido las mismas fases de desenvolvimiento del capital; hermano y hermana gemelos han marchado mano con mano, nutriéndose uno y otro de los sufrimientos y de las miserias de la humanidad. Su historia es casi la misma en todos los países de Europa. Sólo difiere en los detalles, el fondo es el mismo; y, echar una mirada sobre el desenvolvimiento de la ley en Francia, ó en Alemania, es conocer, en sus rasgos generales, las fases esenciales de su desenvolvimiento en la mayor parte de las naciones europeas.

En sus orígenes, la ley ha sido el pacto ó contrato nacional. En el Campo de Marte, las legiones y el pueblo convenían el contrato; el Campo de Mayo de las primitivas Comunas de la Suiza, es aún un recuerdo de esa época, á pesar de toda la alteración que ha sufrido por la inmixción de la civilización burguesa y centralizadora.

Cierto que ese contrato no fué siempre libremente consentido; el fuerte y el rico imponían ya su voluntad en esa época; pero al menos hallaban un obstáculo, á sus tentativas de invasión, en la masa popular, que frecuentemente hacía también sentir su fuerza.

Pero, á medida que la iglesia por una parte y el señor por otra, lograron subyugar al pueblo, el derecho de legislar escapó de las manos de la nación para pasar á las de los privilegiados. La iglesia extendió su poder; sostenida por las riquezas que se acumulaban en sus arcas, se ha metido cada vez más en la vida privada, y bajo el pretexto de salvar las almas, se ha apoderado del trabajo de sus siervos; ha sacado impuestos de todas las clases, extendido su jurisdicción; ha multiplicado los delitos y las penas y se ha enriquecido en proporción á los delitos cometidos, pues que en sus arcas de hierro se acumula el producto de las penas. Las leyes no tienen más analogía con los intereses nacionales: «se las creó más bien emanadas de un Concilio de fanáticos religiosos, que de legisladores», observa un historiador de derecho francés.

Al mismo tiempo, á medida que el señor, por un lado, extendía su poder sobre los cultivadores de los campos y los artesanos de las villas, llegaba á ser también juez y legislador. En el décimo siglo, si existían monumentos de derecho público, esos no eran más que pactos que regulaban las obligaciones, las jornadas de trabajo y los tributos de los siervos y de los vasallos del señor. Los legisladores en esa época eran un puñado de bandidos, que se multiplicaban y organizaban para el robo, que practicaban en contra de un pueblo que se volvía cada vez más pacífico á medida que se entregaba á la agricultura.

Explotaban en beneficio propio el sentimiento de justicia inherente á los pueblos; constituidos en justicieros, hicieron de la aplicación misma de los principios de justi-

cia, un manual de rentas, y dictaron las leyes que sirvieron para mantener su dominación.

Más tarde, esas leyes, copiadas y clasificadas por los legisladores, sirvieron de fundamento á nuestros códigos modernos. ¡Y hablarán aún de respetar los códigos, herencia del sacerdote y del noble!

••

La primera revolución, la revolución de las comunas, no logró abolir una parte de esas leyes, pues las cartas de las comunas libres no son, en su mayor parte, más que un compromiso entre la legislación señorial ó episcopal y las nuevas relaciones, creadas en el seno de la comuna libre.

Y sin embargo, ¡qué diferencia entre esas leyes y nuestras leyes actuales! La comuna no permitía encarcelar y guillotinar los ciudadanos por una razón de Estado: se limitaba á expulsar al que conspiraba con los enemigos de la comuna y arrasar su casa. En la mayor parte de los *soi-disant* «crímenes y delitos», se limitaba á imponer correcciones. Vemos así mismo en las comunas del siglo XII, ese principio justo, pero olvidando hoy, que era toda la comuna responsable de las malas acciones cometidas por cada uno de sus miembros. Las sociedades de entonces, considerando el crimen como un accidente ó como una desgracia (esta es aún la concepción de los campesinos rusos), y no admitiendo el principio de venganza personal, predicado por la Biblia, comprendían que la falta por cada mala acción recaía sobre la sociedad entera.

Fué necesaria toda la influencia de la Iglesia bizantina, que importó á Occidente la crueldad refinada de los despotas del Oriente, para introducir en las costumbres de los galos y de los germanos la pena de muerte y los su-

plicios horribles que se han infligido más tarde á los que se han considerado como criminales; fué necesaria toda la influencia del código civil romano,—producto de la corrupción de la Roma imperial,—para introducir esas nociones de propiedad territorial ilimitada, que vino á trastornar las costumbres comunalistas de los pueblos primitivos.

Sabemos que las comunas libres no pudieron mantenerse. Desgarradas por las guerras intestinas entre los ricos y los pobres, entre los burgueses y los siervos, fueron fácilmente la víctima de la realeza. Y á medida que la realeza adquiría una nueva fuerza, el derecho de legislación pasaba cada vez más á las manos de una pandilla de cortesanos. La apelación á la nación se hacía solamente para sancionar los impuestos pedidos por el rey. Los parlamentos llamados en dos siglos de intervalo, según el buen humor y los caprichos de la Corte; los «Consejos extraordinarios», las «sesiones de notables» donde los ministros apenas escuchan las «dolencias» de los súbditos del rey: he aquí los legisladores. Y más tarde aun, cuando todos los poderes fueron concentrados en una sola persona que decía: «el Estado soy yo», era en «lo reservado de los Consejos del príncipe», según la fantasía de un ministro ó de un rey imbécil, que se fabricaban los edictos, á los cuales los súbditos eran obligados á obedecer bajo la pena de muerte. Todas las garantías judiciales eran abolidas; la nación era el siervo del poder real y de un puñado de cortesanos; las penas más terribles: rueda, hoguera, despellejamientos, torturas de todo género,—producto de la fantasía enferma de religiosos y locos violentos que buscan sus delicias en los sufrimientos de los suplicios,—he aquí lo que hizo aparición en aquella época.

—Era la Gran Revoucción que le estaba reservado empezar la demolición de ese andamaje de leyes que nos legaron el feudalismo y la realeza. Pero después de haber demolido algunas partes del viejo edificio, la revolución repuso el poder de dictar leyes en manos de la burguesía, la cual empezó á elevar á su alrededor un nuevo andamaje de leyes destinadas á mantener y á perpetuar su dominación sobre las masas. En sus Parlamentos ha dictado leyes, á ciegas, y las montañas de leyes se han acumulado con una rapidez espantosa.

¿Mas qué son en el fondo todas esas leyes?

En su mayor parte sólo tienen un objeto, el de proteger la libertad individual, es decir, las riquezas adquiridas por medio de la explotación del hombre por el hombre; de abrir de nuevo campos de explotación al capital; de sancionar las nuevas fórmulas que la explotación reviste sin cesar á medida que el capital acapara nuevas ramas de la vida humana: caminos de hierro, telégrafos, luz eléctrica; industria química, expresión del pensamiento humano por la literatura y la ciencia, etc., etc. El resto de las leyes, en el fondo, tienen siempre el mismo objeto, es decir, la conservación de la máquina gubernamental, que tiende á garantizar al capital la explotación y el acaparamiento de las riquezas producidas. Magistratura, policía, ejército, instrucción pública, crédito público; todo sirve al mismo dios: el capital.

Todo esto sólo tiene un objeto, el de facilitar la explotación del trabajador por el capitalista. Analizad todas las leyes hechas desde ochenta años á esta parte, y no encontraréis otra cosa. La protección á las personas, que han querido representar como la verdadera misión de la ley, no ocupa sino un lugar casi imperceptible; pues, en nuestras sociedades actuales, los ataques contra las personas dictados directamente por el odio y la brutalidad, tienden

á desaparecer. Si hoy un hombre mata á otro, es para robarle y raramente por venganza personal. Y si este género de crímenes y delitos va cada día disminuyendo, no es ciertamente á la legislación que lo debemos, sino al desenvolvimiento humanitario de nuestras sociedades, á nuestras costumbres cada vez más sociables, y no á las prescripciones de nuestras leyes. Que se revoken mañana todas las leyes concernientes á la protección de las personas, que cese mañana la persecución por atentados contra las personas, y el número de atentados dictados por la venganza personal ó por la brutalidad, no aumentará ni en uno solo.



Se nos objetará, seguramente, que se han hecho desde hace cincuenta años un buen número de leyes liberales. Pero analícense esas leyes y se verá que todas ellas sólo son la revocación de leyes que nos fueron legadas por la barbarie de los siglos precedentes. Todas las leyes liberales, todo el programa radical se resume en estas palabras: abolición de leyes que han llegado á ser embarazosas para la misma burguesía, y retornar á las libertades de las comunas del siglo XII, extendiéndolas á todos los ciudadanos. La abolición de la pena de muerte, el jurado para todos los «crímenes» (el jurado, más liberal que hoy, existía en el siglo XII), la magistratura elegida, el derecho de poder acusar á los funcionarios, la abolición de los ejércitos permanentes, la libertad de enseñanza, etc., etc., todo esto que nos dicen ser una invención del liberalismo moderno, solo es un retorno á las libertades que existían antes que la iglesia y el rey hubieran extendido su mano sobre todas las manifestaciones de la vida humana.

La protección de la explotación, directa por las leyes sobre la propiedad é indirectamente por la subsistencia del Estado, —he aquí la esencia y la materia de los códigos modernos y la preocupación de nuestras costosas máquinas de legislación.

Es tiempo ya de no pagarnos más de frases y darnos cuenta de lo que en realidad significan. La ley que se presenta al principio como una compilación de costumbres útiles á la preservación de la sociedad, no es más, hoy día, que un instrumento para el mantenimiento de la explotación y dominación de los ricos ociosos sobre las masas laboriosas.

Su misión civilizadora es nula hoy día; su única misión es mantener la explotación.

He ahí lo que nos dice la historia del desenvolvimiento de la ley. ¿Es á ese título que somos llamados á respetarla? Ciertamente no. No más que el capital, producto del bandidaje, merece su respeto, no el nuestro. Y el primer deber de los revolucionarios del siglo XIX será hacer un auto de fe de todas las leyes existentes, como lo harán con los títulos de propiedad.

Si examinamos los millones de leyes que rigen á la humanidad, nos apercibimos fácilmente que pueden subdivirse en tres grandes categorías: protección á la propiedad, protección á las personas, protección al gobierno. Y, analizando estas tres categorías, llegamos, con respeto á cada una, á esta conclusión lógica y necesaria: *inutilidad y dañabilidad*.

La protección á la propiedad, los socialistas saben lo que es. Las leyes sobre la propiedad no son hechas para garantizar al individuo ó á la sociedad la posesión de los productos de su trabajo. Se han hecho, por el contrario, para arrebatár al productor una parte de lo que produce y para asegurar á algunos la parte de los productos que

han arrebatado, ya á los productores ya á la sociedad entera.

Cuando la ley establece los derechos de un fulano sobre una casa, por ejemplo, establece su derecho, no sobre una cabaña que ha identificado, él sólo ó con el concurso de algunos amigos; establece, por el contrario, sus derechos sobre una casa que *no ha* construido con su trabajo, sino que la ha hecho edificar por otros, á quienes no ha pagado todo el valor de su trabajo. Luego—porque esta casa representa un valor social que no produjo el propietario,—la ley establece los derechos de éste sobre una porción de lo que pertenece á todo el mundo y no á persona en particular. La misma casa, edificada en medio de la Siberia, no tendría el valor que tiene en una gran ciudad; y este valor proviene del trabajo de toda una cincuenta de generaciones que han levantado la ciudad, que la han embellecido, proveyéndola de agua y de gas, dotándola de buenas calles, de universidades, de teatros y de almacenes y de caminos de hierro, de carreteras. Reconociendo, pues, los derechos de un fulano de tal sobre una casa en París, en Londres, en Rouen, etc., la ley le apropia,—muy injustamente,—una cierta parte de los productos del trabajo de la humanidad entera. Y es precisamente porque esta apropiación es una injusticia manifiesta (todas las otras formas de la propiedad tienen el mismo carácter), que ha sido necesario todo un arsenal de leyes y todo un ejército de soldados, policías y jueces, para mantenerla contra el buen sentido, el sentimiento de justicia inherente á la humanidad.

La mitad de las leyes,—los códigos civiles de todos los países,—no tienen otro objeto que el de mantener esa apropiación, ese monopolio en provecho de algunos, contra la humanidad entera. Las tres cuartas partes de las causas juzgadas por los tribunales son querellas que sur-

gen entre monopolizadores: dos ladrones que se disputan el botín. Una buena parte de las leyes criminales sólo tienen por objetivo mantener al obrero subordinado al amo, á fin de asegurar su explotación.

En cuanto á garantizar al trabajador los productos de su trabajo, no hay leyes que de ello se encarguen. Es tan simple y tan natural, está tan dentro los usos y costumbres de la humanidad, que la ley no ha pensado en ello. El bandillaje descarado, con las armas en la mano, ya no es de nuestro siglo; un trabajador no va jamás á disputar á otro trabajador los productos de su trabajo; una mala inteligencia entre ellos, la ventilan dirigiéndose á un tercero, sin recurrir á la ley. Si alguno va á exigir á otro una cierta parte de lo que éste ha producido, no puede ser sino el propietario que viene á extraer su parte de león. En cuanto á la humanidad, en general, respeta siempre el derecho de cada uno sobre lo que ha producido, sin que haya necesidad para esto de leyes especiales.

Todas las leyes sobre la propiedad, que llenan los grandes volúmenes de los códigos y son la alegría de los abogados, cuyo objeto es tan solo el de proteger la apropiación injusta de los productos del trabajo de la humanidad por ciertos monopolizadores, no tienen ninguna razón de ser, y los socialistas revolucionarios están decididos á hacerlas desaparecer el día de la revolución.

Y podemos, en efecto, con plena justicia, hacer un auto de fe con *todas* las leyes que se relacionan con los llamados «derechos de propiedad», con todos los títulos de propiedad, con todos los archivos; en pocas palabras, con todo lo que forma esa institución, que será bien pronto considerada como un borrón humillante en la historia de la humanidad, como lo han sido la esclavitud y la servidumbre de los siglos pasados.

Lo que acabamos de decir concerniente á la propiedad, puede aplicarse por completo á esta segunda categoría de leyes: las que sirven para mantener el gobierno, ó sean las leyes constitucionales.

Es necesario todo un arsenal de leyes, decretos, ordenanzas, avisos, etc., etc., para proteger las diversas formas de gobierno representativo (por delegación ó por usurpación), bajo los cuales viven aún las sociedades humanas. Nosotros sabemos muy bien—los anarquistas la han demostrado suficientes veces por la crítica que han hecho sin cesar de las diversas formas de gobierno—que la misión de todos los gobiernos monárquicos, constitucionales y republicanos, es la de proteger y mantener por medio de la fuerza los privilegios de las clases poseedoras: aristocracia, clero y burguesía. Una tercera parte de las leyes—las leyes «fundamentales», leyes sobre los impuestos, sobre las aduanas, sobre la organización de los ministerios y sus cancellerías, sobre el ejército, la policía, la iglesia, etc., (y hay algunos millones en cada país,—no tienen otro objeto que mantener, arreglar y desenvolver la máquina gubernamental, que sirve para proteger los privilegios de las clases poseedoras. Análcese todas esas leyes, obsérveselas en acción un día y otro día, y se apereibirá que ni una sola merece conservarse, empezando por las que conceden las comunas al cura párroco, á los principales burgueses del lugar y al sub-prefecto, y acabando por esa famosa constitución (la 19ma. ó 20ma. después de 1789), que nos da una Cámara de estúpidos, preparando la dictadura de algún aventurero.

En fin, con respecto á esas leyes no cabe duda alguna. No solamente los anarquistas, sino también los burgueses, más ó menos revolucionarios, están de acuerdo en que el sólo uso que puede hacerse de todas las leyes

concernientes á la organización del gobierno, es echarlas al fuego.

* * *

Queda la tercera categoría, la más importante, pues que en ella se amparan la mayor parte de los prejuicios: las leyes concernientes á la protección de las personas, el castigo y la prevención de los «crímenes.» En efecto, esta categoría es la más importante, pues si la ley goza de alguna consideración, es porque se cree ese género de leyes absolutamente indispensable para garantizar la seguridad en las sociedades.

Tales leyes han salido del núcleo de costumbres útiles á las sociedades humanas, que fueron explotadas por los dominadores para santificar su dominación. La autoridad de los jefes de tribus, de las familias ricas de la comuna y del rey, se apoyan en las funciones de jueces que ellos ejercen, y hasta en el presente aun cada vez que se habla de la necesidad del gobierno, es considerándolo en su función de juez supremo.—«Sin gobierno, los hombres se asesinarían unos á otros,» dice el charlatán de aldea.—«El objeto final de todo gobierno es el dar doce honrados jurados á cada acusado,» ha dicho Burke.

Y bien, á pesar de los prejuicios existentes, es ya tiempo que los anarquistas digamos muy alto que esta categoría de leyes es tan inútil y tan dañina como las precedentes.

En cuanto á los llamados «crímenes» á los atentados contra las personas, es sabido que las dos terceras partes son inspirados por el deseo de apoderarse de las riquezas pertenecientes á alguno. Esta categoría inmensa de los llamados «crímenes y delitos», desaparecerá el día que la propiedad privada habrá dejado de existir.—Pero se nos

dirá, siempre habrá brutos que atentarán contra la vida de los ciudadanos, que no vacilarán en dar una cuchillada á cada querrela, que vengarán la menor ofensa con el asesinato, si no hay leyes para restringirlos y penas para «tenerlos».—He aquí lo que nos repiten desde el momento que nos ponemos en duda el derecho de la sociedad

Con respecto á esto, hay en la actualidad un hecho bien comprobado: La severidad de las penas no disminuye el número de los «crímenes.» En efecto, colgad, descuartizad si queréis, á los asesinos, y el número de asesinatos no disminuirá en uno sólo. En cambio, abolid la pena de muerte y no habrá ni siquiera un asesinato de más; por el contrario, habrá no menos. Está probado por la estadística.

Por otra parte, que la recolección sea buena, que sepan esté barato, que el tiempo se mantenga bueno, y el número de asesinatos disminuirá al punto, pues está también probado por la estadística que el número de crímenes aumenta ó disminuye todos los días en proporción al precio de los artículos y al buen tiempo. No pretendemos que todos los asesinatos sean inspirados por el hambre; pero cuando la recolección es buena y los artículos están á precios accesibles, cuando el sol brilla, los hombres, más alegres, menos miserables que de costumbre, no se dejan dominar por las pasiones sombrías y no van á hundir un cuchillo en el seno de uno de sus semejantes por fútiles motivos.

Además, es sabido también que el miedo al castigo no ha detenido jamás á un solo asesino. El que va á matar á su vecino por venganza ó por miseria, no razona mucho sobre las consecuencias; y no hay un asesino que no tenga la firme convicción de escapar á las persecuciones. Hay aún otras mil razones que podríamos exponer aquí, —el espacio de que disponemos es limitado;—pero que

cada cual razone acerca lo que dejamos dicho, que analice los crímenes y las penas, sus motivos y sus consecuencias, y si sabe razonar sin dejarse influenciar por ideas preconcebidas, llegará necesariamente á esta conclusión.

Si hablar de una sociedad donde el hombre recibirá una mejor educación, donde el desenvolvimiento de todas sus facultades y la posibilidad de divertirse le procurarán multitud de goces, sin que los turbe el remordimiento;—sin hablar de la sociedad futura, concretándonos en nuestra misma sociedad, aun con los tristes productos de la miseria que vemos hoy día en las tabernas de las grandes ciudades—el día en que *ninguna pena* fuese infligida á los asesinos, el número de asesinatos no aumentaría en un solo caso; y es muy probable que disminuyeran, por el contrario, esos casos que son debidos hoy día á los que reinciden, por el embrutecimiento adquirido en las prisiones.

*
* *

Nos hablan todos los días de los beneficios de la ley y de los efectos excelentes de las penas; mas ¿se ha ensayado jamás hacer el balance entre esos beneficios que se atribuyen á la ley y á las penas, y el efecto degradante de esas mismas penas sobre la humanidad? ¿Que se haga solamente la edición de las malas pasiones despertadas en la humanidad por las penas atroces infligidas antiguamente! ¿Quién, pues, ha conservado y desenvuelto los instintos de crueldad en el hombre (instintos desconocidos aún entre los monos; el hombre llegó á ser el animal más cruel de la tierra), sino el rey, el juez y el cura, que, armados de la ley, han hecho arrancar la carne en jirones, verter pez hirviendo en las llagas, dislocar los miembros, moler los huesos y dividir los hombres en dos pedazos, todo para mantener su autoridad?

Calcúlase solamente todo el torrente de depravación vertido en las sociedades humanas por la delación, favorecida por los jueces y pagada con los escudos sonantes del gobierno, bajo pretexto de ayudar al descubrimiento de los crímenes. Visítense las prisiones y estúdiense á lo que llega el hombre, privado de libertad, encerrado con otros seres, ya depravados y penetrados de toda la corrupción y de todos los vicios que generan en nuestras prisiones; y téngase en cuenta que cuanto más se las reforma más detestables son, como lo vemos en nuestras penitenciarias modernas y modelos, que son cien veces más abominables que las fortalezas de la Edad Media. Considérase, en fin, la corrupción, la depravación del espíritu que se mantiene en la humanidad por esta idea de *obediencia* (esencia de la ley), de castigo, de autoridad que tiene el derecho de castigar, de juzgar, fuera de nuestra conciencia y sin tener en cuenta la opinión favorable de nuestros amigos; por la idea del verdugo, del carcelero, del denunciador, en fin, de todos esos atributos de la ley y de la autoridad. Considérese cuanto dejamos dicho y se estará ciertamente de acuerdo con nosotros, y con nosotros se dirá que la ley infligiendo penas es una abominación que debe cesar de existir.

Además de esto, los pueblos incultos, y, por tanto, menos depravados, han comprendido perfectamente que el llamado «criminal» es solamente un desgraciado, que no hay necesidad de azotarlo, de encadenarlo ó de hacerle morir en el cadalso ó en la prisión, sino que se debe aliviarlo, prodigándole cuidados fraternales, por un tratamiento igualitario, por la práctica de la vida entre gentes honradas.

Nosotros esperamos que en la próxima revolución estallará ese grito:

«Quememos las guillotinas, demolamos las prisiones»

echemos de entre nosotros el juez, el policía, el delator, —raza inmunda que no ha de volver jamás sobre la tierra, —tratemos como hermanos á los que, llevados de sus pasiones, han hecho daño á sus semejantes; sobre todo evitemos, por medios persuasivos, á los grandes criminales, á esos productos innobles de la ociosidad burguesa, la posibilidad de desarrollar sus vicios, y estemos seguros que habrá muy pocos crímenes á señalar en la sociedad. Lo que mantiene el crimen (además de la ociosidad), es la ley y la autoridad: la ley sobre el gobierno, la ley sobre las penas y delitos, y la autoridad que se encarga de hacer esas leyes y de aplicarlas.

¡No más leyes! ¡No más jueces! La Libertad, la Igualdad y la práctica de la Solidaridad son la sola y segura eficacia que podemos oponer á los instintos anti-sociales de algunos hombres.»

El espíritu revolucionario

Preséntanse en la vida de las sociedades épocas en que la Revolución se vuelve una necesidad imperiosa y se impone de un modo absoluto. Ideas nuevas que germinan por doquiera tratan de salir á la luz, de buscar una aplicación en la vida, pero se estrellan continuamente contra la fuerza de inercia de los que tienen interés en mantener el antiguo régimen; ahóganse en la atmósfera sofocante de los viejos prejuicios y de las tradiciones. Las ideas recibidas sobre la constitución de los Estados, sobre las leyes de equilibrio social, sobre las relaciones políticas y económicas de los ciudadanos entre sí, no resisten ya á la crítica severa que las zarandea constantemente tanto en el salón como en la taberna, tanto en las obras del filósofo como en la conversación diaria. Las instituciones políticas, económicas y sociales se derrumban, convirtiéndose en edificio inhabitable que molesta é impide el desarrollo de los gérmenes que se producen en sus muros agrietados y nacen á su derredor.

Una necesidad de vida nueva se hace sentir. El código de moralidad establecido, el código que gobierna á la mayor parte de los hombres en su vida normal no parece ya suficiente. Se va dando cuenta de lo que ayer se consideraba como cosa equitativa, no es sino una irritante injusticia: la moralidad de ayer es reconocida hoy como una inmoralidad insufrible. El conflicto entre las ideas nuevas y las viejas tradiciones estalla en todas las clases de la sociedad, en todos los medios, hasta en el seno de la familia. El hijo entra en lucha con su padre, y encuentra escandaloso lo que su padre durante toda su vida juzgó muy natural; la hija se rebela contra los principios que su madre le trasmite como el fruto de una larga experiencia. La conciencia popular se insurrecciona cada día contra los escándalos que se producen en el seno de la clase de los privilegiados y de los ociosos; contra los crímenes que se cometen en nombre del derecho del más fuerte, ó para perpetuar los privilegios. Aquellos que desean el triunfo de la justicia, aquellos que quieren poner en práctica las ideas nuevas, se ven obligados á reconocer que la realización de sus ideas generosas, humanitarias, regeneradoras, no puede verificarse en una sociedad como la constituida actualmente; comprenden la necesidad de una tormenta revolucionaria que barra toda esta putrefacción, vivifique con su soplo los corazones entorpecidos y lleve á la humanidad á la abnegación y al heroísmo sin los cuales una sociedad se envilece, se degrada y se descompone.

En las épocas de competencia desenfadada hacia el enriquecimiento, de especulaciones febriles y de crisis; de repentino derrumbamiento de grandes industrias y de efímera expansión de otras ramas de producción; de caudalosas fortunas amontonadas en pocos años y disipadas del mismo modo, se concibe que las instituciones que presiden á la producción y al cambio estén bien lejos de dar

á la sociedad el bienestar que pretenden garantizarle; y se va apercibiendo de que dan precisamente un resultado contrario. Engendran, en vez del orden, el caos; en vez del bienestar, la miseria, la inseguridad del mañana; en vez de la armonía de los intereses, la guerra, una guerra perpetua del explotador contra los productores y la de éstos entre sí. Véase la sociedad dividirse cada día más en dos campos hostiles y subdividirse al mismo tiempo en millares de pequeños grupos que se hacen una guerra encarnizada. Causada de estas guerras, fatigada por las miserias que estas engendran, la sociedad se lanza en busca de una nueva organización; y pide á gritos un cambio completo del régimen de la propiedad, de la producción, del cambio y de todas las relaciones económicas que son su secuela.

La máquina gubernamental, encargada de mantener el orden existente, funciona todavía. Pero, cada vuelta que da su engranaje, se deprime, se desvía y se para. Su funcionamiento se hace cada día más difícil, el descontento provocado por sus defectos va siempre creciendo. A cada momento surgen nuevas exigencias. «Reformad esto, reformad aquello;» gritan por todos lados. «Guerra, finanzas, impuestos, tribunales, policía, todo debe ser retocado, reorganizado, establecido sobre nuevas bases», dicen los reformadores. Y, sin embargo, todos comprenden que es imposible rehacer, retocar cualquiera de estas cosas; porque todo está ligado, habría que rehacerlo todo á la vez y cómo rehacer algo cuando la sociedad queda dividida en dos campos abiertamente hostiles? Satisfacer á los descontentos, sería crear otros tantos nuevos disgustados.

Incapaces de internarse en la vía de las reformas, puesto que sería encaminarse á la Revolución, y al mismo tiempo demasiado impotentes para arrojarse con franqueza en la reacción, los gobiernos se limitan en aportar pa-

liativos que no satisfacen á nadie y no hacen más que suscitar nuevos descontentos. Las medianías que se encargan en esas épocas transitorias de dirigir el barco gubernamental no sueñan, por otra parte, sino en una sola cosa: enriquecerse en vista del desastre próximo. Por todos lados atacados, defiéndense torpemente; titubean, cometen torpeza sobre torpeza, y bien pronto concluyen por romper la última tabla de salvación, ahogando el prestigio gubernamental en el ridículo de su propia incapacidad.

En estas épocas, la Revolución se impone. Resulta una necesidad social. La situación es puramente revolucionaria.

Cuando estudiamos en nuestros mejores historiadores la génesis y desarrollo de los grandes sacudimientos revolucionarios, encontramos generalmente bajo el siguiente título; «las causas de la Revolución», un cuadro sorprendente de la situación á la víspera de los acontecimientos. La miseria del pueblo, la inseguridad general, las medidas vejatorias del gobierno, los escándalos odiosos que muestran los grandes vicios de la sociedad, las ideas nuevas que tratan de abrirse camino y tropiezan contra los secuaces del antiguo régimen; nada falta á dicho cuadro. Al contemplarlo, se llega á la convicción de que la Revolución era, en efecto, inevitable; que no quedaba otra salida que la vía de los hechos insurreccionales.

Tomemos por ejemplo la situación antes de 1789, tal cual nos la dan á conocer los historiadores. Creéis oír al campesino quejarse de la gabela, del diezmo, de los impuestos feudales, y abrigar en su corazón un odio implacable al señor, al monje, al acaparador, al intendente. Os parece ver á los burgueses quejarse por haber perdido sus prerrogativas amplias, y abrumar al rey bajo el peso de

sus maldiciones. Oís al pueblo criticar á la reina, rebelarse á la relación que hacen los ministros y por todos lados oís decir que los impuestos son intolerables y los diezmos exorbitantes; que las cosechas son malas y el invierno demasiado rigoroso; que los viveres son carísimos y los acaparadores demasiado voraces; que los abogados del villorrio devoran la cosecha del campesino y que el guarda-bosque quiere meterse á señorón; que el correo está mal organizado y que los empleados son una turba de haraganes. En una palabra, nada anda bien, todos se quejan: «Esto no puede durar así, esto concluirá mal», dicese por todos lados.

Pero, entre estos raciocinios pacíficos y la insurrección existe un abismo profundo, un abismo que separa, en la mayor parte de la humanidad, el *raciocinio* del *acto*, *pensamiento* de la *voluntad*, de la necesidad de obrar. ¿Cómo ha sido franqueado ese abismo? ¿Cómo esos hombres, que, ayer aun, se quejaban temerosamente de su suerte, fumando con tranquilidad su pipa, y que, momentos después, saludaban con suma humildad á ese mismo guarda-bosque del cual acababan de hablar mal, ¿cómo, digo, unos días más tarde, esos mismos hombres han podido agarrar su guadaña y sus picos é irse á atacar en su propio castillo al señor, al señor que ayer les inspiraba tanto terror? ¿Por qué esos hombres que sus mujeres trataban, con razón, de cobardes, han podido transformarse en héroes, que corren, bajo lluvia de balas y de metralla á la conquista de sus derechos? ¿Cómo esas *palabras*, tantas veces proferidas y que se repetían en el aire como el vago sonido de las campanas, cómo esas *palabras* han podido por fin traducirse en actos?

Fácil es la contestación

Es á la acción continua, siempre renovada, de las minorías, que se debe esta transformación. El valor, la ab-

negación, el espíritu de sacrificio, son tan contagiosos como la cobardía, la sumisión y el pánico.

¿Qué formas tomará la agitación?

La agitación tomará todas las formas: y serán tan variadas como las circunstancias que las impulsan. Ora lúgubre, ora satírica, pero siempre audaz; otra colectiva, ora simplemente individual, la agitación no despreciará ninguno de los medios á su alcance, ninguna circunstancia de la vida pública para mantener siempre el espíritu despierto, para propagar y formular el descontento, para excitar el odio contra los explotadores, ridiculizar á los gobernantes, demostrar la debilidad de las autoridades, y más que todo y ante todo para despertar la audacia y el espíritu de rebeldía, predicando con el ejemplo.

II

Cuando una situación revolucionaria se produce en un país, sin que el espíritu de rebelión haya sido bastante despertado entre las masas para traducirse en manifestaciones tumultuosas en la calle, ó por motines ó sublevaciones, es por medio de *la acción* que las minorías logran despertar ese sentimiento de independencia y ese soplo de audacia, sin los cuales ninguna revolución podrá jamás llegar á sus fines anhelados.

Hombres de corazón que no se contentan con simples palabras, pero que tratan de traducirlas en ejecución; caracteres íntegros para quienes el acto y la idea forman una sola y misma cosa, para quienes la prisión, el destierro y la muerte son preferibles á una vida en desacuerdo con sus principios; hombres arrojados que saben que

para lograr el éxito es necesario ser osado; esos hombres son los centinelas ignorados que inician el combate, mucho tiempo antes que las masas estén suficientemente excitadas para levantar con vigor la bandera de la insurrección y marchar, con las armas en la mano, á la conquista de sus derechos.

Si se produce, en medio de las quejas, de las conversaciones, de las discusiones políticas, un acto de rebeldía individual ó colectivo, reasumiendo las aspiraciones dominantes, podrá llegar el caso que en el primer momento el pueblo permanezca indiferente. Aunque, quizás, admirará el valor del individuo ó del grupo iniciador; podrá también suceder que escuchando á *los sabios*, y á *los prudentes*, se apresure en calificar de locos á los decididos y en asegurar que «los locos», «las cabezas trastornadas van á comprometerlo todo». Esos sabios, esos prudentes, habían pensado que su partido, persiguiendo lentamente su obra, lograrían conquistar el mundo entero dentro de doscientos años, trescientos, quizás; pero hete aquí que el Imprevisto se mete de por medio. Por supuesto, el Imprevisto, es lo que no han previsto, ellos que pretenden ser los sabios y los prudentes. Cualquiera que conozca un poco la historia y posea un cerebro algo ordenado sabrá perfectamente que, por lo pronto, una propaganda teórica de la Revolución se traducirá en actos mucho antes que los teóricos hayan indicado que ha llegado la hora de poner las ideas en ejecución; sin embargo, los pretendidos teóricos se disgustan contra los locos, los excomulgan, los anatematizan. Pero los locos conquistan simpatías; la masa del pueblo aplaude su arrojo y pronto hallan imitadores. A medida que los primeros van á poblar los ergástulos y los presidios, otros se preparan á continuar su obra; multiplicanse los actos de protesta, fuera de la legalidad, de rebeldía, de venganza.

La indiferencia se hace en adelante imposible. Los que al principio se preguntaban lo que anhelaban «los locos» véanse obligados á ocuparse del asunto; de discutir sus ideas, de tomar partido en pró ó en contra. Por los hechos que se imponen á la atención general, la idea nueva se infiltra en los cerebros y conquista prosélitos. Un acto revolucionario hace en pocos días más propaganda que muchos millares de folletos.

Sobre todo esto revela el espíritu de rebeldía y hace germinar el arrojo. El antiguo régimen, afianzado sobre policías, magistrados, gendarmes y soldados parecía inquebrantable, así como aquella vieja fortaleza de la Bastilla parecía inexpugnable á los ojos del pueblo desarmado, rodeada de sus altas murallas guarnecidas de cañones prontos para hacer fuego. Pero luego se da cuenta de que el régimen establecido no posee la fuerza que se le suponía.

Este acto revolucionario ha bastado para trastornar durante unos días la máquina gubernamental, para sacudir al coloso; tal motin ha alborotado una provincia entera, y la tropa siempre tan imponente, ha retrocedido ante un puñado de campesinos armados solo de piedras y de garrotes; el pueblo ve que el monstruo no es tan terrible como creía y empieza á entrever que bastarán algunos esfuerzos enérgicos para derrumbarlo. La esperanza nace en los corazones, y, recordémonos que si la exageración empuja á menudo al pueblo á los motines, la esperanza de vencer es siempre la que hace las revoluciones.

El gobierno resiste, maltrata y castiga con furor. Pero, si en otros tiempos la represión llegaba á dominar la energía de los oprimidos, ahora en los periodos de efervescencia, ella produce un efecto contrario. Solo provoca nuevos hechos de rebeldía individual y colectiva:

empuja á los rebeldes al heroísmo, y, progresivamente, sus actos se funden en nuevas capas, se generalizan y se desarrollan.

El partido revolucionario se robustece con elementos que hasta entonces le eran hostiles, ó que quedaban encharcados en la indiferencia. La disgregación va produciéndose en el gobierno, en las clases dirigentes, entre los mismos privilegiados los unos empujan á la resistencia á todo trance, los otros se pronuncian para las concesiones; aquellos otros van hasta declararse dispuestos á renunciar, por el momento, á sus privilegios, á fin de calmar el espíritu de rebeldía, pero con la esperanza oculta de reducirlo á la impotencia más tarde, cuando tenga otra vez las riendas.

La cohesión del gobierno y de los privilegiados queda rota. Por lo pronto, las clases dirigentes, pueden aún tratar de recurrir á una reacción furiosa; pero ya no es oportuno; por lo contrario, la lucha se hace más encarnizada y la revolución que alborea habrá de ser más sangrienta. Por otra parte, la menor de las concesiones acordadas por las clases dirigentes, con llegar demasiado tarde, puesto que ha sido arrancada por la lucha, no hace sino despertar más aún el espíritu revolucionario.

El pueblo, que antes se habría quedado satisfecho con esta concesión, se da cuenta ahora de que el enemigo alfoja; ya prevé la victoria, siente aumentar su audacia, y aquellos hombres que antaño, aplastados por la miseria, se contentaban con suspirar escondidos, yerguen ahora la cabeza y marchan valerosamente á la conquista de un porvenir mejor.

Por fin estalla la revolución, tanto más violenta cuanto que la lucha ha sido más encarnizada.

La dirección que habrá de tomar la revolución depende, seguramente, de toda la suma de las variadas circuns-

tancias que han determinado la llegada del cataclismo ¿Pero puede esta dirección ser prevista con anticipación según la fuerza de acción revolucionaria desarrollada por los diversos partidos avanzados durante el período preparatorio?

Por ejemplo, tal partido habrá elaborado mejor que otros las teorías que preconiza y el programa que trata de realizar y lo habrá propagado abundantemente por medio de la palabra y por escrito. Pero no ha afirmado aún suficientemente sus aspiraciones á la luz del día, en la calle, por actos *que sean la realización del pensamiento que le es propio*; ese partido ha tenido la potencia de acción; ó bien, aún no ha obrado contra los que son sus principales enemigos; no ha herido las instituciones que anhela demoler; no ha contribuido en la medida necesaria para despertar el espíritu de rebeldía, ó, mejor aún, ha descuidado de dirigirlo contra los que él tratará particularmente de herir de muerte cuando estalle la revolución. Pues bien, por estos motivos, este partido será el menos conocido; sus afirmaciones, no habiendo sido demostradas continuamente, cada día, por actos que habrían de tener resonancia hasta en las chozas más aisladas, sus afirmaciones, digo, no se han infiltrado suficientemente en la masa del pueblo; todavía no han pasado por el crisol de la muchedumbre y de la calle y no han hallado su enunciado sencillo que se reasuma en una sola palabra que repita el pueblo; los escritores más célebres del partido son conocidos por los lectores como pensadores de gran mérito, pero no tienen la fama ni las capacidades del hombre de acción, y, el día en que la muchedumbre se eche á la calle, seguirá mejor los consejos de los que quizás tendrán ideas menos netas y aspiraciones menos anchas, pero que conoce más porque los ha visto en la obra.

El partido que haya llevado á cabo la mayor agitación revolucionaria, que haya revelado tener más energía y más audacia, este partido será el más escuchado el día en que habrá necesidad de correr adelante para realizar la revolución. El partido que no ha tenido el valor de afirmarse por actos durante el período preparatorio, el partido que no ha poseído la fuerza de impulsión bastante potente para inspirar á los individuos y á los grupos el sentimiento de la abnegación, el deseo irresistible de poner sus ideas en práctica, el partido que no ha sabido hacer popular á su bandera y palpables y comprensibles sus aspiraciones, este partido no tendrá sino una mínima probabilidad de realizar la parte menor de su programa. Este partido será aminorado por los partidos de acción.

Esto es lo que nos enseña la historia de los períodos que precedieron á las grandes revoluciones. Así lo ha perfectamente interpretado la burguesía revolucionaria: no descuidaba ningún medio de agitación á fin de despertar el espíritu de rebeldía cuando, en el siglo pasado, trataba de demoler el régimen monárquico; así, el campesino francés de esa época, lo comprendía intuitivamente cuando se agitaba para obtener la abolición de los derechos feudales, y la Internacional, al menos una parte de la asociación, obraba de acuerdo con estos mismos principios cuando trataba de despertar el espíritu de rebeldía en el seno de los trabajadores de las ciudades y de dirigirlo contra el enemigo natural del asalariado; el acaparador de los útiles de trabajo y de las materias primas elaboradas.

III

Interesante hasta el más alto grado, simpático, y, sobre todo, instructivo sería el estudio que podría hacerse

respecto de los diversos medios de agitación á los cuales han recurrido los revolucionarios en diversas épocas para acelerar el advenimiento de la revolución, para dar á las masas la conciencia de los acontecimientos que se preparaban, para designar mejor al pueblo sus principales enemigos, para despertar el arrojo y el espíritu de rebeldía. Todos sabemos muy bien el *por qué* tal revolución se hizo necesaria, pero es únicamente por instinto y por tanteos que llegamos á adivinar *cómo* han germinado las revoluciones.

El estado mayor prusiano ha publicado, ultimamente, una obra para el uso del ejército para aprender á vencer las insurrecciones populares y enseña en ella como la fuerza armada debe maniobrar para disolver las agrupaciones del pueblo. En el siglo presente se quiere que los golpes sean seguros, se quiere degollar al pueblo con todas las reglas del arte. Pues bien, el estudio de que hablamos más arriba sería una respuesta á esta publicación y á tantas otras que tratan del mismo asunto, á veces con menos cinismo. Indicaría, por ejemplo, como se desorganiza un gobierno, como se vuelve á levantar el nivel moral de un pueblo postrado, deprimido por la miseria y por la opresión que ha soportado.

Hasta hoy ningún estudio semejante ha sido hecho. Bien nos han enseñado los historiadores las grandes etapas por las cuales la humanidad ha pasado al marchar hacia su emancipación, pero han prestado poca atención á los períodos que *precedieron* las revoluciones. Absorbidos por los grandes dramas que trataron de reconstruir, se han deslizado demasiado rápidamente sobre el prólogo, y es ese mismo prólogo lo que á nosotros nos interesa sobre manera.

Y sin embargo, ¡qué cuadro más sorprendente, más sublime y más bello que aquel que representase los esfuer-

zos realizados por los precursores de las Revoluciones! ¡qué serie incesante de esfuerzos nos ofrecen con su ejemplo los campesinos y los hombres de acción de la burguesía antes de 1789! ¡qué lucha perseverante sostenida por los republicanos después de la restauración de los Borbones, desde 1815 hasta su caída en 1830! ¡qué actividad incansable desplegada por las sociedades secretas durante el reino del grasudo Luis-Felipe! ¡Qué cuadro más insinuador quiere encontrarse que el que nos presentan las conspiraciones urdidas por los italianos para sacudir el yugo de Austria; sus tentativas heroicas, sus sufrimientos inenarrables, sus martirios! ¡Qué tragedia, lúgubre y grandiosa, será la que representaría todas las peripecias de la obra secreta emprendida por los jóvenes rusos contra el gobierno y el régimen capitalista, desde 1860 hasta nuestros días! ¡Cuántos nobles semblantes resurgirán ante el socialismo moderno al leer esos dramas! ¡cuánto sacrificio y abnegación sublimes, y, al mismo tiempo, qué instrucción revolucionaria, no teórica, pero sí práctica! ¡cuántos ejemplos á imitar!

No es el caso emprender aquí semejante estudio. El folleto no se presta á un trabajo histórico. Debemos limitarnos, pues, á elegir unos ejemplos, á fin de enseñar como nuestros padres se arreglaban para promover la agitación revolucionaria, y qué conclusión podrá deducirse de los estudios en cuestión.

Echaremos una ojeada sobre uno de estos periodos, sobre aquel que precedió al 1789, y, dejando á un lado el análisis de las circunstancias que hacia el fin del siglo pasado han creado una *situación revolucionaria*, nos limitaremos á poner de relieve algunos procedimientos de agitación empleados por nuestros padres.

Dos hechos notables se destacan como resultado de la Revolución de 1789-1793. Por una parte la abolición de

la autocracia real y el advenimiento de la burguesía al poder; por otra parte la abolición definitiva de la servidumbre y de los diezmos feudales en las campiñas. Intimamente ligados estaban los dos entre sí, y el uno sin el otro no habrían podido llegar á un buen fin. Y, efectivamente, estas dos corrientes se vuelven á encontrar durante la agitación que precedió á la revolución: la agitación contra el reinado en el seno de la burguesía, y la agitación contra los derechos de los señores entre los campesinos.

Examinémoslos.

En esa época el periódico no tenía la importancia que ha adquirido hoy día, lo reemplazaban entonces el folleto, el panfleto, el libelo de tres ó cuatro páginas, á lo sumo. En consecuencia, pululan el libelo, el panfleto, el folleto. El folleto pone al alcance de la gran masa las ideas de los precursores, filósofos y economistas de la Revolución; el panfleto y el libelo producen la agitación, atacando directamente á los enemigos. No hacen teorías: proceden contra lo odioso y lo ridículo.

Millares de libelos cuentan los vicios de la Corte, la despojan de sus decoraciones engañosas, la pintan al desnudo con todos sus vicios á la vista, su disipación, su perversidad, su estupidez. Los amores reales, los escándalos de la Corte, los gastos inmensurables, el *Pacto del hambre*—aquella alianza de los poderosos con los acaparadores de trigo para enriquecerse á expensas del hambre del pueblo, forman el tema de esos libros. Siempre están en la brecha; ninguna circunstancia de la vida pública descuidan para herir al enemigo. Basta que se hable de algún hecho, y, al momento, aparecen el panfleto y el libelo para tratarlo á su modo, sin miramiento alguno. Para este género de agitación son éstos más apropiados que el periódico. El periódico representa una

empresa, un capital, y se medita mucho antes de exponerlo á fundirse: su muerte puede también perjudicar á todo un partido. En cambio el panfleto y el libelo no comprometen sino al autor y al impresor, y, todavía... ¡vayan á buscar al uno y al otro!

Ocioso es decir que los autores de esos libelos y panfletos empiezan, antes que todo, por emanciparse de la censura; pues si en aquella época no se había inventado *el pleito por difamación*, este admirable instrumento del jesuitismo contemporáneo, que aniquila la libertad de la prensa, existía, para meter en la cárcel á los escritores y á los impresores, la «carta-orden del rey» brutal, es verdad, pero franca, desprovista de la hipocresía de nuestros días. Por esta razón los autores empiezan por emanciparse del censor é imprimen sus libelos en Amsterdam ó en cualquier otra parte—*á cien leguas de la Bastilla, bajo el árbol de la libertad*.

Así no gastan inútilmente sus golpes, ni cesan en vilipendiar al rey, á la reina y á sus amantes, los grandes de la Corte, los aristócratas, la prensa clandestina quedaba burlada la policía con sus pesquisas en casa de los libreros y con detener á los vendedores ambulantes y los autores desconocidos escapaban siempre á las pesquisas y continuaban su obra demoledora.

La canción, la que lleva la franqueza y la crudeza hasta el punto de no poder ser impresa, da la vuelta de Francia transmitida al oído; la canción ha sido siempre uno de los medios de propaganda más eficaz. Ridiculizaba á las autoridades establecidas, escarnecía á los nobles y á curas y se mofaba de las testas coronadas. La canción infiltra hasta en el hogar el desprecio al reinado, propaga el odio contra el clero y la aristocracia, y hace nacer en los corazones la esperanza de que pronto llegará el día de la Revolución.

Pero es al cartel, al manifiesto volante que los agitadores echaban mano con preferencia. El cartel, la hoja suelta, llama mejor la atención, crea agitación más viva que el panfleto ó el folleto. Tan luego sucede un hecho cualquiera que interese á la masa popular, surge el manifiesto, la hoja suelta impresa ó manuscrita. Arrancada hoy por la policía, reaparece al día siguiente haciendo crecer la rabia de los gobernantes y de sus esbirros.

«Tu abuelo se nos ha escapado, pero tú no te escaparás», lee hoy el rey en un manifiesto pegado en los muros de su palacio. Mañana es la reina quien llora de rabia al leer como se describen, en esas hojas pegadas en todas las paredes, los patéticos de su vida vergonzosa. Desde entonces fué que se preparó ese odio, manifestado más tarde por el pueblo contra esa mujer que habría exterminado friamente á París con tal de quedar reina y autócrata. ¿Preparáranse los cortesanos á festejar el nacimiento del delfín? en seguida las paredes se cubren de manifiestos amenazando con prender fuego á los cuatro ángulos de la ciudad. De este modo siembran el pánico y preparan los espíritus á algún acontecimiento extraordinario. Otros anuncian que el día de los festejos y regocijos «*el rey y la reina serán conducidos, bajo escolta, hasta la Plaza de Grève y después hasta el palacio municipal para allí confesar sus crímenes y, por fin, llevados al cadalso donde serán quemados vivos.*»

¿Convoca el rey la asamblea de los notables? Inmediatamente los manifiestos anuncian que la tropa de comediantes organizada por el señor de Colonne (primer ministro) se estrenará el 29 de este mes y dará un baile alegórico titulado *el tonel de las Danaides*.

Hasta que haciéndose cada vez más atrevido, el manifiesto penetra hasta en el palco de la reina, anunciándole que dentro de poco los tiranos van á ser ejecutados.

Pero particularmente contra los acaparadores del trigo, contra los recaudadores generales, contra los intendentes que el uso de los manifiestos se hace con más frecuencia. Tan pronto como se nota alguna efervescencia en el pueblo, los manifiestos anuncian la San Bartolomé de los intendentes y de los cobradores del rey. ¿Tal comerciante de trigo, tal fabricante, tal intendente son execrados por el pueblo? los manifiestos los condenan á la muerte «en nombre del Consejo del Pueblo» en nombre del «Parlamento Popular», etc., y más tarde, cuando se presente la ocasión de provocar un motin, es contra esos explotadores, cuyos nombres han sido tan á menudo pronunciados, que se encarnizará el furor popular.

Si se pudieran reunir todos los innumerables manifiestos que fueron pegados en las paredes durante los diez ó quince años que precedieron á la Revolución, se comprendería el papel importantísimo desempeñado por este sistema de agitación en preparar el sacudimiento revolucionario. Jovial y burlón al principio, pronto se hace más amenazador, siempre alerta, siempre dispuesto para contestar á cualquier incidente de la política corriente y á las disposiciones de espíritu de las masas; excita la cólera y el desprecio; nombra á los verdaderos enemigos del pueblo; infiltra en el seno de los campesinos, de los obreros y de la burguesía el odio común contra sus explotadores y anuncia la proximidad del día de la liberación y de la venganza. Una costumbre muy esparcida en el siglo pasado era ahorcar y descuartizar en efigie. Por eso mismo, era uno de los medios de agitación más popular en aquel entonces. Cada vez que había efervescencia en los espíritus, formábanse agrupaciones que llevaban un maniquí representando el enemigo hasta la plaza; luego ahorcaban, quemaban ó descuartizaban este monigote en medio de las risas y vociferaciones del pueblo.

«¡Niñerías!» dirán los *jóvenes ancianos* de hoy que se creen muy razonables. Pues bien, el colgamiento de Revoillon durante las elecciones de 1789, las ejecuciones de Faulon y de Berthier, ejecutados también en la horca, que cambiaron completamente el carácter de la revolución que se anunciaba, no han sido sino la ejecución real de lo que había sido preparado desde larga fecha, por la ejecución de los muñecos de paja.

Ahí van más ejemplos, entre mil otros.

El pueblo execraba á Maupeou, uno de los ministros mimados de Luis XVI. Llegó un día en que grandes agrupaciones se amotinaban en las calles. De repente se oyen voces que parten de la muchedumbre: «Acuerdo del Parlamento que condena á Maupeou, canceller de Francia, á ser quemado vivo y sus cenizas esparcidas al viento.» Inmediatamente la multitud se encamina hacia la estatua de Enrique IV con un muñeco representando al canceller revestido de todas sus insignias, y luego el muñeco es quemado en medio de las aclamaciones de la muchedumbre. Otro día se cuelga de un farol un maniquí representando al abate Terray, vestido de eclesiástico y con guantes blancos.

En Ruán, se descuartiza la efigie del mismo Maupeou, y cuando la gendarmería impide la formación de los grupos, unos hombres atrevidos se limitan á colgar de los pies un simulacro del acaparador de trigo, que deja escapar por la nariz, la boca y los oídos del muñeco el grano que ha robado á los pobres.

¡Qué propaganda con un muñeco! y propaganda mucho más eficaz que la propaganda abstracta que no sirve sino para un pequeño número de convencidos.

Lo esencial era que el pueblo se habituara á echarse á la calle, á manifestar sus opiniones en plena plaza pública; que se acostumbrara á desafiar á la puncia, á la

tropa, á la caballería. Es con este fin que los revolucionarios de esa época se esmeraban en no descuidar nada absolutamente que sirviera de pretexto para atraer á la multitud á la calle; para provocar las reuniones del pueblo al aire libre.

Cualquier circunstancia de la vida pública en París y en las provincias era utilizada de esta manera.

¿Ha obtenido del rey, la opinión pública, la supresión de un ministro de estado? Se organizan fiestas, iluminaciones y regocijos públicos que no concluyen nunca. Para atraer al pueblo se queman cohetes, bombas, «en tal cantidad que en ciertos lugares se caminaba por encima del cartón.» Y si falta dinero para comprar esas bombas de estruendo y cohetes, se detiene á los transeuntes bien vestidos y se les pide «con cortesía, pero con firmeza,» diceu los contemporáneos, algunos centavos «para divertir al pueblo». Luego, cuando la multitud es bien compacta, los oradores toman la palabra para explicar y comentar los acontecimientos, y los clubs se organizan al aire libre. Y si para dispersar á la multitud se presentan la caballería y la tropa, titubeaban antes de emplear la violencia contra hombres y mujeres pacíficos, entonces los cohetes estallaban entre los caballos y los infantes, en medio de las aclamaciones y risas del pueblo, detienen el ardor de los soldados.

En las ciudades de provincia, son los deshollinadores los que van por las calles parodiando al rey que rinde justicia: todos estallan de risa al ver al hombre de cara embadurnada que representa al rey ó á su mujer. Los acróbatas y los saltimbanquis reúnen en su torno á millares de espectadores y, en medio de cuentos droláticos no se descuidan de hacer diatribas en contra de los poderosos y de los ricos. La multitud aumenta, las palabras se vuelven cada vez más hirvientes y amenazadoras

y entonces, desgraciado del aristócrata cuyo carruaje hiciere su aparición por la plaza, sería, seguramente, maltratado por la multitud.

Dejen que el espíritu trabaje en esta senda y verán en tantas ocasiones encontrarán entonces los hombres inteligentes para provocar agrupaciones, compuestos hoy de gente jovial y mañana de hombres dispuestos para obrar en cualquier momento de efervescencia.

Establecida, por una parte, la situación revolucionaria, el descontento general, y por otra parte los manifestos, los panfletos, las canciones, las ejecuciones en efigie, no cabe duda de que todo esto reunido enardecía á la población y bien pronto las reuniones no tardaron en volverse cada vez más bravas y amenazadoras. Hoy es el arzobispo á quien se asalta en una encrucijada; mañana es á un duque ó á un conde, que se libra por milagro de ser arrojado al agua; otro día la muchedumbre se amontona sobre el paso de los miembros del gobierno y los silba, los injuria, etc.; los hechos de rebeldía varían infinitamente, hasta que llega el día en que basta una chispa para que la reunión tumultuosa se transforme en motín y el motín en revolución.

—«Es la hez del pueblo; son los haraganes, los bandidos los que se han amotinado,» dicen entonces nuestros historiadores gazmoños.

Sí, efectivamente; y es evidente que no es entre la gente acomodada que los revolucionarios buscan aliados. Puesto que éstos se limitaban á recriminar en los salones para agacharse cobardemente un instante después; pues bien, es en las tabernas de los suburbios que los revolucionarios iban á buscar compañeros, armados de sólidos garrotes, cuando se trataba de darle una rechifla á Monseñor el arzobispo de París jamás era entre los dandys, que tienen las manos demasiado bien enguantadas, para

comprometerse en semejantes empresas, que hubieran encontrado hombres decididos.

IV

¿La grande Revolución habría sido jamás lo que ha sido en realidad, es decir una sublevación general de toda la masa popular, campesinos y obreros contra las clases privilegiadas, si la acción se hubiera limitado á atacar á los hombres y las instituciones del gobierno? ¿Habría la Revolución durado cuatro años largos? ¿Habría sacudido á Francia hasta las entrañas? ¿Habría hallado ese soplo invencible que le dió la fuerza suficiente para resistir á los «reyes conjurados»?

¡Ciertamente que no! ¡Que los historiadores canten tanto como quieran las glorias de los «señores del tercer estado», de la Constituyente y de la Convención; nosotros sabemos á qué atenernos sobre este punto!

Sabemos que la Revolución no habría llegado sino á una limitación microscópicamente constitucional del poder real, sin tocar al régimen feudal, si la Francia campesina no se hubiese sublevado y no hubiese mantenido, durante cuatro años, la anarquía, la acción revolucionaria espontánea de los grupos y de los individuos, emancipados de toda tutela gubernamental. Sabemos que el campesino hubiera continuado siendo la acémila del señor, si la *Jacquerie* (1) no hubiese reinado desde 1788

(1) *Jacquerie*.—Revolución de campesinos contra los señores feudales en 1358. Palabra empleada aquí en el sentido de revolución de las poblaciones rurales.

hasta 1793, hasta el momento en que la Convención se vio obligada á consagrar con una ley lo que los campesinos acababan de lograr con el hecho, es decir, la abolición sin rescate de todos los diezmos y foros feudales y la restitución á los comunes de todos los bienes que les habían sido robados antaño por los ricos bajo el antiguo régimen. ¡Esperar algo de las asambleas!, ¡qué simpleza! si los decalzos y los descamisados no hubiesen arrojado en la balanza parlamentaria el peso de sus garrotes y de sus picos.

Pero las sublevaciones de los villorrios y de las aldeas no podían ser preparadas por la acción dirigida contra los ministros ni por la fijación en las paredes de París de los manifiestos dirigidos contra el rey y la reina. Esta sublevación fué necesariamente el resultado de la situación general del país; pero fué preparada también por la agitación llevada á cabo en el seno del pueblo y *orientada contra sus enemigos inmediatos*: el señor, el cura-proprietario, el acaparador de trigo, el rico burgués.

Este género de agitación es mucho menos conocido que el precedente. La historia de París está hecha; la del villorrio nunca ha sido empezada seriamente; y, sin embargo, es esta agitación la que ha preparado la *Jacquerie*, sin la cual hubiera sido imposible la Revolución.

El panfleto, el libelo no penetraban en la aldea; en esa época el campesino no leía casi nada, por la sencilla razón de que muchos no sabían leer. Pues bien, es con la lámima, la estampa impresa ó á menudo hecha á mano, sencilla y comprensible, que se hacía la propaganda. Algunas palabras escritas á un lado bastaban para que se edificara toda una novela con esas estampas secretas y esas iluminaciones populares referentes al rey, á la reina, al conde de Artois, á la señora de Lamballe, al pacto del hambre, á los señores «eso» vampiros que se pasan la

vida chupándose la sangre del pueblo.» Esas estampas pululaban por las aldeas y preparaban los espíritus á la rebeldía. Aquí era un manifiesto escrito á mano, pegado en un árbol, el que llamaba y excitaba á la sublevación, prometiendo la llegada de mejores tiempos, y relatando los motines que ya habían estallado en otras provincias, en otra extremidad de Francia.

Bajo el nombre de los «Jacques» se constituían grupos secretos en las aldeas, sea con el fin de prender fuego á las granjas de los señores, ó sea para destruir sus cosechas ó su casa, ó bien para ejecutarlo. ¡Cuántas veces se encontraron en el castillo un cadáver atravesado con un cuchillo que llevaba la siguiente inscripción!; *¡de parte de los Jacques!*

Un lujoso coche bajaba por la cuesta de un camino agreste llevando al señor á sus dominios. De repente dos transeuntes, ayudados por el postillón, lo asaltaban, lo ligaban y lo arrojaban al precipicio, donde, al descubrirse el cadáver, encontraban en uno de sus bolsillos un papel con estas fatídicas palabras: «*Si el señor se atreve á percibir los diezmos y los fueros se le colgará en esta horca.*»

¡El que se atreve á pagarlos al señor correrá la misma suerte! Y el campesino no pagaba más, á no ser que la gendarmía le obligara por la fuerza á soltar sus escudos, muy contento en el fondo por tener un pretexto para no pagar. Así el campesino sentía que había una fuerza oculta que lo sostenía; se acostumbraba á la idea de no pagar nada, de rebelarse contra el señor, y no tardó, en efecto, no solamente en no querer pagar más, sino en arrancar con amenazas, al señor, la abolición de los fueros, diezmos y la cancelación de sus deudas. Continuamente se veían en los villorios y aldeas grandes manifiestos anunciando que en adelante no se debían pagar los fueros; que se debía prender fuego á los castillos y á los

registros de hipotecas porque el *Consejo del Pueblo* acababa de decretarlo así, etc., etc.

—«¡Pan! ¡no más diezmos, ni fueros ni tasa!» es la palabra de orden que se echa á volar entre las campiñas. Palabra de orden para todos comprensible, y que iba derecha al corazón de la madre, cuyos hijos no han comido desde hace tres días; palabra de orden que iba derecha al cerebro del campesino, hostigado continuamente por la gendarmería que le arrancaba las cuotas atrasadas de las tasas.

—«¡Abajo el acaparador!» A este grito las puertas de los almacenes eran derribadas, sus convoyes de trigo secuestrados y el motín se desencadenaba en la provincia.

—«¡Abajo los impuestos municipales!»—La voz tenía eco; en un momento las barreras ardían, los empleados escapaban al furor popular y las ciudades, faltándoles el dinero, se rebelaban á su vez contra el poder central que les exigía pronta y abundante remisión de fondos.

—«¡Al fuego los registros de impuestos, los libros de cuentas y los archivos de las municipalidades! y los papelotes ardían, en Julio de 1789; el poder se desorganizaba, los señores emigraban y la Revolución extendía cada día más su círculo de fuego.

Todo lo que se desarrollaba en la gran escena de París, no era sino un pálido reflejo de lo que tenía lugar en la provincia; de la Revolución que durante cuatro años rugía en cada ciudad, en cada aldea, y durante la cual el pueblo dejó de interesarse por los escándalos de la corte para ocuparse de sus enemigos más próximos, tales como los explotadores de todas clases, las sanguijuelas del lugar.

••

Reasumamos.—La Revolución de 1788-1793, que no

presenta sobre una vasta escala la *desorganización de Estado, por la Revolución popular* (eminente mente económica, como toda revolución verdaderamente popular), nos sirve así de enseñanza preciosa.

Desde mucho antes de 1789, la Francia ofrecía ya una situación revolucionaria. Pero el espíritu de rebeldía no había todavía madurado suficientemente para que la Revolución estallara. Fué pues, sobre el desarrollo de este mismo espíritu de insubordinación, de atrevimiento, de odio contra el orden social que se dirigieran los esfuerzos de los revolucionarios. Mientras los revolucionarios de la burguesía arreciaban sus ataques contra el gobierno, los revolucionarios populares, los de quienes la historia no nos ha conservado siquiera los nombres, los hombres del pueblo, preparan su sublevación, su Revolución, con actos de rebeldía contra los señores, los agentes del fisco y los explotadores de toda índole.

En 1788, entonces que la proximidad de la Revolución se anunciaba por motines serios y repetidos de la masa del pueblo, el trono y la burguesía trataron de sujetarla con unas cuantas concesiones anodinas; ¿pero era posible aplacar la ola popular con los Estados Generales, con el simulacro de concesiones jesuíticas como las del 4 de Agosto ó con los actos miserables de la legislación?

Con este sistema se llega alguna vez á apaciguar un motín político, pero con tan poca cosa no se logra dominar una revolución popular. Y la ola subía siempre. Pero al atacarse á la propiedad, la Revolución *desorganizaba* al mismo tiempo al *Estado*. Hacía absolutamente imposible cualquier gobierno y la insubordinación del pueblo, dirigida contra los señores y los ricos en general ha concluido, como ya se sabe, al cabo de cuatro años con barrer al trono y al absolutismo.

Esta marcha es la verdadera, la regla de conducta

de todas las revoluciones. Esa sería también el desarrollo y la marcha de la próxima Revolución, si ella debe ser— como estamos persuadidos de ello—no un simple cambio de gobierno, sino una verdadera revolución popular, un cataclismo que transformará radical y completamente el régimen de la propiedad.

LA EXPROPIACIÓN

I

Nosotros no somos los únicos en que Europa se halla en vísperas de una gran revolución. La burguesía, que empieza por su parte á ver la verdad de la situación, lo consigna en sus grandes periódicos. Hace poco el *Times* así lo reconocía en un artículo, tan interesante por las verdades en él expuestas, como por ser el periódico más burgués del mundo y cuya serenidad es tal que sus lectores saben que jamás se alarma de nada. En este artículo, burlándose de las virtudes espartacas del ahorro y la abstención, invitaba á la burguesía á reflexionar sobre la suerte que nuestra sociedad tiene reservada á los trabajadores, y á estudiar sobre las concesiones que se les deben hacer, puesto que su situación justifica el derecho á no estar contentos. *El Diario de Ginebra*, especie de papel destinado á defender todas las tropelías burguesas, reconoce también que la república no se ha ocupado bastante de la cuestión social. Muchos otros periódicos que nos repugna nombrar, pero que son expresión fiel de la gran

burguesa y alta banca, se preocupan ya de la suerte reservada en un porvenir no lejano al pequeño patrono, obligado á trabajar como sus obreros, y al propio tiempo señalan con alarmante sinceridad la ola de iras populares que sube amenazadora á su alrededor.

Los recientes acontecimientos en la capital de Austria, la sorda agitación que reina en todo el norte de Francia, los acontecimientos de Irlanda y Rusia, los movimientos de España y otros mil indicios que todo el mundo conoce; los lazos de solidaridad que unen á todos los trabajadores de Francia entre sí y con los de los demás países, lazos impalpables que en un momento dado hacen latir al unísono á todos los trabajadores y los une en un solo haz, bastante más formidable que cuando la unión estaba representada por un comité cualquiera, confirman claramente nuestras previsiones.

En fin, la situación, en Francia, sobre todo que entra de nuevo en la fase donde todos los partidos que ambicionan el poder están prestos á tenderle la mano amiga para intentar un golpe decisivo; la actividad de sus diplomáticos, redoblada por el presagio de la guerra europea; las consecuencias inevitables de esta guerra que traerá necesariamente la insurrección popular en los países invadidos y vencidos, son hechos que, producidos en conjunto en una época rica en acontecimientos como es la nuestra, nos hacen suponer con sobrado fundamento, que nos hemos aproximado sensiblemente á la gran Revolución.

La burguesía comprende todo esto y se prepara para resistir por la violencia, único medio que conoce y que está dispuesta á emplear; está dispuesta á resistir cueste lo que cueste, aunque sea asesinando cientos de miles de obreros, con tal de asegurar su dominación. Ante el horror de la matanza no hay temor que retroceda. Lo ha demostrado suficientemente en el campo de Marte en 1790,

en Lyon en 1831 y en París el 48 y 71. Con tal de salvar su capital y el derecho á la holganza, todos los medios parecerán buenos á los canallas de levita.

Su programa de acción es terminante. ¿Podemos nosotros decir lo mismo?

Para la burguesía, ametrallar al pueblo es un programa de resultados positivos; sólo necesita soldados á quienes confiar la ejecución; que sean franceses, alemanes ó turcos no importa, puesto que su ambición no es otra que mantener lo existente, prolongar el *statu quo*, siquiera sea por unos años más; según su modo de pensar, la cuestión se reduce á una lucha armada. Para los trabajadores el problema se presenta de muy distinto modo, puesto que lo que pretenden es modificar el orden de cosas existentes; para éstos la cuestión no es tan odiosamente sencilla, sino al contrario, vasta, inmensa. La lucha sangrienta, para la que debemos estar preparados al igual que la burguesía, no es sin embargo para nosotros más que un accidente de la batalla que hemos de sostener con el capital. Aterrorizar á la burguesía para luego dejarla en el mismo estado, sería esterilizar nuestro esfuerzo y hacer infecunda la Revolución: nuestra finalidad es mucho más amplia que matar, nuestros puntos de vista alcanzan una altura que la burguesía no puede concebir.

Para nosotros el problema es abolir la explotación del hombre por el hombre; poner fin á las iniquidades, á los vicios, á los crímenes que resultan de la holganza de unos y la esclavitud económica, intelectual y moral de otros. El problema es inmenso por consecuencia; pero puesto que con tanta magnitud lo han legado los pasados siglos á nuestra generación; puesto que somos nosotros los que nos hallamos en la necesidad histórica de trabajar para su completa solución, debemos aceptar heroicamente la tarea que nos ha sido impuesta por la historia al mismo

tiempo que el problema. Esta tarea corresponde á todos los trabajadores del mundo y se ha propagado por Europa; es el resumen del desarrollo económico é intelectual de nuestro siglo. Es la expropiación, es la anarquía.

Si la riqueza social queda entre las manos de los que actualmente la poseen; si la fábrica, el campo y el taller quedan en posesión de los que hoy son propietarios; si los caminos de hierro y los medios de transporte continúan siendo de las compañías é individuos que los han acaparado; si la propiedad urbana en pueblos y ciudades queda en poder de sus actuales propietarios, en vez de ponerlos la revolución á disposición de los trabajadores; si todos los tesoros acumulados en las bancas y casas particulares no vienen á pertenecer á la colectividad, puesto que todos han contribuido á su creación, si el pueblo sublevado no toma posesión de todos los utensilios y provisiones almacenados en las grandes ciudades, y se organiza de modo que estén á disposición de todo el mundo que los necesite; si los grandes inmuebles no se arrancan á los grandes propietarios para ponerlos á disposición de todos los que quieran cultivar el suelo; si se constituye nuevamente una clase de gobernantes que ordene á los gobernados, la insurrección no será una revolución; habrá que comenzar nuevamente la obra, no se habrá hecho nada sino perder el tiempo y las energías. El obrero, después de sacudir el peso de un yugo, se habrá de uncir á otro igual, tendrá que sufrir el dolor del latigazo, el aguijón del amo, la arrogancia de sus jefes, los viejos y crímenes de los holgazanes, sin contar con el terror blanco, las deportaciones y ejecuciones, la danza desenfadada de los asesinos sobre los cadáveres de los obreros.

¡Expropiación! He ahí el santo y seña que se impone para la próxima revolución, so pena de faltar á la misión histórica. La expropiación completa de todos los que

poseen medios de explotar á los demás seres humanos; la vuelta á la comunidad de la nación de todo cuanto entre las manos de unos cuantos pueda servir de explotar á nadie.

Hacer de modo que todo el mundo pueda vivir trabajando libremente, sin verse forzado á vender su trabajo y su libertad á otros que acumulan las riquezas con el esfuerzo de sus esclavos, he ahí lo que debe hacer la próxima Revolución.

Hace más de veinte años que este programa, al menos en su parte económica, ha sido aceptado por todos los socialistas. Cuantos se llamaban socialistas así lo admitían sin reticencias de ninguna especie. Desde entonces son tantos los caballeros de industria que han venido al campo socialista á explotar en beneficio propio y han hecho tantos recortes en el programa, que actualmente sólo los anarquistas lo defienden con toda integridad. Se ha mutilado, lo han llenado de frases huecas que se pueden interpretar á voluntad, según le plazca y convenga á cualquiera; se le ha reducido de tal modo que la burguesía no sólo no tiene ningún inconveniente en aceptarlo, sino que admite entre sus huestes á los sofisticadores del programa. La tarea, pues, de propagarlo sin restricción de ninguna especie y en todas partes, corresponde por completo á los anarquistas, y éstos, afortunadamente, no confían á nadie tan sublime empresa.

Sería un error funesto creer que la idea de expropiación ha penetrado ya en la conciencia de todos los obreros y que es una convicción por la cual los hombres están dispuestos á sacrificar su vida. Muy lejos de esto. Existen todavía muchos millones de individuos que si han oído hablar alguna vez de expropiación ha sido por boca de los enemigos de la emancipación obrera. Además, entre los mismos que la admiten cuán pocos son los que la han

examinado en sus diversos aspectos, con todos sus detalles. Sabemos es cierto, que la idea de expropiación será durante el período revolucionario cuando hará más adeptos, durante ese período en que todo el mundo se interesa por la cosa pública, leerá, discutirá, obrará, y la idea entonces más concreta y precisa; tendrá por sí sola bastante fuerza para arrastar á las masas. Sabemos también que si durante la revolución no hubiera más que dos partidos en lucha: la burguesía y el pueblo, la expropiación sería aceptada en toda su integridad inmediatamente de ser iniciada por un grupo cualquiera; pero además de la burguesía hemos de contar con muchos otros enemigos de la revolución social. Todos los partidos bastardos que han surgido entre la burguesía y los socialistas revolucionarios; todos los que tienen hasta en la médula de los huesos el temor á la autoridad, consecuencia necesaria del respeto que durante tantos siglos se le ha tenido; todos los burgueses, en fin, que en el naufragio intentarán salvar sus privilegios y todos los que desplegarán fuerza y astucia para que el pueblo abandone la presa que antes constituía su riqueza, serán otros tantos factores que entrarán en el conflicto. Habrá también miles de individuos que en tono sentencioso aconsejarán al pueblo que es preferible contentarse con poco á perderlo todo; otros que intentarán hacer perder el tiempo y distraer el empuje revolucionario en vanos ataques contra cosas fútiles y hombres insignificantes, en vez de atacar resueltamente á las instituciones; habrá quien querrá jugar á *Saint-Just* y á *Robespierre*, en vez de hacer como los campesinos de la revolución: apoderarse de la riqueza social y ponerla inmediatamente á disposición del pueblo para que éste se aproveche de ella.

Para evitar este peligro no hay por ahora más que un medio, y es el de trabajar incesantemente desde ese mo-

mento, para difundir la idea de expropiación por todas partes, con nuestros actos y nuestras palabras; que nuestras acciones se inspiren en ese principio; que la palabra Expropiación penetre hasta en los más oscuros países; que sea discutida en pueblos y aldeas y venga á ser para obreros y campesinos una parte integrante de la anarquía, y sólo entonces podremos estar seguros de que el día de la revolución esta palabra se pronunciará en todos los labios, se levantará formidable empujada por el pueblo en masa y la sangre proletaria no se habrá derramado estérilmente.

He ahí la idea que se abre paso entre los anarquistas de todos los países. El tiempo apremia, pero esto mismo nos dará nuevas fuerzas y nos hará redoblar nuestra energía para llegar al fin; sin esto todos los esfuerzos y sacrificios del pueblo serían nuevamente perdidos.

II

Antes de exponer nuestra opinión sobre la expropiación, hemos de contestar á una objeción, débil en teoría, pero sin embargo está muy generalizada. La economía política, la pseudo ciencia burguesa por excelencia, no cesa de ponderar en todos los tonos las ventajas de la propiedad individual. «Ved sino, dicen los economistas los prodigios que hace el campesino cuando llega á ser propietario del suelo que cultiva; como ara y remueve la tierra de su campo y las cosechas que arranca á una tierra con frecuencia ingrata; ved, en fin, lo que la industria ha realizado desde que se libertó de las trabas y fiscali-

zación de la veeduría. Pues bien, todos estos prodigios son debidos á la propiedad individual.»

Pero los cronistas no concluyen aquí. «La tierra á quien la cultiva» dicen, y á continuación añaden: «La tierra para el señor que la hará cultivar por asalariados.»

Tan incongruente modo de discurrir tiene todavía muchos defensores que lo repiten sin más reflexión. Nosotros los «utopistas», por serlo precisamente, procuramos ahondar la cuestión, la analizamos, y he aquí lo que deducimos en consecuencia.

En lo que á la tierra se refiere convenimos en que el cultivo es mucho mejor cuando el campesino es propietario de ella. ¿Pero á quien, señores economistas comparan ustedes al pequeño propietario agrícola? ¿Es por ejemplo á una de esas comunidades de *doukhoborsí* (defensores del espíritu), que al instalarse en las orillas del Amor, ponían en común sus bestias de labor y el trabajo de una juventud animosa, hacían pasar el gigantesco arado arrastrado por cinco ó seis pares de bueyes sobre la tierra poblada de maleza, bautizaban juntos sus casas y se hallaban desde el primer año ricos y prósperos, mientras que el emigrado individual y aislado que ensayaba el cultivo de los hondos pantanosos, mendigaba al Estado algunos kilos de harina? ¿Es á una de esas comunidades americanas de que nos habla Nordhof que, luego de haber dado á cada miembro de la comunidad, hombres y mujeres, casa y comida, alcanzan hoy una suma de cien dollars por individuo para que cada cual pueda adquirir instrumentos de música, objetos de arte y mil otras cosas que no se hallan en los comercios de la comunidad?

¡No!; busca, inquirir, acumular por sí mismo los hechos más contradictorios, para apoyar ó rechazar una hipótesis, es bueno para un Darwin; la ciencia oficial

prefiere la ignorancia y se contenta con comparar al campesino propietario, al siervo, al arrendador, al tributario.

Pero el siervo, al trabajar la tierra de un señor, ¿ignoraba acaso que éste le arrebataría toda la cosecha, salvo una pequeña ración de hierba y centeno, lo preciso para tenerse en pie? ¿No sabía también que era inútil inquietarse por el trabajo, puesto que al llegar la primavera tendría que comer como las bestias por el campo, hierbas y carroñas; como viven actualmente los campesinos rusos, y como vivían los campesinos franceses antes de 1789, y que además, si tenía la desgracia de enriquecerse un poco sería víctima de todas las persecuciones interesadas del señor? Como sabía todo esto prefería trabajar lo menos posible y cultivar la tierra del peor modo que sabía. ¿Y aún hay quien se extraña de que los nietos de aquellos campesinos cultiven mejor los campos cuando saben que podrán beneficiar de su cosecha tanto más cuanto más abundante sea?

El arrendador mediero era ya un progreso sobre el siervo. Sabía que la mitad de la cosecha le sería arrebatada por el señor, pero no ignoraba que la otra mitad quedaba para él. A pesar de esta condición, abominable según nosotros, muy justa según los economistas, se mejoró el cultivo de la tierra, tanto cuanto era posible, dados los medios con que contaban.

El colono, si un contrato es para muchos años y las condiciones de éste no son muy onerosas, si consigue hacer alguna economía por mejorar el cultivo ó poner algo más en la vía del mejoramiento agrícola. Y en fin, el agricultor propietario, si la compra de su campo no le ha hecho esclavo del usurero, si ha podido crearse un fondo de reserva, cultiva mucho mejor naturalmente que el sier-

vo, el mediero y el colono arrendatario, porque sabe que luego de los impuestos y la parte del león de su acreedor, lo que arranque á la tierra tras ruda labor será para él.

¿Pero qué podemos deducir de estos hechos? Pues sencillamente que á nadie le gusta trabajar para otro y que jamás la tierra se cultivará debidamente si el campesino sabe que de uno ú otro modo lo mejor de sus cosechas ha de ser devorado por un gaudal cualquiera, señor, burgués, usurero ó Estado. En cuanto á hallar en estos hechos el menor punto de comparación entre la propiedad individual y la posesión colectiva, es preciso estar bien dispuesto á deducir consecuencias lógicas de los hechos consumados.

Pueden sacarse además otras conclusiones de otros hechos.

El trabajo del mediero y el colono de que hablamos, y sobre todo el del pequeño propietario, es más intenso que el del siervo ó el esclavo; pero sin embargo, ni bajo el sistema del arriendo á medias, ni bajo el del colono, casi dueño del suelo durante un número de años determinado, ni bajo el del pequeño propietario, la agricultura no prospera. Hace medio siglo se pudo creer que la solución de la cuestión agrícola se había hallado en la distribución del suelo en pequeñas propiedades, porque en esta época un campesino hecho propietario empezaba á gozar un poco de su trabajo; esta pequeña mejora en la condición del campesino era más llamativa porque contrastaba con la miseria del siglo anterior. Pero esta edad de oro de la pequeña propiedad agrícola, pasó fugaz como un relámpago. Actualmente el campesino por poseer una pequeña parcela de terreno sufre toda clase de privaciones y miserias; se endeuda y se convierte en presa de negociantes en caballerías, del usurero, del corredor de fincas; el pagaré y la hipoteca arruinan poblaciones enteras, bas-

tante más todavía que los impuestos del Estado y el Municipio. La pequeña propiedad se debate en la agonía, y si el campesino lleva aún el nombre de propietario, no es en el fondo más que un esclavo de burgueses y especuladores. Trabaja con la esperanza de que algún día pueda librarse de sus deudas, pero estas aumentan hasta confundirle y desesperarle.

Para cada uno que prospera muchos miles, acosados por la usura y los impuestos, no tienen otra redención que la revolución.

¿De dónde provienen estos hechos probados por muchos volúmenes de estadística, que destruyen completamente esas teorías sobre la bondad de la propiedad individual?

La explicación es bien sencilla. No está en la competencia americana; antes de ésta el pequeño propietario estaba peor que hoy, si cabe; no está en los impuestos solamente; si reducimos éstos, el proceso será más lento, pero no se detendrá en su marcha. La explicación está en que la agricultura en Europa, luego de un estacionamiento de quince siglos empieza, desde hace cincuenta años, á hacer algún progreso. Tiene todavía necesidad, por no bastarse á sí misma en sus crecientes deseavolvimientos, de recurrir al préstamo que el banquero le facilita y á la protección interesada del cacique ó el usurero de la población; el precio elevado de la tierra, acaparada por los ricos, para eazar ú otras distracciones, ó por necesidades de tráfico ó de la industria, son causas que explican en parte el fracaso de la pequeña propiedad de los campos y los insignificantes progresos de la agricultura.

Analicemos el primero de estos factores, el más general según nuestro modo de ver. Para sostenerse ante los progresos de la agricultura, para poder vender al mismo precio que quien ha introducido la máquina de vapor en-

tre los instrumentos de cultivo y acrecenta las cosechas con abonos químicos, el campesino, el pequeño propietario debe disponer de un capital que le permita introducir alguna mejora en la explotación de la tierra. Sin este capital ó fondo de reserva no hay agricultura posible. La casa se desmorona, el caballo envejece, el arado se usa, el carro se deshace y todo esto es preciso repararlo, hacerlo de nuevo. Y esto no basta, es preciso además aumentar la aparcería, procurarse instrumentos más perfeccionados y mejorar los campos. ¿Qué hace ante tales necesidades? Practicando el sistema de heredero único, que sólo sirve para despoblar los campos, no adelanta nada en el sostenimiento de la propiedad. Manda á su hijo á la ciudad, refuerza el proletario urbano, y él mismo hipoteca, se endeuda y se convierte en siervo; siervo del gran propietario, del corredor de fincas, del usurero, como en otro tiempo lo fué su abuelo del señor de la región.

He ahí lo que sucede hoy con la pequeña propiedad agrícola. Los que entonan cánticos de alabanza hacia ella están atrasados en más de medio siglo: razonan sobre hechos observados hace cincuenta años; ignoran la realidad del presente.

Esta sola afirmación contenida en dos palabras: «Sin fondos de reserva no hay agricultura», expresa todo un mundo de verdades, sobre las cuales debieran reflexionar los «nacionalizadores del suelo.»

Si los partidarios de Mr. Henry George consiguieran disponer á los lords ingleses de todas sus propiedades y éstas se distribuyeran por pequeñas porciones entre cuantos quisieran cultivarlas, ó anulando el precio del arriendo, la agricultura mejoraría durante veinte ó treinta años, al fin de los cuales nada se había adelantado, el problema estaría por resolver.

La tierra exige muchos cuidados. Para obtener veinte

y nueve hectólitros de trigo por hectárea como han obtenido en Norfolk, y hasta treinta y seis y cuarenta y dos, cantidades que no deben tomarse como novela, es preciso trabajar á la moderna, dejar el campo sin una piedra, remover muy hondo, sustituir el azadón por el arado á vapor, mantener en buen estado los caminos que den acceso al campo cultivado y destruir todas las malezas inmediatas que puedan mermar la espontaneidad productora y la fecundidad introducida por los abonos químicos. De este modo trabajada la tierra, puede abastecer con exceso á la humanidad en sus múltiples y crecientes necesidades.

Todo esto exige gastos y una cantidad tan grande de trabajo, que una sola familia no puede hacer; por eso la agricultura no progresa con la rapidez que debiera. Para obtener las cosechas que con el cultivo intenso se obtienen ya en nuestros días, es preciso gastar en trabajo, casi ignorado, por los pequeños propietarios, muchos miles de pesetas en una hectárea de terreno. Y esto sólo pueden hacerlo los capitalistas y nunca el pobre campesino, que si posee alguna economía, es debido á privaciones que rebajan su condición de ser humano. La tierra pide al hombre un esfuerzo y un trabajo vivificador, para ella devolverle la lluvia prodigiosa de doradas espigas, pero el *hombre* no acude, sino el esclavo, y la tierra hace muchos siglos que pide hombres libres. El obrero encerrado toda su vida en los talleres, fabrica tejidos maravillosos para los rajahs de la India, para los negociantes de esclavos en Africa, para las señoras de los potentados, para cuantos en el mundo no producen nada; se llenan de ricas telas y otros productos de exportación los mercados extranjeros y el obrero se pasea con los brazos cruzados alrededor de la fábrica silenciosa; es que ha llegado la crisis industrial, sobran brazos en las ciudades; y mientras tanto, la

tierra abandonada de cultura, apenas puede satisfacer las necesidades de unos cuantos millones de parásitos que consumen lo mejor de sus frutos; para la generalidad no hay frutas sabrosas y pan blanco: la carne es artículo de lujo para muchos millones de seres humanos en la civilizada Europa.

Además de los que cotidianamente trabajan la tierra, ésta necesita muchos millones más de brazos en ciertas épocas, para mejorar el cultivo, para despedregar las lomas, para secar los prados, para ayudar á las fuerzas naturales á crear un suelo rico, universalmente fecundo. Necesita que la ciudad le maude sus brazos, sus máquinas, sus motores y todo esto queda inactivo ó en movimiento para producir conque satisfacer la variedad de los holgazanes del mundo entero.

Lejos de ser un manantial de riqueza para la nación, la propiedad individual se ha convertido en obstáculo al desarrollo de la agricultura. Mientras que algunos innovadores ensayan nuevos procedimientos de cultura para la tierra, ésta continúa estacionada en casi toda la vasta superficie de Europa, gracias á la propiedad individual.

¿Se sigue de aquí que la revolución social debe hacer desaparecer todos los límites de propiedad, todos los valles y cercados, para hacer pasar por encima el arado á vapor y establecer el cultivo científico, como lo han intentado ya algunos reformadores autoritarios en provecho propio naturalmente?

Ciertamente, por nuestra parte, lo aprobamos con todo nuestro entusiasmo, pero por el momento nos guardaremos mucho de tocar la pequeña propiedad que el campesino trabaja él mismo con sus hijos, librándose de la esclavitud del salario. Pero lo que haríamos desde este momento es expropiar todo lo que no está cultivado por los actuales propietarios del suelo; y cuando la Revolución

social sea un hecho cumplido; cuando el obrero de la ciudad no trabaje más para un amo, los grupos de trabajadores, alegres y gozosos, se trasladarán á los campos, á dar á la tierra expropiada el cultivo que le falta, y transformar en algunos días los montes estériles poblados de maleza, en fértiles y productivos, aumentando la riqueza hasta poder decir á todo el mundo. «Tomad cuanto deseéis, que hay de sobra». Los productos ricos y variados que la tierra, la luz, el calor y el trabajo nos den con abundancia son accesibles á todos los seres... Respecto á los pequeños propietarios ¿creéis acaso que no comprenderán las ventajas del cultivo en común cuando lo vean por sus propios ojos? ¿Creéis que no pedirá él mismo entrada en la gran familia?

El cultivo del suelo hecho en común será el lazo de unión entre la ciudad y la aldea: las fusionará un solo jardín, cultivado por una sola familia. Los *Mommouth-Farms* de los Estados Unidos, donde el cultivo se hace actualmente en grandes proporciones por millones de harapientos, alquilados para algunos meses y despedidos luego de terminadas las labores, serán en el porvenir parques de esparcimiento y alegría para los obreros de la ciudad.

El porvenir no pertenece á la propiedad individual, al campesino esclavo de una pequeña propiedad que produce apenas el pan de su familia, sino al cultivo comunista, porque sólo así podemos obtener de la tierra cuanto de ella necesitamos.

*
* *

¿Es acaso en la industria donde hallaremos las bondades de la propiedad individual?

No nos extendamos mucho sobre los males que engen-

dra en la gran industria la propiedad privada, el Capital. Nosotros los conocemos bastante. Miseria del obrero, inseguridad del mañana, zozobra continua; crisis, huelgas forzosas, explotación de las mujeres y los niños, degeneración de la raza. Lujo insano de los holgazanes y reducción del obrero al estado de bestia de carga, privado en absoluto de tomar parte en los goces del saber, del arte, de la ciencia. Todo esto se ha dicho ya tantas veces que nos parece inútil el repetirlo aquí. Guerras por la explotación y dominación de mercados; guerras interiores; ejércitos colosales, presupuestos monstruosos, exterminación de generaciones enteras; desaprobación moral de los desocupados; falsa dirección que dan á la ciencia, al arte, á los principios éticos. Gobiernos fuertes que se hacen necesarios para impedir la sublevación de los oprimidos; las leyes, sus crímenes, sus verdugos y sus jueces, la opresión, la esclavitud, el servilismo, depravación, he ahí todo lo bueno que puede producir la propiedad personal y el poder autoritario y reaccionario que ella engendra.

¿Es que á pesar de todos sus vicios, de todos sus defectos, la propiedad privada, nos hace algún servicio que atenúa sus males? ¿Es que, dada la estupidez humana de que nos hablan nuestros directores, es tal vez el único medio de sostener en pie lo existente? ¿Le debemos quizás el progreso industrial y científico de nuestro siglo? Si así no es, así lo dicen al menos algunos «sabios». Pero puesto que tal afirmación parece una verdad *dudosa*, veamos en qué se basan sus argumentos.

¡Sus argumentos! El único que han podido adelantarnos hélo aquí: «Ved los progresos que ha realizado la industria desde hace cien años, desde que se ha emancipado de las trabas corporativas y gubernamentales». Fijaos en los caminos de hierro, en los telégrafos, en esas máquinas

que cada una reemplaza el trabajo de cientos de personas, que lo fabrican todo, desde el volante que pesa varias toneladas hasta las más finas blondas. Pues todo es debido á la iniciativa privada, al deseo del hombre á enriquecerse.

Es cierto que los progresos realizados en la producción en cien años, son verdaderamente asombrosos, y por eso precisamente, dicho sea de paso, se impone una transformación que nos ponga á todos en el derecho á participar de estos progresos. Pero ¿es cierto que debamos al interés personal, á la avaricia del burgués los progresos realizados? ¿No ha habido otros factores más importantes que haya producido los mismos resultados, y hasta que hayan podido contrarrestar los efectos funestos de la rapacidad de los industriales?

Estos factores existen y nos son conocidos. Para ver su importancia nos basta con nombrarlos. En primer caso se halla el vapor, debido á la iniciativa de quien no ambicionaba riquezas, y á los motores en sus diferentes tipos, máquina cómoda, manejable, dispuesta siempre á trabajar y que es sin disputa la que ha revolucionado la industria. La creación de las industrias químicas, cuya importancia es tan manifiesta, ha contribuido poderosamente, según el decir de los técnicos, al desenvolvimiento industrial de cada nación. Estas son completamente de nuestro siglo: recordad sino lo que era la química en el siglo pasado. Otro de los factores es el movimiento de ideas producido desde últimos del siglo XVIII que, desprendiendo al hombre de sus concepciones metafísicas, ha podido hacer descubrimientos físicos y mecánicos que han dado empuje á la industria. ¿Quién osará decir, en presencia de estos factores poderosos, que la abolición de la fiscalización corporativa y gubernamental fué más importante para la industria que los grandes descubrimientos

de nuestro siglo? Y dados estos descubrimientos, ¿quién afirmará que un modo cualquiera de producción colectiva, no hubiera aportado mayor beneficio á la humanidad que la industria privada?

En cuanto á los descubrimientos mismos, es necesario ser ignorante hasta el punto de no haber leído la biografía de ningún inventor, ni haber conocido á ninguno de ellos, para suponer que uno solo haya sido empujado al estudio y al trabajo por la sed de riquezas. Tal suposición sería una infamia, un sacrilegio. La mayor parte han muerto en la miseria, y de todos es sabido que la propiedad privada ha retardado la aplicación práctica de los inventos y la mejora soñada por los grandes innovadores.

De otra parte, para sostener las ventajas de la propiedad privada sobre la posesión en colectiva, sería necesario probar que este sistema se opusiera á los progresos de la industria. Sin esta prueba la inducción no tiene ningún valor. Y esta tesis es insostenible por la sola y buena razón de que jamás hemos visto una agrupación comunista en posesión del capital necesario para ensayar una gran industria, y oponerse á la introducción en esta industria de nuevos inventos.

Al contrario, por defectuosas que hayan sido las agrupaciones corporativas que hemos visto surgir, por grandes que hayan sido sus defectos, nunca han pecado de resistencia ante los progresos industriales.

Tendríamos mucho, por cierto, que decir en contra de las diversas instituciones que se han ensayado con carácter colectivo desde hace medio siglo, pero el mayor de los reproches que podríamos hacerles, sería seguramente el de no haber sido bastante colectivas. A las grandes sociedades de accionarios que han abierto los istmos y perforado los montes, les reprochamos sobre todo haber establecido una especie de *patronado* anónimo y de haber

llenado de esquetetos humanos cada metro de sus canales y túneles. A las corporaciones obreras reprochamos el haber constituido una especie de aristocracia privilegiada, que no tienen otra finalidad que explotar á sus hermanos; pero ni á unas ni á otras se les puede acusar de espíritu de inercia, de hostilidad á las mejoras de la industria. La única enseñanza que podemos sacar de las empresas colectivas intentadas hasta hoy, es que cuanto menos ha sido el interés individual y el egoísmo personal de sus miembros, mayor ha sido el éxito alcanzado.

Resulta, pues, de este análisis, forzosamente breve, que cuando nos ensalzan las ventajas de la propiedad personal, tales afirmaciones son de una superficialidad verdaderamente estúpida ó apasionada. No debemos, sin embargo, preocuparnos de ellas; procuremos determinar bajo qué forma debe presentarse la apropiación personal para todos de la riqueza social; ensayemos la tendencia de la sociedad moderna y, apoyándonos en esta base, intentemos descubrir qué forma debe tomar la expropiación cuando llegue la próxima revolución.

III

Ningún problema tiene tanta importancia como el que tratamos, y por eso invitamos á nuestros compañeros á estudiarlos ajo todos sus aspectos, y á discutirlo consistentemente en vista de que su realización se impondrá más pronto ó más tarde. De aplicar bien á aplicar mal la expropiación, depende el éxito definitivo ó el fracaso temporal de la revolución.

Nadie, en efecto, entre nosotros, debe ignorar qu

toda tentativa de revolución está condenada al fracaso anticipadamente, si no responde á los intereses de la mayoría y halla el medio de satisfacerlos. No es suficiente defender un noble ideal. El hombre no vive solamente de grandes ideales, elevados y elocuentes discursos, sino que además necesita pan: el estómago tiene más derechos que el cerebro, pues es él quien da vida á todo el organismo. Así, pues, si al día siguiente al de la Revolución las masas populares no tienen más que frases para alimentarse; si no reconocen con hechos de tangible evidencia que la situación se ha transformado ventajosamente para ellas, comprenderán muy pronto que no han adelantado nada. Sólo quedará del movimiento una disolución más que nos obligará nuevamente á unirnos á la ingrata tarea de Sisyphé, dando vueltas á la roca eternamente.

Para que la revolución sea algo más que una palabra, para que la reacción no nos arrastre desde el día siguiente á la situación de la víspera, es preciso que la conquista del día valga la pena de ser defendida; que el miserable de ayer no sea hoy miserable. Recordemos aquellos candidatos republicanos de 1848 soportando «tres meses de miseria por servir al gobierno provisional.» Estos tres meses de hambre fueron aceptados con entusiasmo, y no les faltó el pago á su debido tiempo con la *real* moneda de la metralla y la deportación. Los desgraciados habían creído que con los penosos meses de espera había tiempo suficiente para redactar las leyes bienhechoras que debía transformarles en hombres libres, asegurándoles, mediante su trabajo, el pan de cada día. En vez de pedir, ¿no hubiera sido más práctico tomarlo? En vez de esperar la redención de un gobierno ¿no es preferible procurársela uno mismo?

Y no es que el espíritu de sacrificio no sea una noble y hermosa condición; pero esto no es sacrificarse por na-

da santo, sino al contrario, traicionarse á sí mismo, abandonar en su desgracia á cuantos vienen con nosotros. Que los combatientes mueran está bien, pero al menos que su muerte sea útil. Que los hombres generosos se sacrifiquen, nada más justo y humano; pero es preciso hacerlo de modo que las multitudes se aprovechen del sacrificio de los bravos y los buenos.

Sólo la expropiación puede satisfacer la gran masa de lesgraciados y oprimidos. De la teoría hay que hacerla pasar á la práctica; pero para que la expropiación responda al principio de dar todo á todos suprimiendo la propiedad privada, es preciso que se realice en vastas proporciones. La expropiación en pequeño no pasaría de ser un vulgar pillaje; en grande es el principio de la reorganización social. Seríamos, sin duda, unos supinos ignorantes de las leyes de la historia, si creyéramos que, de un solo golpe, todo un vasto país podía convertirse en nuestro campo de experiencias. Francia, Europa, el mundo entero no se harán anarquistas por una transformación inmediata; pero tenemos por un lado la maldad de los gobiernos, sus ambiciones, sus guerras, la bancarrota que á todos amenaza, y de otro lado la propaganda incesante de las ideas; uno y otro producirán desequilibrios en el orden social; revoluciones durante las cuales podremos trabajar para nuestra causa. ¡Cuántas veces los revolucionarios han sido sorprendidos por los acontecimientos, y han visto pasar momentos muy oportunos para defender prácticamente sus ideales sin poderlos utilizar!

Pues bien, cuando estos días vuelvan, á nosotros corresponde precipitar su llegada, cuando toda una región cuando grandes ciudades con sus arrabales se hayan emancipado de sus gobernantes, nuestro trabajo está trazado; lo primero es poner á disposición de cada comunidad los instrumentos de trabajo, y que el «haber» socia-

detenido por los particulares vaya á poder de sus verdaderos dueños; que todo el mundo tenga parte en el consumo; que la producción puede hacerse con todo lo que ella tiene de necesaria y útil, y que la vida social, lejos de verse interrumpida, tome más empuje y energía. Sin la tierra que nos da las substancias de la vida; sin los almacenes que encierran los productos acumulados del trabajo; sin las fábricas y talleres que producen telas, metales labrados y mil objetos de la industria y el arte, así como sin los medios de defensa, sin los caminos de hierro y otras vías de comunicación que nos permitan el cambio de productos con las ciudades libres, con las aldeas y los pueblos emancipados, y para combinar además nuestros esfuerzos de resistencia y ataque, sin todo esto, estamos condenados anticipadamente á perecer como el pescado fuera del agua, sin poder respirar sumergido en océano inmenso del aire.

Recordemos la huelga de maquinistas de los ferrocarriles que tuvo lugar en América hace algunos años. El público en masa reconocía la justicia que asistía á los huelguistas; todo el mundo estaba harto de las insolencias de las compañías, y se alegraba de verlas reducidas á la decisión de sus obreros. Pero cuando las compañías, dueñas de las vías y las locomotoras, no pudieron servirse de ellas; cuando todo el movimiento de cambio fué interrumpido; cuando los víveres y géneros de toda clase aumentaron de precio, la opinión pública cambió de rumbo. «Mas que las compañías que nos explotan y fastidian, nos perjudican esos huelguistas, por cuyas pretensiones morimos de hambre.» Así expresaba la multitud su última opinión, y debemos tenerla muy en cuenta. Es preciso que todos los intereses de la masa general queden á salvo en estos conflictos y que sus necesidades al mismo tiempo que sus instintos sean completamente satisfechos.

Por eso no es suficiente reconocer el principio, es preciso aplicarlo.

La estupidez pone en boca de nuestros enemigos la siguiente necedad: Intentad tocar su pequeña parcela al campesino, ó sus pobres efectos al obrero y veréis como os reciben con la hoz ó el bastón en la mano.» ¡Muy bien! Pero ya lo hemos dicho en otra parte: no tocaremos jamás la pequeña propiedad del campesino ó el obrero. Nos guardaremos mucho de atacar á nuestros mejores amigos, á los que sin saberlo hoy serán mañana nuestros aliados más entusiastas. La expropiación se hará en beneficio de ellos. Sabemos que existe un término medio de rentas y que los que viven bajo de éstas sufren escasez y penuria mientras que los que gozan de más que este término medio derrochan en lo superfluo cuanto les permite la cuantía de su fortuna. En cada ciudad, en cada pueblo varía el número de los que viven en la abundancia y los que sufren en la miseria; pero el instinto popular no se engañará, y sin que sea necesario hacer estadísticas ni en bueno ni en mal papel, llenar de cifras muchos ni pocos volúmenes, el pueblo sabrá hablar en su bien. En nuestra hermosa sociedad, una pequeña minoría se ha adjudicado á sí mismo lo más sano de las rentas nacionales, con las cuales se ha construído palacios y creado sitios de recreo en todas partes; y con el nombre de moneda, billetes y otros papelotes acumula en la banca todo cuanto representa el valor del trabajo humano. Esto es precisamente lo que hay que secuestrar y, de un solo golpe, se liberte al pequeño propietario campesino, cada uno de cuyos árboles está grabado con una hipoteca; al pequeño tendero que vive abrumado por la amenaza constante de los vencimientos y á toda esa multitud desgraciada que carece del pan cotidiano. De no proceder así, ¿puede ignorar esta multitud que del día de la expropiación depende el

quedar libre ó continuar miserable en eterna ansiedad? ¿Obrará cuerdamente ó bien consentirá la candidez de nombrar un gobierno provisional, compuesto de gentes de cutis fino y lenguas bien «habladas» para que se encargue de *decretar la libertad*, en vez de emanciparse ella misma? ¿No habrá peligro de que sustituya los antiguos amos por otros nuevos? ¡Si quiere que su obra esté bien hecha, debe la multitud hacerla ella misma; si quiere ser traicionada que la confíe á delegados!

Sabemos que no basta con tener razón. No es lo suficiente el que los interesados lleguen á reconocer sus derechos, que son los de no vivir continuamente con la preocupación del porvenir y sin la humillación que representa obedecer á un amo; es preciso además que las ideas hayan cambiado con relación á la propiedad y que la moral correspondiente se haya modificado en consecuencia. Es preciso comprender sin vacilación ni reticencia moral, que todos los productos que constituyen el ahorro y los instrumentos del trabajo humano, son debidos al trabajo solidario de todos, y no pueden, no deben tener más que un solo propietario: la humanidad. Hay que ver con claridad lo que realmente es la propiedad privada; un robo consciente ó inconsciente al «haber» social de todos. Debemos secuestrarlo alegremente en beneficio de todo el mundo cuando llegue la hora de la reivindicación. Durante las revoluciones pasadas, cuando se trataba de reemplazar un rey de esta familia por la de otro cualquiera, ó de sustituir por abogados «la mejor de las repúblicas», los propietarios sucedían á los propietarios y el régimen social no cambiaba en nada su fondo: Los carteles «Pena de muerte al ladrón» fijados en las puertas de los palacios estaban en perpetua armonía con la moral corriente y de más de un pobre que tuvo valentía para apoderarse de unas cuantas pesetas ó simplemente de un pan de la

tahona fué fusilado como ejemplo de la *justicia* del pueblo. Y el digno verdugo, encarnación de toda la infame solemnidad de las leyes que los acaparadores han redactado para defender sus propiedades, enseña con orgullo el cadáver yerto sobre los peldaños del palacio, y el público lo aclamaba como un vengador del derecho. Los carteles de 1830 y de 1848, no se volverán á ver más en las ciudades sublevadas. Donde todo pertenece á todos no hay rollo posible.

«Tomad cuanto necesitéis, pero no derrochéis, porque todo esto os pertenece y luego tendréis necesidad.» Pero destruid todo cuanto debe ser destruido, bastillas y cárceles; las murallas que cierran las ciudades y los barrios insalubres donde tanto tiempo os habéis envenenado con su ambiente. Instalaos en los palacios y reducid á cenizas los infectos tugurios que os sirvieron de albergue. El instinto de destrucción, muy natural y justo, porque es al mismo tiempo el principio de renovación, hallará donde satisfacerse ampliamente. ¿Acaso no ha de rehacerse todo, casas, ciudades, instrumentos agrícolas é industriales, y en fin, todo el material de la sociedad entera?

A cada acontecimiento de la historia corresponde cierta evolución en la moral humana. La moral de los iguales no es la misma que la del rico caritativo y el pobre agradecido. Para un mundo nuevo se necesita una fe también nueva, y lo que se anuncia es un mundo diferente al actual.

Nuestros adversarios lo dicen: «Los dioses se van», los reyes desaparecen, el respeto y los prestigios de la autoridad se van perdiendo en el espacio que conquista la dignidad humana. ¿Y quién reemplazará á los dioses, á los reyes y á los sacerdotes, sino el individuo libre, confiado en sus fuerzas? La fe desaparece: ¡Paso á ciencia!

Los filántropos y la caridad sobran en la sociedad humana: ¡Paso á la justicia!

Traducción de A. López Rodrigo.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La situación.	5
La descomposición de los estados.	12
La necesidad de la revolución.	19
La próxima revolución.	26
Los derechos políticos.	33
A los jóvenes.	41
La guerra.	69
Las minorías revolucionarias.	78
La orden.	86
La Commune de París.	93
El gobierno representativo.	112
Continúa el gobierno representativo.	138
La ley y la autoridad.	153
El espíritu revolucionario.	182
La expropiación.	208